

# Nuevas ciudades y nuevos espacios

Jesús Rojas Arredondo

P07/80053/00043



# Índice

<b>Introducción</b> .....	5
<b>Objetivos</b> .....	6
<b>1. La resignificación del espacio</b> .....	7
1.1. El concepto del espacio .....	7
1.1.1. Algunas definiciones de espacio .....	7
1.1.2. Los contornos .....	9
1.1.3. Los huecos .....	9
1.1.4. La percepción .....	10
1.2. La posibilidad de los espacios .....	11
1.2.1. Espacio y ciudad .....	11
1.3. El lugar del espacio .....	12
1.3.1. La geografía .....	13
1.4. La medida del espacio .....	14
1.4.1. Los mapas .....	15
1.4.2. La cartografía .....	16
<b>2. Los artefactos del espacio</b> .....	33
2.1. Espacio público .....	33
2.1.1. La privatización del espacio público .....	33
2.1.2. La mercantilización del espacio público .....	34
2.1.3. La militarización del espacio público .....	34
2.2. El panóptico .....	35
2.2.1. El dispositivo .....	36
2.3. La biopolítica .....	37
2.3.1. La ciudad patógena .....	38
2.4. La geopolítica .....	40
2.4.1. Espacios de poder .....	41
<b>Resumen</b> .....	72
<b>Actividades</b> .....	73
<b>Bibliografía</b> .....	74



## Introducción

Este módulo tiene como punto de partida una reflexión en torno a la idea de espacio y su relación con el tema de la ciudad. El espacio se piensa como un ente abstracto, es percibido mediante el conjunto de los contornos y huecos que lo conforman. El lugar, por su parte, se entiende como una variable del espacio.

Hablar de la ciudad o de las ciudades nos remite necesariamente a considerar aquellos espacios y aquellos lugares que la confluyen, la circundan, la atraviesan, emergen y dan lugar a su habitamiento. La posibilidad de pensar en los espacios se refiere entonces a la narrativa que los hace posibles, que los crea y les sirve de artífice. La intención, aquí, cobra vida con la idea del escenario de las ciudades como consecuencia de la resignificación del espacio; la elaboración de la idea de territorio y los límites circundantes de los mismos, del espacio como enclave físico y de la posibilidad de su discurso.

Lo anterior constituye en cierta medida la necesidad de resignificar el concepto de espacio y relacionarlo con la imagen de la ciudad, por lo que es importante hablar de nuevos procesos y nuevos conceptos. Por ejemplo, el conocimiento que se deriva de la geografía y de la cartografía da lugar a que se puedan perfilar los emplazamientos que circundan a las ciudades y trazos que habiliten su gobierno y que, al mismo tiempo, den cuenta de aquellas parcelas que escapan a su contenido.

De esta manera, se puede hablar de aquellos dispositivos que permiten que el espacio de la ciudad se convierta en un espacio urbano que poco a poco se ha transformado. Surge, de este modo, la necesidad de referirse al tema de la ciudad como una herramienta de poder tanto para el gobierno del territorio como el control de la ciudadanía. Conceptos como geopolítica y biopolítica, entonces, se hacen imprescindibles.

En términos generales, este módulo tiene la intención de elaborar una reflexión en torno a algunos procedimientos que se derivan de relacionar a la ciudad como un espacio elaborado para su dominio.

## Objetivos

1. Reflexionar en torno a una resignificación del concepto del espacio y su relación con la idea de ciudad.
2. Dar una explicación a la posibilidad de pensar el tema del espacio desde diferentes ópticas.
3. Examinar algunos de los elementos que forman parte de la idea del espacio, como los huecos, los contornos y las percepciones.
4. Generar explicaciones del lugar del espacio que se deriven desde el discurso de la geografía.
5. Comprender el alcance y los límites del espacio mediante conceptualizaciones de la cartografía y la noción de mapa.
6. Comprender la idea de espacio urbano.
7. Reflexionar en torno a la idea de panóptico como artefacto en el que el saber se puede conducir como poder.
8. Dar una explicación a la ciudad desde los discursos de la geopolítica y la biopolítica.

# 1. La resignificación del espacio

## 1.1. El concepto del espacio

Empezaremos este módulo familiarizándonos con la idea del espacio.

El concepto de espacio forma parte, sin duda, de un uso cotidiano, y todos tenemos alguna idea de lo que puede significar. Esto último, no obstante, nos puede conducir a confusiones. Por ejemplo, si queremos diferenciar el concepto de espacio y de lugar, nos podemos encontrar con que el espacio se transforma en un lugar por la significación que le atribuimos al usarlo o modificarlo en determinadas situaciones y circunstancias. En otras palabras, un espacio es transformado en lugar cuando adquiere un significado simbólico o psicológico (Altman y Zube, 1989).

### 1.1.1. Algunas definiciones de espacio

El tema del espacio se refiere a una multitud de significados, todos útiles, pero aquí sólo nos serviremos de algunos. Entre otras cosas, el espacio puede ser definido de la siguiente manera:

- El espacio como continente de todos los objetos sensibles que existen.
- El espacio como una parte de este continente que ocupa cada objeto sensible.
- El espacio como la capacidad de terreno, de sitio o de lugar.
- El espacio como la distancia entre dos cuerpos y sucesos.
- El espacio como una extensión concebida en abstracto.
- El espacio como porción de una magnitud en la que están contenidos los cuerpos.

Para **Parménides**<sup>1</sup>, el problema de significar el espacio partía de las oposiciones entre lo vacío y lo lleno; la materia y el espacio, y principalmente entre el ser y el no ser. Si se niega el referirse al no ser, se niega también que pueda hablarse del vacío y únicamente existiría la posibilidad de lo lleno. Sin embargo, este ser lleno es al mismo tiempo materia y espacio, lo cual terminaría afirmando la posibilidad del vacío, y en cierta manera se aceptaría hablar del no ser.

Para **Platón**<sup>2</sup>, el espacio como tal forma uno de los tres géneros del ser: el que "es eterno y no susceptible de destrucción, constituye el habitáculo de las cosas creadas, es aprehendido por medio de una razón espuria y es apenas real: es el espacio".

En el caso de **Aristóteles**<sup>3</sup>, el espacio se concibe como lugar, en parte porque las cosas están hechas de "espacio", pero esto no significa, como Descartes afirma, que puedan ser formas o modos de un continuo espacial (Ferrater, 1995).

### Actividad

Elaborad una lista de significados del concepto de espacio. ¿Qué tienen en común?

Se puede observar en estas definiciones que el espacio es considerado habitualmente como una entidad única, una sola cosa. Sin embargo, con una lectura más cuidadosa se puede apreciar que el espacio también puede entenderse como una categoría para pensar la vida, una categoría múltiple y rigurosa, una categoría en las cosas, los hechos y las circunstancias que ocurren.

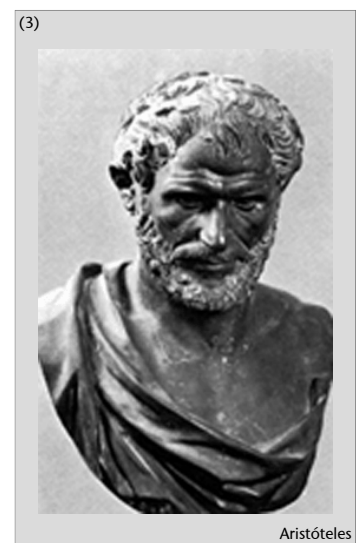
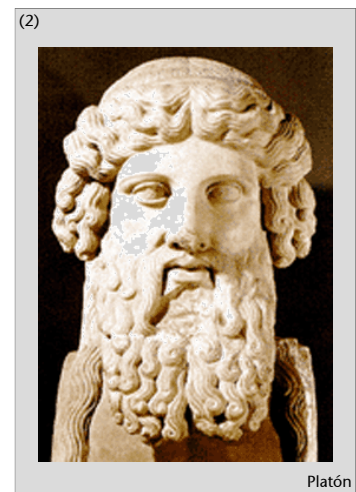
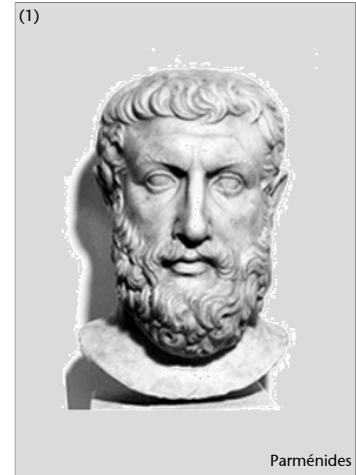
El espacio se considera un tipo de escenario, similar a la imagen que nos podemos hacer de la ciudad.

Las consideraciones anteriores dibujan con cierta nitidez la significación del espacio, la misma que podemos ampliar si lo interpretamos como una entidad física y psíquica. Podemos asirlo como un objeto envolvente de objetos, sin que esto signifique que el espacio sea entendido como un concepto constreñido.

Otra consideración del espacio es que no es susceptible de ser captado por nuestros sentidos, es una abstracción. Como sedimento de la percepción, el espacio es inexistente. Se sabe que lo habitamos aquí y más allá se vive también. Sin embargo, nadie lo ha visto como tal. No lo tocamos, no lo vemos; en suma, no lo percibimos. Es posible que ni siquiera vivamos en él.

Podría decirse que pensar el espacio es un acto de fe, ya que se trata de un organismo de fronteras inexistentes, organismo inagotable cuyas coordenadas, abscisas y paralelas no funcionan, pues nada trazan; no existen, pero delimitan pautas; no las dibujamos pero parece que nos equidistan; sus límites. Al contrario, es su calidad contenedora, su capacidad de contener cosas, relaciones, instantes, hechos, etc. lo que posibilita su existencia. Las cosas y situaciones, vivencias y relaciones constituyen su población, su vecindad; el espacio que deja de existir es vacío.

Al igual que se ilumina un escenario cuando se encienden las luces, el espacio se acciona, otorga movimiento y vida, en el mismo momento en el que se concibe. Por este motivo el espacio es capaz de ser donde suceden las cosas; es el lugar donde transcurre la vida misma





(cruces de caminos, entronques de existencias, posibilidad de coincidencias, andamiaje de posibilidades).

En esta relación entre la psique y el espacio tangible aparecen **contornos, huecos, siluetas y percepciones**, lo que, a su vez, nos permite comprender la existencia de gradaciones del espacio a la luz de su entendimiento. Ahora podemos imaginarnos la viabilidad de una psicología social espacializada. Esta conceptualización se explica de la siguiente manera: una psicología espacializada intentaría delinear las ideas de la racionalidad y de la afectividad en virtud del juego de imágenes, lenguaje y espacio.

En este orden de ideas, ofreceremos una definición de espacio que pueda operar con la fuerza de los hechos considerados objetivos en los que las personas y las instituciones han respondido necesariamente (Harvey, 1990).

El espacio está lleno de contornos, de huecos y de percepciones. Veremos qué entendemos con esto.

### 1.1.2. Los contornos

Los contornos son los puntos en los que la mirada se detiene. Los contornos son por donde nuestra percepción se pasea, los límites, las fronteras. Los contornos delimitan nuestra visión. Los contornos son las proyecciones geométricas relacionadas con el ojo grande y ojo pequeño, conceptos que introduce Virilio para entender de qué manera las tecnologías colapsan las distancias físicas (Virilio citado por Manovich, 1996). Los contornos son la suma de lo que se percibe por cualquier medio en un momento determinado, es decir, el contorno de un espacio en particular.



Figuras con contornos geométricos

Es dentro de los límites de los contornos donde las cosas se suceden y se delimitan. Es aquí donde emergen los instantes de las cosas, las siluetas que perfilan, y aparece el acotamiento de los acontecimientos. El espacio es el lugar de los hechos. Tal dinámica de los espacios -el juego entre espacios y sobre los espacios- permite al mismo tiempo desplazamientos en los mismos y entre los mismos. Podríamos mencionar, como manifestaciones de la existencia de contornos, la obturación de distancias, resistencias a los obstáculos, etc.

### 1.1.3. Los huecos

Los huecos son la parte intermedia entre los objetos; lo que queda entre frontera y frontera. Los huecos se aprecian por los límites de las cosas, justo ahí donde terminan. Los huecos, en tanto que están fuera de, se perciben vacíos y desocupados. Sin embargo, también ahí se albergan relaciones y movimientos de atracción y de rechazo; hay desplazamientos y fricciones; presiones y gravitaciones; fuerzas que se encuentran y que se repelen.

Asimismo, en los huecos aparece lo que no puede ser mencionado, es decir, *la otredad*. Son objetos *outsiders*, lo que no cabe, lo que está más allá de la fronteras, pero que no pertenece tampoco a otro espacio. Son lo "*casi*" del espacio, son el "*alter*" del espacio; son el territorio de lo transgredido.

Sin embargo, a su vez, los huecos están ahí para ser traspasados. Apartan otros espacios del espacio, pero no se quedan fuera del límite sin algo dentro. Este algo también adquiere nomenclatura de narrable. Ahora se puede decir que lo externo, lo que se encuentra más allá, se llena y se cubre no sólo de cosas y acontecimientos de este más allá, sino entre las cosas, igual que las trincheras, los puentes, los lagos y los ríos. Lo que ahí ocurre no corresponde a ningún sitio excepto al lugar mismo, cuando se obtura una vez pronunciado, una vez imaginado. Foucault (1979) afirma lo siguiente:

"(...) este espacio lleno en cuyo hueco el lenguaje toma su volumen y medida."

(Foucault, 1979: 4).

#### **1.1.4. La percepción**

La percepción es el artefacto con el que se acciona la presencia de las cosas y de los espacios. Para que exista el espacio, es necesario que se perciban sus contornos, es necesario que se perciban los huecos. A su vez, para que exista la percepción misma se requiere tanto de los huecos como de los contornos. Digamos, de esta manera, que la percepción se complementa con los contornos de las cosas, esto es, las delimitaciones de las cosas, y lo que existe entre sus fronteras; los efectos de las formas de percepción en formas políticas. Es como pensar el dentro de y fuera de al mismo tiempo. La percepción, vista de esta manera, junta todo lo visible y lo invisible, y por este motivo el espacio aparece como infinito.

Por su parte, Augé (1993) afirma que el lugar o, mejor dicho, los lugares, son construcciones simbólicas y concretas del espacio; los lugares son empatías emocionales que acercan a la noción de lugar. Y éste es, al mismo tiempo, el principio de sentido para quienes lo habitan y principio de inteligibilidad para quienes lo observan.

Por este motivo, los lugares pueden convertirse en construcciones sociales, pero el proceso para formar un lugar consiste en dividir permanencias del flujo de procesos de creación espaciotemporal.

Mediante estas explicaciones, hemos querido dejar claro lo siguiente:

#### **Resumen**

El espacio es un ente abstracto a la vez que físico que se percibe -y por lo tanto, existe- debido al conjunto de los contornos y huecos que lo conforman. El lugar, por su parte, lo podemos entender como una variable del espacio, esto es, que no forzosamente alberga cosas o permite la existencia de otras, pero sí es delimitado por contornos y huecos.

## 1.2. La posibilidad de los espacios

Hablar de la ciudad o de las ciudades nos remite necesariamente a considerar aquellos espacios y aquellos lugares que la confluyen, la circundan, la atraviesan, emergen y dan lugar a su habitamiento. La posibilidad de pensar en los espacios se refiere, entonces, a la narrativa que los hace posible, que los crea y les sirve de artífice.

Paradójicamente, Foucault se refirió al espacio a partir de la imposibilidad de nombrarlo.

"Lo imposible no es la vecindad de las cosas, es el mismo sitio donde pueden ser vecinas."  
(Foucault, 1986: 2).

Esto se entiende como un espacio impensable. Tal posibilidad la podemos ilustrar, por ejemplo, a partir de la idea de Houellebecq del **espacio de lo posible** como lo siguiente:

"El proyecto, impregnado de los ideales libertarios de moda de principios de los años setenta, consistía en poner en práctica una utopía concreta, es decir, un lugar donde se esforzaría en vivir 'aquí y ahora' según los principios de la autogestión, el respeto a la libertad individual y la democracia directa." (Houellebecq, 1999: 83).

En todo caso asistimos al despliegue de aquellas formas en las que el espacio se nos hace posible, bien por la manera de pensarlo y construirlo, bien por la manera de habitarlo.

### 1.2.1. Espacio y ciudad

La imagen de la ciudad ha surgido mediante la intervención de nuevos procesos y nuevos conceptos. El conocimiento que se deriva de la geografía y de la cartografía, por ejemplo, así como la idea de la resignificación del espacio, dan lugar a que se puedan perfilar los emplazamientos que circundan a las ciudades y trazos que habiliten su gobierno y que, al mismo tiempo, den cuenta de aquellas parcelas que escapan a su contenido.

La geografía y la arquitectura han dibujado y conformado la imagen de la ciudad, y han sugerido una sensibilidad espacial que, como proyecto geopolítico, interpreta a la historia para su gobierno y crea un espacio habitable y gobernable; un espacio de jerarquías y de orden. Se habla, de esta manera, del espacio en el que la idea moderna de poder había constituido su sueño pletórico.

Las ciudades, que en algún momento han sido erigidas como obras de arte de la arquitectura, cobraron vida y se dispersaron y ahora se han convertido en los recintos de las multiplicidades de las cosas que pasan demasiado aprisa. Las sucesiones de hechos y de cambios se ven ataviadas mediante la metamorfosis a la que Virilio (1980) alude como cinemática.

Las metrópolis, al crecer y transformarse, se han fundido en las velocidades que las atraviesan, que las juntan y que las circulan.

Ciudades transformadas por dimensiones que transportan, ciudades que, debido a los aceleramientos de las cosas y sucesos que devienen, provocan la sucesión de imágenes sobrepuestas; la sucesión del mundo en imágenes; yuxtaposiciones, extrapolaciones y fragmentaciones que otorgan una transmisión de la ciudad mediante señales. Fotogramas, telepresencias, imágenes, sonidos, etc.

Aquí la intención cobra vida con la idea del escenario de las ciudades como consecuencia de la resignificación del espacio; la elaboración de la idea de territorio y los límites circundantes de los mismos, del espacio como enclave físico y de la posibilidad de su discurso.

### Resumen

Éstas serían las diferentes maneras en las que podemos hacer referencia al espacio; las maneras de esculpirlo. Será esencial, entonces, retomar los discursos de la geografía y la cartografía para comprender la dimensión del nuevo escenario en el que se ha convertido la ciudad, aquello en lo que, poco a poco, se ha ido transformando.

### 1.3. El lugar del espacio

Las explicaciones se derivan desde el conocimiento que nos proporciona la geografía para trazar y delimitar el espacio. También ayudan a construirlo y, con la ayuda de la arquitectura, se hace su diseño artístico y, con esto, se insta su habitamiento. Esto permite crear los diferentes matices y las nuevas formas que va adquiriendo el espacio urbano.

En este sentido, poco a poco las metrópolis se transforman, cambian, etc. Esta maduración de las ciudades también da lugar a aquellos lugares que se han relacionado con lo que habitualmente se entiende por obsoleto, con lo azaroso y con lo estéticamente *feo*: por aquello de pertenecer a lo que se encuentra más allá, a lo que no había sido convenido, a lo que no es nuestro, a lo que está en el otro lado, a lo que viene de fuera. El espacio de la ciudad, la zona metropolitana, debe asumir los suburbios que mantiene a raya, hacia donde se dirige el espacio de la ciudad.



De esta manera, puede existir una redimensión en la arquitectura por estas líneas fronterizas, los bordes y márgenes que comportan una lista de flujos, contenedores, mutaciones, etc., para pensar una poética de la construcción de lo *informe*. Idea rescatada de Bataille para iluminar lo sórdido y lo abyecto. Una arquitectura *informe* entendida como **anarquitectura**; resultado de la desconstrucción de los diseños y de las construcciones que se narran desde las mutilaciones, los cambios y las transformaciones, en otras palabras, desde la reconversión de lo estéticamente diseñado a los procesos de deterioro de las figuras, arcos, columnas y superficies.

### 1.3.1. La geografía

La geografía utiliza la metáfora espacial para pervertir lo de fuera en un ardid retórico, y fue resuelto por la arquitectura en un aspecto de univalencia arquitectural: trazo y cálculo de edificios rayanos en correcciones formales, construcciones geoméricamente elaboradas, figuras ovaladas y circulares, trapecios, líneas y cuadros urgieron a pensar, al mismo tiempo, en este paso de ser un *a priori* a una consecuencia de las formas geométricas.

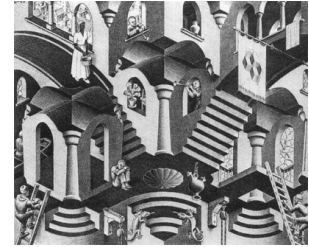
La narrativa geográfica que se describe, la que se implanta en los avatares cartográficos, sin duda ilustra los orígenes del historicismo y los cambios que devinieron en periodos de acumulación y enumeración que se relacionan con la idea de la producción, para hacer algo medible y factible y, de esta manera, poder tenerlo y controlarlo (Baudrillard, 1978), una geografía macrohistórica que permitió una capitalización de ciudades y regiones, una demarcación politicogeográfica como característica de la modernidad, en la cual el espacio fue tratado como algo inmóvil, algo que se trazaba para ser gobernado. Justo como el carácter ético de la arquitectura vertido en la concepción, creación y uso del territorio (Matless, 1997).

Insistiendo, un cambio cualitativo en las explicaciones que se derivan de la inflexión política es que la geografía y la arquitectura forzosamente deberían responder a un carácter de "relatar" y de "describir" lo que se transforma, no de dominarlo; se piensa, pues, en la ambivalencia del lugar. Deber un tanto referido a la geografía para que, en vez de delimitar espacios y ordenarlos, pudiese mejor narrarlos y describirlos desde una transformación que puede darse continua y perpetuamente. Una geografía, resultante de la crisis inducida por la denominada *cuarta modernización del capitalismo* (Soja, 1989), que explora en los espacios como fragmentos heterogéneos.

Una geografía que pueda romper con la idea de progreso y de dominación. Una geografía que se encuentre insertada en la ciencia social crítica, que explore en fragmentos más heterogéneos y movimientos alternativos. Una geografía propia que sea el resultado de la posmodernidad como un movimiento más allá de lo moderno, y el más allá no significa su trascendencia, sino su

#### Ejemplo

La anarquitectura ha sido ejemplificada gráficamente de manera fehaciente en las obras de Escher, como podemos apreciar en la imagen siguiente:



transgresión, como un movimiento perpetuo que salta por encima de una línea que de inmediato se cierra, retrocediendo y volviendo a saltar, así hasta el horizonte de lo infranqueable.

En todo caso, sería necesario encomendar a la geografía, en tanto que ha podido ilustrar un discurso que ya no es nuevo conocido como *posmoderno*, una revisión de tales maneras de esa misma *posmodernidad*.

Un discurso en el que se trenzan las voces de la geografía y la arquitectura, con el espacio como telón de fondo y con las implicaciones políticas del poder como gobernación, como espacio escénico y con la constitución de subjetividades que son convenientes con la inserción de la tecnología y de lo que no es humano.

La geografía ha argüido que el espacio y sus categorías espaciales deben ser incorporados al interior de la teoría social crítica. Esto último explica el ejercicio ontológico.

Ahora, el quehacer geográfico debería también narrar aquello que se escapa, los bordes, tiene que contar **allende las fronteras**. La ausencia de territorio erosiona el denominado *integrismo estado-nación*, la agonía y la inevitable muerte de los territorios, su ruptura con las soberanías de los estados. El aparente desorden geográfico y territorial comporta la emancipación de las fronteras, y los controles territoriales se desvanecen (Innerarity, 1996).

### Actividad

Buscad un mapa con el que hayáis trabajado en años anteriores e intentad compararlo con una versión más actualizada. ¿Qué diferencias o similitudes encontráis? Reflexionad sobre esto.

### Resumen

La necesidad de recurrir al discurso de la geografía se aparece como algo necesario, pues al recurrir a nociones estrategicopolíticas se recurre también a las posibilidades del gobierno del espacio.

## 1.4. La medida del espacio

Con la esperanza de gobernar, surge la idea del mapa. La acción de *cartografiar* atravesó los umbrales que congenian el saber y el poder, los mapas podían marcar la línea de sutura, la línea de división. Los mapas, para Foucault (1999a), fueron como una medida para los griegos, como una encuesta en la Edad Media o como un examen en el siglo XVIII.

### 1.4.1. Los mapas

En todo caso, surgió la idea de que el mapa era un instrumento de saber-poder conformador de la geografía, un instrumento que permitirá preparar los procedimientos para vigilar. Un instrumento que tiene por objetivo registrar los espacios, medirlos y poner los límites de los mismos, un instrumento útil en las estrategias de dominación de los espacios.

Los mapas se han constituido como instrumentos de saber-poder.



Ejemplo de un mapa

Hoy en día, los despliegues estratégicos que conforman la línea de batalla de muchos conflictos bélicos son posibles en la medida en que los mapas que se han trazado permiten tener la perspectiva fiel de las zonas que hay que destruir y ocupar. Dada la actual tecnología digitalizadora, la acción de *mapeo* sobre un territorio cualquiera, su horadación y manipulación se nota revitalizada, y qué decir de la "reinterpretación" de los mapas que demarcan unos nuevos, *legítimos*, *reales* o incluso diferentes tamaños de los continentes, regiones, paí-

ses y zonas, y destituyen, en cierta medida, la hegemonía de las grandes civilizaciones que habían centrado la magnificencia de su poder y de la extensión de sus imperios mediante la cantidad de territorio que poseían.

### **Actividad**

Conseguid un mapa de vuestro barrio o pueblo. ¿Sabéis reconocer los límites del territorio en el que vivís? Igualmente, ¿coinciden con los límites reales de vuestra localidad?

#### **1.4.2. La cartografía**

Cartografiar es una táctica del poder que se centró en la división de los territorios que se dominan; cartografiar es la acción instrumental que permite el razonamiento utópico de un proyecto geopolítico. En una entrevista con los geógrafos de la revista *Herodoto*, Foucault (1980) llegó a la conclusión de que la geografía podía recoger la información necesaria de los territorios y registrarla para que pudiese conformar la masa de datos requeridos por el poder y para sus efectos, y así poder explotar y dominar. Los datos que se desprendían de la acción de cartografiar, afirma Foucault, han servido directamente a los estrategias.

La acción de *mapear* y de cartografiar implica la producción de un espacio nuevo, la extracción de un espacio y su reconversión en otra cosa, lo cual da origen a geografías desamparadas, territorios silenciosos y denominaciones marginalizadas. Los mapas han aportado la posibilidad del margen, del borde y de orden del límite, en un espacio conveniente a la exploración, dominación y a veces adjudicación, dominio y explotación.

La relación de los mapas y de las urbes incorpora en sí misma el pleno ejercicio del trazo, de las líneas que, marcadas paralela y transversalmente, dieron vida a un plano absolutamente rectilíneo y geométrico.

"Ha aparecido la geometría / La topografía lo abarca todo / Nada en la tierra escapa a la medición", así expresaba su asombro el corrector de libros oficial para hacer referencia a la construcción de ciudades como Amsterdam, Venecia, etc., ante el nuevo orden que establece el urbanismo occidental." (Berman, 1988).

El mapa describe un territorio de la misma manera que un compás describe un arco; las líneas en el mapa producen bordes y fronteras, límites y extensiones más allá de los cuales las cosas parecen ser diferentes porque, justamente, se nos aparecen como distintas. Las diferencias del exterior con respecto al interior aparecen mediante el trazo de la línea divisoria (Diprose y Ferrell, 1991).

### **Actividad**

Navegad por Internet y buscad un lugar en el que haya mapas de ciudades, de territorios o de cualquier tipo. ¿Qué clase de mapas habéis encontrado? ¿Qué información ofrecen?



Los mapas y la acción de cartografiar son operaciones delimitadoras de espacio, como ocupación, como dominación, como movilización y como diferencia. Por este motivo, los efectos inmediatos de los desplazamientos territoriales constituyeron una resignificación política del espacio. En este sentido, la cartografía, para Jameson (1992), constituyó un modo de comprender la geografía de un modo práctico, debido a las gestiones individuales que se podían realizar en los espacios urbanos como consecuencia inmediata de la geografía y del arte de cartografiar.

Ahora estas gestiones detentan cierta incertidumbre, pues el trazo de las fronteras existentes hoy día parece estar marcado no de manera un tanto ambigua, sino que empieza a ser el producto de las ilusiones cartográficas que se derivan de procesos en sí mismos cambiantes, esto es, los modelos de territorio salvaguardados por franjas fronterizas que anunciaban el "cambio" de un espacio a otro, el "paso" de un territorio a otro. El imaginario fronterizo que se podía cruzar y que delimitaba sitios puede estar ahora empezando a perder su efectividad.

Una suerte de pérdida de eficacia de los efectos de la geografía vista como los resultados de un tipo particular de discurso que intenta generar un modelo hegemónico de nación cimentada en el poder que deviene de las extensiones de su espacio.

Los imaginarios fronterizos ofrecen una infinidad de combinaciones para que toda línea que se trace como una frontera y, al mismo tiempo, cada una de estas mismas líneas como fronteras, se conviertan en un paso de transgresión, líneas que convierten su propósito virtual ya que, una vez se erigen como tales, su transgresión puede hacerse inmediata. Estas líneas fronterizas, lejos de salvaguardar las soberanías de los estados, son "saltadas", irrumpidas y "brincadas" continuamente, lo cual propicia infinidad de historias de desacato y transgresión, y genera de este modo un discurso de encierro, un discurso de aislamiento, que genera al mismo tiempo un discurso de diferencia, un discurso discriminatorio que, justificado por las fronteras, aísla e interpone fuerzas diferentes. Un discurso de esta manera, clama Foucault (1980), es un discurso propio del nacionalismo que impronta diferencias regionales y patrióticas, un discurso poscolonial perteneciente al imaginario nacionalista que defiende sus fronteras de lo ajeno, de lo diferente y de lo perteneciente a lo "otro".

Sin embargo, las fronteras contenedoras de ideologías de diferencias y aislamiento no alcanzan a constreñir completamente, e irrumpen y se escapan aquellas pequeñas historias que se suceden entre sus marginalidades.

En el interior del ejercicio de cartografiar para que resulten espacios para gobernar, para determinar las propiedades, autores como Innerarity (1996) consideran el concepto de territorio no como un dato objetivo, sino más bien



Dos representaciones de Europa

como un artificio, un afiche; un concepto de territorio que se encuentra desbordado por los flujos transnacionales, marginado por la sofisticación de las técnicas de comunicación -una marginalidad que prevé al mismo tiempo las transformaciones territoriales, producto todo esto de las nuevas tecnologías-, impotente al ordenar la proliferación contemporánea de las reivindicaciones de la identidad.

El territorio es un afiche que se desborda por los flujos.

Esto permite, hoy día, asistir a un proceso de movilidad más que a un principio de territorialidad. Una movilidad como el proceso emancipatorio agilizado y condenado a las sintonías tecnológicas, los movimientos y flujos, acerca lo externo y lo interno, que se funden en un abrazo que permite su transmutación. Una movilidad que permite "colapsar" las fronteras habitando y cohabitando lo inhabitable, una movilidad en la que

"Aprendemos a vivir en los bordes en orden de ser las criaturas que somos, y cuando a veces hacemos negocios con otra gente, hay trozos nuestros metidos en los demás. Y cuando vemos nuestros propios mapas, hay trozos de los demás que están metidos en nosotros..." (Stone, 1993: 3).

En este sentido, y puesto que un territorio intenta ser acotado, aparece la idea de su gobierno, de su división geopolítica. Aparece, de esta manera, la idea de territorio.

### **Bibliografía**

D. Matless (2001). An occasion for geography: landscape, representation, and Foucault's corpus. *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, 41-56<sup>4</sup>.

<sup>(4)</sup>D. Matless (1992). An occasion for geography: landscape, representation, and Foucault's corpus. *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, 41-56.

**Una ocasión para la geografía: paisaje, representación y el corpus de Foucault**

D. Matless

Escuela de Geografía, Universidad de Oxford, Mansfield Road, Oxford OX1 3TB, Inglaterra

Recibido el 2 de julio de 1990; revisado el 21 de marzo de 1991

**Resumen:** Primero, se esboza por qué razón este artículo no gira en torno al término *postmodernismo*; a continuación, se consideran algunos enfoques en el campo de la geografía y otros campos a la representación del paisaje, y se desarrolla una manera de analizar la representación a partir de la obra de Michel Foucault.

Se discuten las ideas de Foucault sobre el poder, el conocimiento, el discurso, la verdad y la genealogía, y el estudio concluye con un examen de cómo se podrían utilizar estas ideas en relación con los temas clave de la investigación geográfica como la identidad de lugar y la naturaleza, y la disciplina misma de la geografía.

"Todos los parámetros, categorías y antítesis que se utilizaron una vez para definir, planificar y clasificar el mundo se han cuestionado. Y no sólo aquellos que estaban vinculados más estrechamente a valores históricos, sino incluso los que parecían ser categorías antropológicas estables -razón y mito, trabajo y existencia, masculino y femenino- e incluso la polaridad de las combinaciones más elementales de palabras -afirmación y negación, arriba y abajo, sujeto y objeto" (Calvino, 1987, p. 91).

## Prefacio

Este artículo se redactó por primera vez con el objetivo de recoger diferentes argumentos sobre el paisaje, la representación, Foucault, etc. sobre el término *posmodernismo*, sin considerar si era realmente útil o apropiado continuar utilizando este término. Por lo tanto, antes de esbozar estos argumentos, todavía retenidos, hay que explicar por qué el *posmodernismo*, la razón de ser de este número del diario, ya no aparece en este artículo en particular.

### 1) Introducción: la razón del término *posmoderno*

¿De qué sirve el término *posmoderno*? Con los años, esta palabra se ha utilizado en muchos sentidos para diferentes objetivos, de manera que utilizarla sin una definición o unos requisitos elaborados es pretender decir algo que no se preveía. ¿Existiría la posibilidad de que el valor del posmoderno se esté reduciendo, borrado por algunas de sus huellas? Pienso que sí. Se dice la palabra y con toda probabilidad aparece una "condición" o una "lógica cultural del último capitalismo" (Jameson, 1984; Lyotard, 1984); una ontología definida a partir de una razón cultural elevada, desde una vanguardia metropolitana internacional; o un efecto secundario, un factor que contribuye a algo más básico a lo cual el argumento siempre tiene que volver. Ahora, estas condiciones y esta lógica me parecen muy diferentes de las que siempre había pensado del posmodernismo, hasta el punto de que si se aferran y buscan estas asociaciones, podría conducir menos a nadar que a ahogarse, o, en el mejor de los casos, a revolcarse, en un debate siempre bien canalizado pero más y más sublevado y agitado. ¿No se podría argumentar que si, como de hecho mucho del debate posmoderno sugeriría, el significado de una palabra no es esencial, sino que nace su práctica y su actuación, de su uso, lo *posmoderno* quizá se ha agotado?

Y en este caso, ¿todo lo que ha recogido el nombre *posmoderno* sería, en consecuencia, inútil? En este punto, yo objetaría. Sugeriría considerar algunos de los argumentos y las prácticas desde (y antes) que el término *posmoderno* apareciera como una *ocasión*; para pedir cuestiones de autoridad, de autoría, de legitimación, de lo universal y lo teleológico, de la representación y el estatus de la imagen. La sospecha, el cuestionamiento e incluso alguna consideración crítica de todas estas cosas -esto es lo que yo sugeriría que tomemos de la *ocasión* que representa lo posmoderno; utilizar esta postura como oportunidad para un *ethos*, para la política, para, como dice Foucault, una "manera de ser" (Foucault, 1986d, p. 377), por la cual aquí y ahora quizá necesita menos ser denominada que ser practicada.

Una de las razones más importantes que hacen que el posmoderno como categoría singular parezca en desuso es la obstinación en las primeras cuatro letras, que lo sitúan en relación con algo anterior. Considero que la razón de usar este término, *posmoderno*, quizá ha sido muy útil en su insistencia anterior a la historia. Si dejamos de lado la teología y la creencia en el progreso, la historia sorprende como si fuera nueva. Y es esta sorpresa de la historia lo que quizás hace más que cualquier otra cosa que lo *posmoderno* sea una noción extraña. Porque, ¿qué es lo moderno? Aquellas tablas binarias recurrentes que quizá empezaron como distanciamiento polémico de algo de lo que parecía necesario distanciarse demasiado a menudo parecían leerse como una explicación objetiva de un siglo veinte universal. Términos como *diferencia* y *multiplicidad* se incluyen en el lado posmoderno, aunque cualquier análisis superficial de lo *moderno* (en arte, economía, geografía, en cualquier cosa) seguramente aportaría una diferencia y, de hecho, una variedad de *atenciones* a la diferencia (sobre la diferencia y la geografía moderna, ved Matless, 1991 b), que no se podrían restringir a un término.

La cuestión de cómo se puede hacer la lectura de lo que es moderno se empieza a abordar dentro de y fuera del campo de la geografía por parte de autores que consideran temas de lo posmoderno (en geografía, ved Cosgrove, 1990; Driver, 1991; Livingstone, 1990; Matless, 1991a). Y una consecuencia de esta consideración en aumento de la historia que parecería probable es que la noción de algún cambio de época en todos los ámbitos de la vida que tuviera lugar en algún momento de finales del siglo XX puede tener menos crédito. Encontrar el "antes" no es lo que parecía, quizá también encontremos que el terreno se corta bajo el "después". De hecho, a menudo parece que los argumentos para lo posmoderno se han tragado sin masticar la historiografía recibida de lo moderno como periodo y movimiento racionalista, totalizador, universalista y progresivo con poca consideración con respecto a la diferencia o el pasado (sobre esta historiografía, ved Cosgrove, 1990). Un moderno reexaminado puede, sin embargo, encajar menos fácilmente en una dicotomía temporal tabular.

Una vez dicho esto, sin embargo, evidentemente *hay* un sentimiento extendido, que habría que considerar de manera crítica, que afirma que se podría haber producido un cambio ontológico y epistemológico en tiempos recientes. Considero que se podrían hacer diferentes preguntas en relación con el motivo por el cual parece que se haya

detectado tan fácilmente un cambio de época. Una cuestión es la concepción misma del presente como "nueva era", un "nuevo tiempo" (sobre el movimiento verde y una era posmoderna nueva, podéis ver Matless, 1991a). Foucault hablaba útilmente sobre esta cuestión en una entrevista de 1983 en la que remarcaba cómo le sorprendió entonces el término *posmodernidad*. Pensaba que una de las "costumbres más perjudiciales del pensamiento contemporáneo" era "el análisis del presente como punto preciso a la historia, un presente de ruptura, o de punto elevado, o de finalización o del retorno de un alba, etc":

"La solemnidad con la que todo el mundo que se dedica al discurso filosófico reflexiona sobre su tiempo me impresiona porque considero que es un error (...). Pienso que deberíamos tener la modestia de decirnos a nosotros mismos que, por una parte, el tiempo que vivimos no es el punto de la historia único o fundamental o irruptivo (...) También debemos tener la modestia de decir, por otra parte, que -incluso sin esta solemnidad- el tiempo que vivimos es muy interesante (...) Es un tiempo como cualquier otro, o más bien, un tiempo que no es nunca igual que otro" (Foucault, 1988, pp. 35-36).

Más adelante en este artículo, vuelvo a la concepción misma de Foucault de la historia y sus usos. De momento, sin embargo, la lectura del presente de manera inmodesta en términos de ruptura también evade la cuestión de dónde se lee esta ruptura. ¿Desde el punto de vista intelectual y espacial, de donde deriva la seguridad necesaria para pronunciarse de esta manera sobre el mundo? Yo defendería que esta seguridad es con frecuencia específica de un ámbito cultural y geográfico.

La diagnosis universal es muy frecuentemente, en este caso, una extensión de una experiencia particular, la del intelectual metropolitano, que opera internacionalmente y que es sofisticado desde el punto de vista cultural. Se piensa en Jameson, Soja y Lefebvre sobre su viaje en espiral de Los Angeles central (Soja, 1989, p. 63), dibujando una ontología general a partir de lo particular. Hay cuestiones aquí de la geografía cultural del mismo discurso posmoderno (podéis ver Gregory, 1990). La mayoría del mundo explicaría una historia diferente a su lector. Los Angeles es un lugar real e interesante, aunque yo no he estado nunca. Sin embargo, no lo es todo, ni el final de todo. Tampoco lo es París, ni Catton. Parece, como mínimo, irónico, que la diferencia se tenga que dibujar de esta manera. Algo que tenía entendido era que lo posmoderno no se ocupaba de la diagnosis de la razón elevada ni de la investigación desde la vanguardia.

Aunque se pueden criticar elementos de lo posmoderno de ésta y de otras maneras, el término realmente ha proporcionado una ocasión para los debates que no puede ignorar nadie que trabaje en el campo de las humanidades y las ciencias humanas. Se han planteado las cuestiones de la diferencia, el poder, la moral, la estética y muchas más que no se pueden dejar descansar. Se han dicho cosas que no se pueden callar. Lo que surge de esta ocasión queda, evidentemente, abierto a debate. Como en cualquier otro tiempo o lugar no se tendría que esperar, ni tampoco luchar necesariamente, con el fin de llegar a un acuerdo. ¿Deberíamos esperar consenso en un mundo de diferencias reales? Parece, sin embargo, que la moral, la política, la estética, la economía, la filosofía y la fantasía están, cómo siempre, en el aire, su presencia en este caso es menos una de las bolas con las que hacer juegos malabares de manera pensativa en la mente que un éter, con una combinación de gas hilarante y gas mostaza. Y puesto que respirar no es nunca opcional, este mundo se tiene que hacer entrar.

Acabaré esta introducción con una parábola de la "ocasión". En el cuento de Michel Tournier *Gilles et Jeanne*, el Padre Blanchet, cura del campo francés, va a Florencia en el año 1439 para encontrar a alguien que rescate a su Maestro Gilles de Balsas de la desesperación, y encuentra el alquimista del renacimiento italiano Francesco Prelati. Blanchet, que desconfía de la visión de Prelati llena de confianza en un nuevo mundo, decide, sin embargo, llevarlo a Francia con la esperanza de que ayudará a Gilles de alguna manera. Prelati acepta hacer el viaje, pero muestra desprecio sobre las dudas de Blanchet de la nueva era:

"Continuad hablando, continuad, Padre Blanchet, pero sabéis muy bien que para vos nada volverá a ser lo mismo que antes de vuestros viajes. Habéis visto demasiado, habéis escuchado demasiado. El antiguo hombre gótico está muerto, está naciendo una nueva era dentro de vos. Tanto si queréis como si no, habéis comido el fruto del conocimiento y no olvidaréis su sabor deprisa. ¡Y la prueba es que lucháis en contra de mis argumentos, pero me lleváis con usted!"

Blanchet, sin embargo, enfocó su situación de otra manera:

"Os llevo conmigo porque no me queda otro remedio (...) Pero ved cómo estoy de temeroso. Hay mucha brillantez en vos, pero no sé si proviene de la luz del cielo o de las llamas del infierno" (Tournier, 1989, pp. 71-72).

El cuento concluye con distintas muertes, horribles en general, aunque el final de Blanchet no se relata.

## 2) Paisaje y representación

Quiero utilizar el grueso de este artículo para considerar cuestiones en torno a la representación del paisaje, un tema que ahora es común en la geografía cultural (por ejemplo, podéis ver Cosgrove, 1984; Cosgrove y Daniels, 1988; Daniels 1989; Domosh, 1989). El objetivo de este artículo es sugerir una manera de considerar la representación, sobre todo recurrente en el trabajo de Foucault, que no trata la imagen como significante de una esencia ni como reflector de una realidad más básica; una manera de operar que enfatiza la sustancia de la imagen, su maquillaje sustantivo, lleno de poder moral y estético (para una sugerencia similar, ved Bishop, 1992). Se sugieren aquí representaciones, imágenes, conocimientos, fantasías como cosas altamente concretas; no se debe considerar que se limitan a reflejar o distorsionar el mundo (aunque reflejar o distorsionar pueda ser su objetivo declarado), sino que constituyen realmente lo que forma el mundo.

Discutiré estos temas primero en torno a la cuestión del paisaje, ya que es aquí donde los debates sobre la naturaleza y el estatus de la representación se han dado en geografía, debates que se centran en relaciones de sujeto y objeto y de imagen y realidad. Con respecto a la primera relación, ahora se considera normalmente en geografía que el paisaje es algo más que simplemente un objeto. El paisaje lleva un significado igual que los minerales y los medios agrícolas. Una vez dicho esto, el paisaje no se tiene que ver simplemente como una cuestión del sujeto. Cosgrove insistió en criticar mucha geografía humanística para cruzar a un reino desvinculado de lo subjetivo, para volver a hacer una división percibida entre el arte y la ciencia: "demasiado a menudo los humanistas geográficos cometen el error de asumir que el arte y, dentro del arte, el paisaje, tienen que ver con lo subjetivo, que de alguna manera se enfrenta a la ciencia y a sus certezas que proclaman que son objetivas" (Cosgrove, 1985, p. 58).

Algunos de los escritos más estimulantes de años recientes sobre el paisaje provienen de un punto de vista ampliamente marxista, que destaca cuestiones de poder sobre la tierra y la imaginación. Cosgrove mismo, junto con Williams y Berger, ha considerado el paisaje en torno a una serie de binarios; de sujeto y objeto, de dentro y de fuera, ideológico y material, irreal y real. El cuarto par en particular se extiende por los capítulos sobre la literatura del siglo XX sobre el paisaje en *The Country and The City*, de Williams (1975). Para Williams, escritores como Kenneth Grahame, John Cowper Powys y otros básicamente se equivocaban: "la tierra real y su gente fueron falsificados; una Inglaterra rural tradicional y superviviente fue garabateada y ocultada de la vista por lo que es realmente un garabato suburbano y medio educado" (Williams, 1975, p. 309). Y en una vena similar, aunque menos polémica, Cosgrove cierra su *Social Formation and Symbolic Landscape* (1984) citando *A Fortunate Man*, de John Berger y Jean Mohr:

"Los paisajes pueden ser engañosos.

A veces, un paisaje parece ser menos un establecimiento para la vida de sus habitantes que una cortina detrás de la cual tienen lugar sus luchas, éxitos y accidentes. Para aquellos que, con los habitantes, se encuentran detrás de las cortinas, las marcas del paisaje ya no son geográficas sino también biográficas y personales" (Berger y Mohr, 1967, pp. 13 y 15; citado en Cosgrove, 1984, p. 271).

Citando este pasaje complejo, que en el libro de Berger y Mohr había puesto título a una fotografía del paisaje inglés, Cosgrove evoca binarios de dentro y de fuera, auténticos y falsos, realidad y engaño de la representación, y ciencia (representada por la geografía) y experiencia.

Todas las obras que se citan aquí muestran una sutileza considerable de interpretación, aunque a menudo sus categorías binarias analíticas parecen restringir más que permitir. De hecho, Berger, Williams y Cosgrove parecerían haber reconocido una determinada frustración analítica al operar este modo binario, en categorías que, en la teoría y en la práctica, parecen difíciles de mantener. En años recientes, los tres (Berger, 1985; Cosgrove, 1990; Williams, 1980 b; sobre Berger y Williams, ved Daniels, 1989) han intentado desarrollar una forma de análisis en la cual las categorías trascendentes, ahistóricas, biológicas o espirituales se exploren con el fin de investigar las respuestas humanas al paisaje. Cosgrove, en particular, formula su enfoque en términos posmodernos y, al hacerlo, presenta cuestiones clave relativas al estatus de

la imagen y de la metáfora ("La metáfora y la imagen son concebidas no como representaciones de superficie de una verdad más profunda, sino como una intervención en la formación de la verdad", Cosgrove, 1990, p. 345). Independientemente de si conciben o no su esfuerzo como posmoderno, porque los tres autores parecería que hacen una busca de una base elevada, trascendental, de cosas con las que reemplazar lo que se consideraba una razón insostenible de producción cultural en relaciones de clase y en lo económico (aunque ninguno de estos autores negaría la conexión de las cuestiones de cultura y clase, cultura y economía). Volveré a esta investigación en la sección final de esta obra, pero primero, a la vez que comparto la inquietud de Cosgrove, Berger y Williams con la operación binaria, intentaré esbozar una manera diferente de operar. En vez de buscar una ahistoria de lo constante o lo trascendente, deseo descender al discurso, explorando un enfoque distinto a cuestiones de geografía, historia y representación que emerge sobre todo de la obra de Foucault.

Por lo tanto, definiendo aquí que esta representación no se debería considerar, como a menudo se hace en ciencias sociales, como una imagen necesariamente derivada, subordinada y, a veces, distorsionadora de una realidad subyacente y más básica. Supongo que entonces uno podría sugerir que la "representación" en sí podría ser un nombre inadecuado. ¿No implica quizá la representación de algo que ya existe? En consecuencia, es importante especificar la noción de la representación que se presenta. Evidentemente no estoy defendiendo que las representaciones estén de alguna manera conjuradas desde un hueco, sin referencia; evidentemente, se ofrecen elementos del mundo, pero estos elementos no es necesario que se consideren en términos o un punto de origen o un referente real, sino que cualquier representación perdura como recombinación y reformulación creativa del mundo, y su estatus no está ni por encima ni por debajo de aquello que se ha utilizado. Se trata de este reto de *jerarquías de la verdad*, que quizá es el rasgo más importante de esta noción de representación. Quizá también es necesario explicar dos puntos más aquí; primero, que al utilizar el término representación, no sólo hago referencia a la producción "artística" o "literaria" sino también a la filosofía, la política, el periodismo, la historia, la geografía, etc.; y, segundo, que al poner énfasis en el elemento creativo de la representación no deseo implicar que hay alguna clase de libertad del autor para crear con voluntad. Más adelante, definiendo que el concepto de discurso de Foucault proporciona una manera útil de considerar estas cuestiones de autoría.

Sin duda, una consecuencia de cuestionar las jerarquías de la verdad habitualmente usadas para adoptar la representación es que la noción de la imagen como vehículo para la ideología en contra de la realidad se hace difícil de sostener. En esta línea, Foucault sugiere en su ensayo *Truth and power* que la ideología es un concepto "difícil de utilizar" por diferentes razones. En particular, Foucault afirma: "independientemente de que te guste o no, siempre se encuentra prácticamente opuesto a alguna otra cosa que se supone que es la verdad" (1986c, p. 60). Las críticas de Foucault se dirigen contra la jerarquía de la verdad que implica esta distinción y que se podría aplicar a muchos escritos críticos sobre la representación:

"el problema no consiste en dibujar la línea entre lo que en un discurso se pone bajo la categoría de cientificidad o verdad, y lo que proviene de alguna otra categoría, sino al ver históricamente cómo no se producen los efectos de la verdad dentro de discursos que en sí no sean ni verdaderos ni falsos" (Foucault, 1986c, p. 60).

Aquí Foucault aborda cuestiones específicas del discurso y la verdad, pero su trabajo sobre cuestiones de verdad, poder, conocimiento, discurso e historia en general parecería proporcionar una manera útil de operar para el geógrafo que considera cuestiones de representación. Ahora articularé las partes del trabajo de Foucault que quiero utilizar -(hay muchas versiones de su trabajo, como cualquier mirada a la gran cantidad de libros indicará, y la mía es una versión particular con objetivos particulares)- antes de concluir con consideraciones más específicas de la práctica geográfica.

### 3) La operación de Foucault

#### 3.1) Poder, conocimiento, discurso y verdad

La cuestión del poder impregna mucho del trabajo de Foucault y es importante aclarar su concepción particular del poder en el comienzo, antes de considerar su trabajo sobre la relación entre el poder y el conocimiento, y el poder y la verdad, un trabajo que yo afirmaré que podría formar un núcleo de cualquier consideración geográfica de la representación. La idea de Foucault del poder se diferencia marcadamente de las estructuradas en términos de dominación, ideología o represión (Dreyfus y Rabinow, 1982; Driver, 1985).

"Tenemos que dejar de una vez por todas de describir los efectos del poder en términos negativos", escribe, "el poder produce realidad; produce dominios de objetos y

rituales de verdad. La persona y el conocimiento que se pueden ganar pertenecen a esta producción" (Foucault, 1979, p. 194). El poder para Foucault permite hacer cosas, se ejerce y no se posee, es relacionado e inmanente, no es ni una institución, ni una estructura, ni una fuerza, sino "una situación estratégica compleja" que cambia constantemente y localmente (Foucault, 1981, pp. 92-94). Quizá porque en *Discipline and Punish* hizo énfasis en el Panopticon de Bentham, a veces se considera que la noción de Foucault del poder lo derriba y lo abraza todo. Esto, sin embargo, es confundir su análisis de una forma particular de poder histórico ("poder disciplinar", Foucault, 1979, p. 226) con sus pensamientos sobre el poder más en general: "El poder está en todas partes, no porque incluya todo, sino porque proviene de todas partes" (Foucault, 1981, p. 83).

El potencial de esta concepción de poder no reside sólo en su especificidad, flexibilidad y positividad, sino en el vínculo que establece Foucault entre el poder y el conocimiento (Dreyfus y Rabinow, 1982). Evidentemente, esto no era un nuevo vínculo que se tenía que hacer *per se*, sino que Foucault lo hace de una manera determinada. Primero, es importante recordar la clase de poder a la que hace referencia Foucault. Si establecemos un vínculo entre el poder y el conocimiento en los términos de Foucault, no quiere decir que presentemos el conocimiento como esencialmente neutro pero al servicio de un poder poseído y ejercido. Por ejemplo, con respecto a la relación entre geografía e imperialismo, Foucault, aunque no niega el uso del conocimiento geográfico por el estado en los procesos de explotación y dominación, tampoco reduciría la geografía al papel de cómplice involuntario o culpable del poder opresor (para el primero, podéis ver Hudson, 1977). Un análisis foucaultiano pondría menos énfasis en la geografía al servicio del poder y consideraría más el poder-conocimiento de la geografía (si queréis consultar esta clase de enfoque, podéis ver Driver, 1992). El poder-conocimiento es un concepto clave en el trabajo de Foucault. Foucault considera que el poder produce conocimiento, y el conocimiento presupone y constituye relaciones de poder. El término "poder-conocimiento" representa la relación entre los dos:

"no es la actividad del sujeto de conocimiento que produce un corpus de conocimiento, útil o resistente al poder, sino el poder-conocimiento, los procesos y las luchas que lo atraviesan y que lo constituyen, lo que determina las formas y los posibles dominios del conocimiento" (Foucault, 1979, p. 28).

Nuevamente, el énfasis no es en la limitación por parte de una estructura inclusiva de poder-conocimiento, sino en el proceso, la lucha y la *posibilidad*: "las relaciones de poder-conocimiento no son formas estáticas de distribución, sino "matrices de transformaciones" (Foucault, 1981, p. 99).

Por lo tanto, las representaciones de cualquier tipo se podrían considerar relaciones establecidas de poder-conocimiento. Se plantean cuestiones, sin embargo, en la definición del "poder-conocimiento" citado con anterioridad del papel y el estatus del "sujeto de conocimiento", el "autor", ya sea el artista, el escritor de ficción, el filósofo o el geógrafo. ¿Es el sujeto meramente pasivo, habla de poder-conocimiento sin intención o elección, totalmente determinado por éste? (Si queréis consultar el neofuncionalismo de Foucault sobre esta cuestión, podéis ver Dreyfus y Rabinow, 1982). El concepto relacionado de Foucault del discurso presenta algunas posibles respuestas aquí, en relación con las cuestiones planteadas anteriormente, en este escrito, de imagen y realidad. La gran parte del trabajo de Foucault consiste en un estudio histórico y el "régimen discursivo" (Foucault, 1986c, p. 55) es un concepto clave en sus análisis de la transformación histórica. Philp escribe del intento de Foucault de mostrar los "conjuntos de reglas discursivas", reglas que permitan y ordenen declaraciones y permitan su identificación verdadera o falsa, acertada o equivocada. Estas reglas no se establecen y se siguen conscientemente, no forman una metodología ni un paradigma sino que

"proporcionan las precondiciones necesarias para la formación de declaraciones y, como tales, operan "a espaldas" de los hablantes de un discurso. De hecho, el lugar, función y carácter de los 'conocedores', autores y públicos de un discurso son también una función de estas reglas discursivas" (Philp, 1985, p. 69).

El discurso como tal parece evadir el conjunto de análisis de representación a jerarquías de verdad con respecto a la "imagen" y la "realidad". Y nuevamente habría que destacar que el "régimen discursivo" de Foucault no es de ninguna manera definido rígidamente en tablillas de piedra. Los sujetos no están cerrados allí sin posibilidad de moverse, sino que el régimen discursivo, de acuerdo con las relaciones de poder-conocimiento que representa, es complejo y experimenta un cambio constante; y siempre es hecho y deshecho por parte de sus sujetos.

Foucault también cuestiona las jerarquías de la verdad representacional cuando destaca la relación entre la verdad y el poder, y de la verdad y la falsedad. El objetivo de Foucault de revelar las reglas discursivas de la sociedad occidental moderna no se tendría que considerar un intento de exponer, y, por lo tanto, descartar, ni las reglas ni la sociedad como algo falso o falto de autenticidad. Parte del esfuerzo de Foucault ha sido, precisamente, cuestionar la naturaleza de la verdad y la falsedad y, de esta manera, abordar en particular la relación entre la verdad y el poder. Para Foucault, la verdad y el poder están, como el conocimiento y el poder, incrustados entre sí, el primero se tiene que entender como un "sistema de procedimientos ordenados para la producción, regulación, circulación y operación de las declaraciones", vinculado a "una relación circular con sistemas de poder que lo producen y lo mantienen y a efectos de poder que induce y que extiende. Un 'régimen' de verdad" (Foucault, 1986c, p. 74). Por lo tanto, los intentos de emancipar de alguna manera la verdad del poder son para Foucault una "quimera", porque "la verdad ya es el poder" (1986c, p. 75). Foucault, en cambio, se contenta de no ver "históricamente cómo los efectos de la verdad no se producen dentro de discursos que en sí mismos no sean ni verdaderos ni falsos" (Foucault, 1986c, p. 60). Y a estos "efectos", claro está, no les falta sustancia; son muy reales, y están plenos de poder.

### 3.2) Genealogía

Tal y como se ha mencionado anteriormente, los escritos de Foucault consisten en estudios históricos. En la sección de conclusiones de este artículo, considero el tratamiento geográfico de cuestiones de historia y herencia en relación con el método histórico del mismo Foucault; primero, sin embargo, habría que detallar las particularidades de este método. Este elemento del trabajo de Foucault, evidentemente, sólo tiene sentido en relación con su estudio sobre el poder, el conocimiento, el discurso y la verdad examinados anteriormente.

Quiero utilizar concretamente la noción de Foucault de historia como "genealogía". Foucault elucida la genealogía en su ensayo de 1971 *Nietzsche, genealogy, history* (Foucault, 1986a; podéis ver también Dreyfus y Rabinow, 1982) y practica sus principios en *Discipline and Punish* (1979) y *The History of Sexuality* (1981). Para su genealogía, Foucault recurre al cuestionamiento de Nietzsche de suposiciones fundamentales con respecto a la historia y el conocimiento histórico; la genealogía implica una redefinición de los dos. Para empezar, no reconoce constantes, y, de acuerdo con un proyecto que ha recibido el nombre de la *genealogía del sujeto moderno* (Rabinow, 1986, p. 7), niega cualquier base en la que reclamar una naturaleza humana. La genealogía es "una forma de historia que puede explicar la constitución de conocimientos, discursos, dominios de objetos, etc. sin tener que hacer referencia a un sujeto que ni es trascendental en relación con el campo de acontecimientos ni funciona en la uniformidad vacía en el curso de la historia" (Foucault, 1986a, p. 59).

Foucault escribe que la genealogía "rechaza la seguridad de los absolutos" (Foucault, 1986a, p. 87), "se opone en sí a la búsqueda de los 'orígenes' y rechaza cualquier noción de teleología" (Foucault, 1986a, p. 77). A partir del último rechazo deriva mucho del poder crítico empírico del trabajo de Foucault. En *Discipline and Punish*, por ejemplo, el primer paso de Foucault es evocar todavía nociones rechazadas de la "humanización", de un despertar y una ilustración graduales de la humanidad al horror de sus anteriores demonios, y su posterior sustitución por formas más "humanas" de castigo, como explicación de la desaparición de la tortura como espectáculo público en la sociedad occidental (Foucault, 1979). En lugar de un cuento de avance de la humanidad en la reforma del sistema penal, *Discipline and Punish* emerge en cambio como "historia correlativa del alma moderna y de un nuevo poder que juzgar" (Foucault, 1979, p. 23), yendo más allá de su objeto inmediato, "The Birth of the Prison", para convertirse en "un trasfondo histórico de diferentes estudios del poder de la normalización y la formación del conocimiento en la sociedad moderna" (Foucault, 1979, p. 308).

En consecuencia, parte del poder del propio trabajo de Foucault procede de un compromiso y un cuestionamiento de las narraciones predominantes de la historia (si queréis consultar una línea parecida, podéis ver Matless, 1990a; 1990b). El objetivo de este compromiso, sin embargo, no es simplemente cuestionar una versión de los hechos históricos. También hay un objetivo contemporáneo, filosófico, moral y político en este hecho de volver a explicar la historia. Foucault designa este aspecto de la genealogía con el término de *historia efectiva*. La genealogía deriva su efecto no sólo de revisar o hundir nuestras suposiciones respecto de los hechos históricos, sino también de cuestionar las bases y las funciones del conocimiento histórico. Según afirma Foucault:

"La historia se vuelve 'efectiva' hasta el punto que introduce discontinuidad en el seno de nuestro ser, ya que divide nuestras emociones, dramatiza nuestros instintos,



multiplica nuestro cuerpo y lo coloca en contra de sí mismo" (Foucault, 1986a, pp. 88-89).

Por lo tanto, para la genealogía, el pasado no actúa como lecho de roca; ni tampoco como lecho en el que descansar, ni como roca sobre la cual construir.

#### 4) Ocasión para la geografía

En una entrevista sobre "Espacio, conocimiento y poder", Foucault sugería (y otros autores han afirmado cosas parecidas en relación con los debates posmodernos): "Nada es fundamental. Eso es lo interesante del análisis de la sociedad" (Foucault, 1986b, p. 247). Entonces, ¿cómo se sostiene la disciplina existente de la geografía en relación con esta filosofía y método?

Primero, resulta obvio que la noción de una disciplina diferente se hace problemática. Geertz destacó este punto en su ensayo de 1983 sobre "el borrado de los géneros". Al detectar una "reconfiguración del pensamiento social", Geertz sugería:

"Lo que vemos no es sólo otra reconfiguración del mapa cultural -el traspaso de algunos límites disputados, la marcación de algunos lagos de montaña más pintorescos- sino una alteración de los principios de la creación de mapas. Alguna cosa está pasando en la manera en la que pensamos sobre la manera en la que pensamos" (Geertz, 1983, p. 20).

Una vez aceptado el argumento de Geertz, sin embargo, todavía aún, y en el futuro previsible, también en un sentido institucional, tenemos una disciplina de la geografía. ¿Cuál podría ser el papel de esta geografía en un lugar y un tiempo en los que "nada es fundamental"?

Con el fin de acabar su prefacio de *The Order of Things*, Foucault escribió en 1996 el objetivo de su historia de "restaurar en nuestro campo silencioso y aparentemente inmóvil sus escisiones, su inestabilidad, sus defectos" (Foucault, 1970, p. XXIV). El campo, sin duda, se ha vuelto inquieto desde aquel momento, y el cambio parece que persistirá. Y yo sostendría que la geografía, de todas las disciplinas, es quizá la mejor situada para mantener el objetivo de Foucault de la restauración; y el motivo es que la geografía se ocupa precisamente de aquello que normalmente consideramos algunos de los elementos más "fundamentales"; naturaleza, paisaje, historia, y temas de espacio y lugar como nación, herencia, comunidad, hogar, mundo. En este sentido, la geografía funciona en el corazón de las ciencias humanas, estas disciplinas del espacio y el entorno que Foucault afirma que han sido los árbitros principales de la verdad y la normalidad durante los últimos doscientos años (Foucault, 1979). Considerando estos elementos "fundamentales", en un lugar y un tiempo en los que podríamos no concebirlas como tales, el potencial de la geografía parecería descansar en la realización de una genealogía de sí mismo; de los diferentes corazones del conocimiento geográfico (y no utilizo la palabra *corazón* en el sentido de *centro*) y de la propia imagen del mundo que tengan los geógrafos.

Evidentemente, estos elementos "fundamentales" no han sido ignorados en el pasado en el campo de la geografía (por ejemplo, sobre el lugar, podéis ver Agnew y Duncan, 1989; Tuan, 1977; sobre el espacio, podéis ver Sack, 1980; sobre el paisaje, podéis ver Cosgrove, 1984). Hay, sin embargo, quizá un elemento específico que marca un análisis genealógico de estos temas. Hay una tendencia a atribuir a los elementos "fundamentales" un carácter esencial, que es constante a través del cambio histórico. La genealogía, sin embargo, sugeriría que la recurrencia, de maneras diferentes, de nociones de naturaleza (sobre aspectos de la historia de la naturaleza, podéis ver Green, 1990; Williams, 1980a), el lugar, el hogar, etc. a través de diferentes tiempos y lugares no implica un concepto básico que cambie su matiz en función del contexto, algún camaleón histórico persistente; es el concepto en sí que experimenta una metamorfosis.

Concluiré este artículo analizando algunos de los temas anteriores en relación con debates actuales sobre un par de los elementos "fundamentales" sugeridos más arriba: la naturaleza y la identidad del lugar. Estos análisis no tienen como objetivo ser exhaustivos de ninguna manera, sino simplemente captar ejemplos ilustrativos de argumentos contemporáneos. Acabaré con algunas notas sobre la consideración de los geógrafos de su disciplina.

##### 4.1) El lugar de la naturaleza

En el volumen I de *The History of Sexuality*, Foucault, discutiendo la relación entre sexo y sexualidad, sugiere que el primero se tendría que considerar no como un secreto y una realidad básica sino como una "fábula (...) indispensable para la economía que se

prolifera sin fin del discurso sobre el sexo", que lo explota como "el secreto" (Foucault, 1981, p. 35).

Se podría sugerir que la "naturaleza" podría considerarse que ocupa una postura análoga, menos un escenario biológico separado de la actividad humana que una figura mítica de la imaginación humana. Por lo tanto, podríamos dejar de tener la naturaleza por un lado y las "ideas" de la naturaleza por el otro:

"No tenemos que situar el sexo en el lado de la realidad, y la sexualidad en el de las ideas y las ilusiones confundidas; la sexualidad es una formación histórica muy real; es lo que dio lugar a la noción de sexo, como elemento especulativo necesario para su funcionamiento" (Foucault, 1981, p. 157).

La postura de Foucault en este punto es especialmente pertinente en un tiempo en el que gran parte del debate se centra en torno a las distinciones hechas entre lo biofísico y lo humano y lo ideológico y ontológico en relación con respuestas al paisaje. Aquí podemos considerar otra vez el trabajo de Berger y Williams. En la obra reciente de Berger y la última de Williams, sobre arte, literatura, y paisaje, encontramos un materialismo histórico que cada vez más es complementado por un materialismo "biofísico" (Daniels, 1989, p. 214). Williams miró cada vez más las tesis biológicas respecto de la relación entre arte y naturaleza (Williams, 1980 b) y de la misma manera, Berger, en su fascinación en curso con las dimensiones visuales de la experiencia humana. Berger, quizá más que cualquier otro, ha establecido con los años que lo visual, y los códigos históricos y geográficos, son cualquier cosa menos neutros. En su obra *Ways of Seeing* (Berger, 1972), junto con obras anteriores y posteriores, afirmaba la naturaleza ideológica de la imagen visual, de una manera en algún sentido análoga al tratamiento de la literatura de Williams. La diferencia es que para Berger, sobre todo en su trabajo más reciente, parece que haya alguna esperanza de una naturaleza de la visión, alguna manera auténtica de ver, constante a través de la historia, que persiste a pesar de los códigos ideológicos del arte elevado y los medios de comunicación de masas. De hecho, es en áreas remotas desde el punto de vista geográfico y cultural de estas fuerzas donde Berger localiza esta autenticidad, sobre todo en las culturas campesinas que quedan en Europa, también el lugar de lo que Berger parece presentar como forma "auténtica" de comunicación verbal: la explicación de historias. En *The White Bird*, un ensayo que recibe su título a partir de los productos de artesanía de campesinos extendidos por Europa, Berger sugiere lo siguiente: "parece que haya determinadas constantes que todas las culturas han considerado 'bonito', características principalmente de la naturaleza que relata que son 'ontológicas' del arte, opuestas a su cara 'histórica'" (Berger, 1985, pp. 8-9). En esta conexión, Berger se ha ocupado cada vez más de la idea de lo sagrado, expresado incluso en un lenguaje predominantemente seglar. Por ejemplo, ha escrito que la credibilidad y la fuerza de la escritura derivan de un "reconocimiento sin palabras del misterio" (Berger, 1986, p. 47). Esto se podría considerar como una crítica admirable de los valores de una incesante desmitificación y aclaración, como resistencia al deseo de exponer significado en una aclaración crítica; a pesar de todo, Berger quizá parece contento de *descansar* en este reconocimiento, en lugar de vagar en los espacios abiertos por un reconocimiento de que el conocimiento, independientemente de cómo se transmita -y de cómo sea de claro y de sagrado- puede ser menos que definitivo, y abierto a la duda.

Yo defendería que el problema con esta división de análisis entre lo "ontológico" y lo "ideológico" o "histórico" no reside en dar posiblemente demasiado énfasis a uno y no suficiente al otro, al equivocarse de alguna manera en el equilibrio de los ingredientes, sino en la polaridad de las categorías mismas, en la construcción de la "ideología y la historia" y la "ontología" como lados opuestos de una moneda humana. Aunque el paisaje en nuestra sociedad y en el momento presente lleva sin duda resonancias políticas y personales profundas, son valores geográficos e históricos particulares, y la sabiduría de permitir estas categorías para estructurar nuestra interpretación se tendría que cuestionar.

#### 4.2) Lugar e historia

Comentando recientemente la falta de compromiso entre la disciplina de la geografía y la teoría estética y considerando áreas posibles de investigación, Harvey destacó cómo las "apelaciones a mitologías de lugares, personas y tradiciones, en el sentido estético, han tenido un papel vital en la historia geopolítica" (Harvey, 1990, p. 430). Recientemente, se han escrutado las cuestiones relativas a los mitos de lugar y a su importancia política sobre todo en la Bretaña, tanto en el campo de la geografía (por ejemplo, Daniels, 1988; Gruffudd, 1988; Matless, 1990 b) como fuera (Writhg, 1985; Colls y Dodd, 1986; Samuel, 1989), notablemente en relación con cuestiones de identidad nacional. Teniendo en cuenta el patrón de los acontecimientos mundiales y la reemergencia de una miríada de nacionalismos, sin embargo, es improbable que estos debates sean exclusivos de la Bretaña. ¿Cómo tendríamos que considerar estos

mitos de lugar, estas evocaciones de herencia? ¿Son falsas ilusiones? ¿El alma de un pueblo? Foucault abordó esta cuestión en el ensayo *Nietzsche, genealogy, history* en relación con la "investigación de la ascendencia":

"No tendríamos que dejarnos engañar y pensar que esta herencia es una adquisición, una posesión que crece y se solidifica; es una acumulación inestable de faltas, fisuras y capas heterogéneas que amenazan al heredero frágil desde dentro o desde debajo" (Foucault, 1986a, p. 82).

La investigación genealógica de la ascendencia:

"No es el hecho de erigir los fundamentos: al contrario, molesta lo que anteriormente se consideraba inmóvil; fragmenta lo que se pensaba que estaba unificado; muestra la heterogeneidad de lo que se imaginaba que era consistente consigo mismo. ¿Qué convicciones y, mucho más decisivo, qué conocimiento lo puede resistir?" (1986a, p. 82).

En su objetivo de perturbación, la genealogía no está destinada, sin embargo, a no desaprobar de ninguna manera el mito, a diagnosticar que sea falso. Con respecto a la herencia, la genealogía no se dirigirá a hacer una distinción de lo auténtico y lo falso. Sin embargo, ésta es precisamente la distinción que ha dominado mucho del reciente debate sobre la herencia en la Bretaña. Una serie de comentaristas, sobre todo Hewison en *The Heritage Industry* (Hewison, 1987), ha insistido en diagnosticar la herencia falsa y, al contrario, la historia real. El texto de Hewison era valioso porque subrayaba los intereses creados que implicaba la promoción de la herencia, la conexión de la cultura y la economía, un aspecto del campo a menudo ignorado o negado, pero su libro, que opone consistentemente herencia e historia, resalta una polaridad en torno a la cual se debate (Bishop, 1992; Matless, 1990c). "La herencia", afirma Hewison con una confianza alarmante, "por todos sus placeres seductores, es historia falsa" (Hewison, 1987, p. 144). Una de las muchas críticas que se pueden hacer es que el mensaje de Hewison puede tender a reforzar las divisiones institucionales entre aquellos que tienen acceso a la verdad de la historia y aquellos que no. Esta implicación quedó clara en una conferencia celebrada en Lancaster en mayo de 1988 cuando Hewison, en respuesta a una apelación de uno de los muchos presentes implicados en trabajo de museo en referencia a cómo se podría conseguir hacer una presentación verdadera de la historia, afirmó que esta tarea tiene que empezar con los historiadores en el público. Aquello que quizá tenía la intención de ser un llamamiento destinado a afirmar su unión sirvió, en cambio, para hacer énfasis en divisiones institucionales y profesionales.

Además de insistir en un anatema de la distinción entre la verdad y la falsedad en la genealogía, algunos comentaristas recientes específicamente de la identidad nacional inglesa también han tendido a tratar la cuestión de la "inglesidad" como un concepto esencialmente ahistórico, que trasciende el paso del tiempo; un concepto que, aunque se manifieste de diferentes maneras en distintos tiempos, tiene su propia continuidad, y ejerce, como afirma Foucault, "en su similitud vacía a través de la historia" (Foucault, 1986c, p. 59). Desde este punto de vista, se hace posible registrar una historia coherente y continua de la "inglesidad". *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit* (1981) de Wiener es el ejemplo más obvio de este enfoque, que presenta cualquier sentimiento de inglesidad como un impedimento constante y conservador y una reacción al "progreso", un impulso recurrente y esencialmente idéntico en diferentes corazones ingleses, una emoción contraria a la *racionalidad* de una creencia en el progreso económico. Para Wiener, el *high tory* y el socialista radical, cuando utilizan el lenguaje de la inglesidad, apelan a la misma emoción. "La inglesidad frente al progreso" impregna todo el libro, y Wiener acaba escribiendo en 1981, antes de la guerra de las Malvinas:

"Al fin y al cabo, es posible que Margaret Thatcher encuentre su reto más fundamental no en sujetar la oferta monetaria o en inhibir el gasto gubernamental, o incluso en luchar contra los enlaces sindicales, sino en cambiar este marco de pensamiento" (Wiener, 1981, p. 166).

Los pronunciamientos y las políticas posteriores de Thatcher y sus ayudantes, que apelaban a sus propias versiones del patriotismo y la inglesidad, sobre todo en relación con la enseñanza de la historia en la escuela (podéis ver la recopilación de ensayos en *History Workshop Journal*, 1990a; 1990 b), parecerían indicar una situación bastante más compleja.

Los genealogistas, al considerar los mitos del lugar, no tendrían como objetivo encontrar las huellas de la autenticidad, la falsedad, la esencia o la constancia, pero sin duda no rechazarían el papel y el efecto históricos y geográficos de estos conceptos. En la introducción a su obra *The Predicament of Culture*, el antropólogo Clifford, muy

influenciado por Foucault al hacer preguntas sobre historia y geografía (sobre la identidad del lugar, podéis ver Clifford, 1988 b), escribe sobre la identidad como "coyuntural, no esencial": "Si la autenticidad es relacional, no puede haber esencia, excepto como invención política, cultura, una táctica local" (Clifford, 1988a, pp. 11-12). Los genealogistas considerarían la identidad inglesa en este sentido. Aunque rechazaría lo que Clifford denomina cualquier "régimen trascendente de autoridad" (Clifford, 1988a, p. 10), la genealogía no rechaza, para desaprobar, ninguna noción de lo auténtico. Calificar la identidad de "invención" no denota falsedad. Un "mito" de lugar es bastante auténtico, bastante real. La genealogía se dirige en contra de la verdad y la falsedad, pero en un espíritu crítico no de rechazo, sino de evocación y parodia, irreverencial. Foucault escribe que el genealogista, estudiando el baile de máscaras de la historia:

"no será demasiado serio para disfrutar de este hecho; al contrario, empujará el baile de máscaras hasta el límite (...) ya no será la identificación de nuestra débil individualidad con identidades sólidas del pasado, sino nuestra falta de realización por medio de la elección excesiva de las identidades (...) con estas máscaras, revitalizando las bufonías de la historia, adoptamos una identidad cuya irrealidad sobrepasa la de Dios, que empezó la charada (...) La genealogía es la historia que adopta la forma de un carnaval concertado" (Foucault, 1986a, p. 94).

Quizá habría que indicar aquí que hay posiblemente otro objetivo más "convencional" en la historia "efectiva" de Foucault. De hecho, la genealogía, por toda su diferencia, sin duda, no se tendría que considerar enteramente *en contra de* prácticas existentes y objetivas de la historia. El objetivo de Foucault en *su* historia era en parte uno que no sería de ninguna manera nuevo para la mayoría de los historiadores "convencionales"; mostrar, por medio de la historia, que lo que es no ha sido siempre, igual que la geografía muestra una diferencia en el espacio. Y esta demostración de la diferencia sin duda ofrece la *posibilidad* de la diferencia. En una entrevista de 1983, al ser preguntado sobre "el trabajo del intelectual", Foucault comentó que era "fructífero (...) describir lo-que-es haciendo que aparezca como algo que podría no ser o que podría no ser como es":

"El recurso a la historia (...) es significativo hasta el punto de que la historia sirve para mostrar cómo lo-que-es no lo ha sido siempre; es decir, que las cosas que parecen más evidentes para nosotros siempre se forman en la confluencia de encuentros y oportunidades, durante el curso de una historia precaria y frágil. Qué razón percibe como *su* necesidad, o, más bien, qué diferentes formas de racionalidad ofrece como su ser necesario, puede mostrarse perfectamente bien que tienen una historia (...) cosa que no quiere decir, sin embargo, que estas formas de racionalidad fueran irracionales. Quiere decir que residen en una base de práctica humana e historia humana; y que desde el momento que se han hecho estas cosas, se pueden deshacer, siempre que se sepa cómo se hicieron" (Foucault, 1988, pp. 3 6-37).

#### 4.3) *Imaginando la geografía*

Finalmente, expondremos algunas notas sobre cómo imaginan los geógrafos el mundo y su disciplina. Queda fuera del alcance de este artículo abordar este tema en cualquier detalle, pero parecería importante indicar un área profundamente olvidada. El hecho de sugerir que los geógrafos examinen su propio discurso no quiere decir defender la autoindulgencia, ni el chovinismo disciplinario, sino defender que se reconozca que la geografía ha sido una disciplina altamente significativa del mundo moderno, en maneras a las cuales los geógrafos y otros raramente han dado crédito, y que pueden inquietarnos hoy día. Respecto de este punto, querría sugerir sólo unas maneras de abrir el espacio de la geografía moderna para la discusión.

Tal y como Livingstone ha indicado, la geografía ha sido notable por su escasez de historias críticas (Livingstone, 1984; 1990; podéis ver también Driver, 1988; 1992). La historia de la geografía parece que ha sido presentada bien en forma de liberal o bien de ninguna otra. Evidentemente, el mismo corpus de Livingstone es una notable excepción. Por lo tanto, querría apuntar sólo a tres áreas posibles en las que una genealogía de la geografía podría operar; las conexiones prácticas y filosóficas de la geografía, la imaginación geográfica del mundo, y la imaginación del geógrafo. Como mínimo, querría que este artículo sirviera para sugerir la riqueza de la geografía.

##### 4.3.1) *Conexión*

Evidentemente, la geografía no ha sido nunca una disciplina herméticamente sellada, ni en la práctica ni en la teoría; pensemos en los compromisos con el imperio (Driver, 1992; Hudson, 1977; Stoddard, 1986), con la teoría de la evolución (Campbell y Livingstone, 1983; Matless, 1991a), con la planificación, el ecologismo, con programas de ciudadanía, con la sociología, la biología, las matemáticas, la antropo-

logía, y más. Por medio de la historia, la geografía ha jugado algunas de las partes principales en la reconfiguración del mundo, de maneras que podríamos aprobar o deplorar. Y realmente, el examen de los libros viejos de geografía puede mostrar conexiones prácticas e intelectuales que raramente se enseñan o se describen desde aquel momento. La geografía no ha sido realmente nunca una disciplina rutinaria, aunque, a veces, haya recibido esta etiqueta; la "historia como carnaval concertado" realmente se mantiene aquí.

#### 4.3.2) *El mundo de la geografía*

El papel material de la geografía no radica meramente en estas conexiones sino en el mundo que ha imaginado por medio de estos libros, mapas, fotografías y estudios de campo. Harvey escribió recientemente cómo los geógrafos, aunque hayan considerado la teoría social, han tenido poco en cuenta la teoría estética (Harvey, 1990). En la misma línea, se podría decir que aunque el mismo papel social y político de la geografía se reconoce, normalmente su estética, su retórica, su poética -su idea del mundo- pocas veces se aborda. Pienso que uno podría defender que, a veces, particularmente en sus prácticas educativas, las versiones de la geografía del mundo raramente se abordan como tales porque se dan por sabidas. Por ejemplo, la estratigrafía de los estudios regionales y locales en los que se construye un lugar, capa sobre capa, a través de roca, tierra, vegetación y habitación, con las actividades en la parte superior. Raramente se reconoce que es una manera *particular* de ver, un discurso con su propia historia y geografía. Una genealogía de la propia estética de la geografía también podría considerar cómo el sujeto ha imaginado el mundo por medio de geometrías de la ciencia espacial, por medio de los modernismos de la planificación de la ciudad y del país, por medio de visiones de armonía con el entorno, por medio de sistemas informativos y píxeles por satélite y por medio de líneas en el mapa (sobre las líneas de los mapas, podéis ver Harley, 1989). Alguna geografía se ha declarado "estética" en el pasado, sobre todo la desarrollada por Cornish en la década de 1920 en torno a nociones de armonía en el paisaje (Cornish, 1928); independientemente de si lo declaran o no, *toda* geografía trabaja una estética.

#### 4.3.3) *El geógrafo*

Evidentemente, la geografía ha imaginado su mundo por medio de los estilos y las prácticas del geógrafo: el geógrafo como experto, como pionero, como crítico, como planificador, como navegador, como observador, como educador, como la persona que vitaliza el lugar -todos éstos son papeles que llevan una conducta concreta para la figura del geógrafo, y todos podrían garantizar una genealogía. Y el geógrafo, evidentemente, imagina el mundo por medio de métodos e instrumentos específicos. Una vez más, todos estos elementos pueden haber llegado a darse tanto por descontados que olvidamos que, por medio de éstos, practicamos una manera *determinada* de captar el mundo; que no son una manera "natural" de hacer las cosas. Hay mucho que extraer de la práctica geográfica aparentemente mundana; desde la descripción naturalista (podéis ver Darby, 1962), desde la creación de mapas (podéis ver Alfrey y Daniels, 1990); Harley, 1988; Matless, 1990d), desde el trabajo de campo (podéis ver Cosgrove y Daniels, 1989), desde los estudios locales (podéis ver Matless, 1991 b), de hecho, de todos los elementos sin examinar de la geografía. Aquí, como en todas partes, una genealogía de la historia de la geografía hasta hoy día mostraría una riqueza que raramente se permite, una que al mismo tiempo sorprendería, haría sentir incómodo, encantaría y haría sentir vergüenza. La genealogía de la geografía tendría que mostrar al mismo tiempo un cofre del tesoro y una caja de Pandora.

**Agradecimientos.** Querría agradecer a Stephen Daniels, Felix Driver, Robert Colls, Trevor Barnes, Denis Cosgrove, Marcus Doel, Nigel Thrift y dos personas anónimas sus comentarios sobre diferentes borradores anteriores de este artículo.

#### Referencias

- Agnew, J. y Duncan, J. (Eds.). (1989). *The Power of Place*. London: Unwin Hyman.
- Alfrey, N. y Daniels, S. (Eds.). (1990). *Mapping the Landscape: Essays on Art and Cartography*. Nottingham: Castle Museum / University Art Gallery.
- Berger, J. (1972). *Ways of Seeing*. Harmondsworth, Middx: Penguin Books.
- Berger, J. (1985). *The Sense of Sight*. New York: Pantheon Books (published in the United Kingdom as *The White Bird*, London: Chatto and Windus).
- Berger, J. (1986). Credibility and Mystery. *Marxism Today*, 30(10), 45-47.

- Berger, J. y Mohr, J. (1967). *A Fortunate Man*. London: Allen Lane.
- Bishop, P. (1992). Rhetoric, memory and power: depth psychology and postmodern geography. *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, 5-22.
- Calvino, I. (1987). *The Uses of Literature*. New York: Harcourt Brace Jovanovich (published in the United Kingdom as *The Literature Machine*, London: Secker and Warburg).
- Campbell, J. y Livingstone, D. (1983). Neo-Lamarckism and the development of geography in the United States and Great Britain. *Transactions of the Institute of British Geographers: New Series*, 8, 267-294.
- Clifford, J. (1988a). Introduction: the pure products go crazy. En *The Predicament of Culture* (pp. 1-17). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Clifford, J. (1988b). Identity in Mashpee. En J. Clifford, *The Predicament of Culture* (pp. 277-346). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Coils, R. y Dodd, P. (Eds.). (1986). *Englishness: Politics and Culture 1880-1920*. Andover, Hants: Croom Helm.
- Cornish, V. (1928). Harmonies of scenery: an outline of aesthetic geography. *Geography*, 14(80), 275-283, (81), 383-394.
- Cosgrove, D. (1984). *Social Formation and Symbolic Landscape*. Andover, Hants: Croom Helm.
- Cosgrove, D. (1985). Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea. *Transactions of the Institute of British Geographers: New Series*, 10, 45-62.
- Cosgrove, D. (1990). Environmental thought and action: pre-modern and post-modern. *Transactions of the Institute of British Geographers: New Series*, 15, 344-358.
- Cosgrove, D. y Daniels, S. (Eds.). (1988). *The Iconography of Landscape*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cosgrove, D. y Daniels, S. (1989). Fieldwork as theatre: a week's performance in Venice and its region. *Journal of Geography in Higher Education*, 13(2), 169-183.
- Daniels, S. (1988). The political iconography of woodland in later Georgian England. En D. Cosgrove i S. Daniels (Eds.), *The Iconography of Landscape* (pp. 43-82). Cambridge: Cambridge University Press.
- Daniels, S. (1989). Marxism, culture and the duplicity of landscape. En R. Peet y N. Thrift (Eds.), *New Models in Geography*, Volume 2, 196-220. London: Unwin Hyman.
- Darby, H. C. (1962). The problem of geographical description. *Transactions and Papers of the Institute of British Geographers*, 30, 1-14.
- Domosh, M. (1989). A method for interpreting landscape: a case study of the New York World Building. *Area*, 21, 347-355.
- Dreyfus, H. y Rabinow, P. (1982). *Michel Foucault Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Hemel Hempstead, Herts: Harvester Press.
- Driver, F. (1985). Power, space, and the body: a critical assessment of Foucault's Discipline and Punish. *Environment and Planning D: Society and Space*, 3, 425-446.
- Driver, F. (1988). The historicity of human geography. *Progress in Human Geography*, 12, 497-506.
- Driver, F. (1992). Geography's empire: histories of geographical knowledge. *Environment and Planning D: Society and Space*, 10, 23-40.
- Foucault, M. (1970). *The Order of Things*. Andover, Hants: Tavistock Publications.
- Foucault, M. (1979). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Harmondsworth, Middx: Penguin Books.

- Foucault, M. (1981). *The History of Sexuality*, Volume 1: An Introduction. Harmondsworth, Middx: Penguin Books.
- Foucault, M. (1986a). Nietzsche, genealogy, history. En P. Rabinow (Ed.), *The Foucault Reader* (pp. 76-100). Harmondsworth, Middx: Penguin Books.
- Foucault, M. (1986b). Space, knowledge and power. En P. Rabinow (Ed.), *The Foucault Reader* (pp. 239-256). Harmondsworth, Middx: Penguin Books.
- Foucault, M. (1986c). Truth and power. En P. Rabinow (Ed.), *The Foucault Reader* (pp. 51-75). Harmondsworth, Middx: Penguin Books.
- Foucault, M. (1986d). Politics and ethics: an interview. En P. Rabinow (Ed.), *The Foucault Reader* (pp. 373-390). Harmondsworth, Middx: Penguin Books.
- Foucault, M. (1988). Critical theory / intellectual history. En L. Kritzman (Ed.), *Michel Foucault Politics, Philosophy, Culture* (pp. 17-46). Andover, Hants: Routledge, Chapman and Hall.
- Geertz, C. (1983). *Local Knowledge*. New York: Basic Books.
- Green, N. (1990). *The Spectacle of Nature: Landscape and Bourgeois Culture in Nineteenth-century France*. Manchester: Manchester University Press.
- Gregory, D. (1990). Chinatown, part three? Soja and the missing spaces of social theory. *Strategies*, 3, 40-104.
- Gruffudd, P. (1988). Anthropology and agriculture: rural planning in Wales between the wars. En M. Heffernan y P. Gruffudd (Eds.), *A Land Fit for Heroes: Essays in the Human Geography of Inter-war Britain* (pp. 80-109). Loughborough: Department of Geography, Loughborough University.
- Harley, J. B. (1988). Maps, knowledge and power. En D. Cosgrove y S. Daniels (Eds.), *The Iconography of Landscape* (pp. 277-312). Cambridge: Cambridge University Press.
- Harvey, D. (1990). Between space and time: reflections on the geographical imagination. *Annals of the Association of American Geographers*, 80, 418-434.
- Harley, J. B. (1989). Historical geography and the cartographic illusion. *Journal of Historical Geography*, 15(1), 80-91.
- Hewison, R. (1987). *The Heritage Industry*. Andover, Hants: Methuen.
- History Workshop Journal (1990a). *History, the nation and the schools*, 29, 92-133.
- History Workshop Journal (1990b). *History, the nation and the schools*, 30, 75-128.
- Hudson, B. (1977). The new geography and the new imperialism: 1870-1918. *Antipode*, 9(2), 12-19.
- Livingstone, D. (1984). The history of science and the history of geography: interactions and implications. *History of Science*, 22, 271-302.
- Jameson, F. (1984). Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism. *New Lqt Review*, 146, 53-92.
- Livingstone, D. (1990). Geography, tradition and the scientific revolution: an interpretative essay. *Transactions of the Institute of British Geographers: New Series*, 15, 359-373.
- Lyotard, J.-F. (1984). *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Manchester: Manchester University Press.
- Matless, D. (1990a). Ages of English design: preservation, modernism and tales of their history, 1926-1939. *Journal of Design History*, 3(4), 203-212.
- Matless, D. (1990b). Definitions of England, 1928-89: preservation, modernism and the nature of the nation. *Built Environment*, 16(3), 179-191.
- Matless, D. (1990c). Heritage interpretation (review). *Environment and Planning, A*, 22, 1677-1679.

- Matless, D. (1990d). The English outlook: a mapping of leisure, 1918 ? 1939. En N. Alfrey y S. Daniels (Eds.), *Mapping the Landscape* (pp. 28-32). Nottingham: Castle Museum/University Art Gallery.
- Matless, D. (1991a). Nature, the modern and the mystic: tales from early twentieth century geography. *Transactions of the Institute of British Geographers: New Series*, 16, 272-286.
- Matless, D. (1991b). Regional surveys and local knowledges: a view of locality in early twentieth century British geography. Paper presented at 1991 Conference of the Institute of British Geographers; copy available from author.
- Philp, M. (1985). Michel Foucault. En Q. Skinner (Ed.), *The Return of Grand Theory in the Human Sciences* (pp. 65-81). Cambridge: Cambridge University Press.
- Rabinow, P. (1986). Introduction. En *The Foucault Reader*. Harmondsworth, Middx: Penguin Books.
- Sack, R. (1980). *Conceptions of Space in Social Thought*. London: Macmillan.
- Samuel, R. (Ed.). (1989). *Patriotisms* (3 vols). Andover, Hants: Routledge, Chapman and Hall.
- Soja, E. (1989). *Postmodern Geographies*. London: Verso.
- Stoddart, D. (1986). *On Geography*. London: Basil Blackwell.
- Tournier, M. (1989). *Guilles et Jeanne*. London: Minerva.
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and Place*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Wiener, M. (1981). *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit 1850-1980*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Williams, R. (1975). *The Country and the City*. St Albans, Herts: Paladin Books.
- Williams, R. (1980a). Ideas of Nature. En *Problems in Materialism and Culture* (pp. 67-85). London: Verso.
- Williams, R. (1980b). Problems of materialism. En *Problems in Materialism and Culture* (pp. 103-122). London: Verso.
- Wright, P. (1985). *On Living in an Old Country*. London: Verso.



## 2. Los artefactos del espacio

### 2.1. Espacio público

Las calles, plazas, avenidas, etc., como elementos del espacio público de una ciudad, han jugado un papel muy importante en la historia de la ciudadanía, hasta tal punto que la acreditación como ciudadano o su propia negación pasan por la posibilidad de ser excluidos de este espacio público. La negación de la ciudadanía supone ostentar un carácter de invisibilidad. Algunos colectivos que transitan por los espacios públicos de algunas urbes suelen ser invisibles para el resto de la población: los niños de la calle, los indigentes, los inmigrantes, etc.

La importancia del espacio público es que, además de otorgar carta de ciudadanía, permite la interacción social, la identificación con los demás, etc. Por ejemplo, en las últimas fechas las calles han permitido ejercer una gran cantidad de manifestaciones que, muchas veces, constituyen en cierta medida la base de la imaginación de nuevas posibilidades de ciudadanía.

El espacio público permite la interacción social, la identidad.

A partir de esto, podríamos asegurar aquí la importancia que han tenido los espacios públicos. Sin embargo, algunos autores sostienen que estamos asistiendo, paradójicamente, a la muerte de este espacio público. Tres son las causas que pueden explicar este declive:

#### 2.1.1. La privatización del espacio público

Los espacios públicos han pasado a formar parte, de manera inexorable, del capital privado. Con esto se ha conseguido que las ciudades cuenten cada vez menos con espacios públicos, pues los centros comerciales, las industrias y las zonas habitacionales horadan poco a poco los espacios y requieren de parcelas más grandes en la medida en que ofrecen servicios, por ejemplo aparcamientos, lavabos, oficinas, etc. En este mismo sentido, los nuevos espacios se registrarán necesariamente por el control que establezca quien los haya adquirido.

### 2.1.2. La mercantilización del espacio público

Se desprende de la privatización. El acceso a los espacios de la ciudad se basa en aquellos ciudadanos que pueden erigirse al mismo tiempo como consumidores, e incluso esta característica es la que define propiamente a los moradores de los espacios públicos, de manera que se establece una relación de compraventa.

"Las grandes capitales ofrecen un excelente ejemplo de este proceso, ya que este tipo de espacios puede alimentar las ansias consumistas de la clase media por lo que se refiere a comidas, acontecimientos y experiencias *étnicas*. Nos referimos concretamente a las experiencias turísticas." (Rogers, s/a: 12).

Los restaurantes, los complejos hoteleros, los lagos artificiales, los balnearios, los museos, etc. constituyen un buen ejemplo de dicha mercantilización de los espacios públicos.

### 2.1.3. La militarización del espacio público

Y por último, la militarización del espacio público, que se refiere en concreto al control del espacio ciudadano al más claro estilo militar, pues los espacios públicos de las ciudades empiezan a ser objeto de lo siguiente.

**Una mayor conciencia táctica de control policial con:**

- Cámaras de vigilancia.
- Empresas de seguridad privadas.
- Elaboración y tipo de construcción destinados a salvaguardar la seguridad de los habitantes.
- El auge en la tecnología aplicada, por ejemplo artefactos que permiten circular por los espacios públicos; los automóviles están dotados de sofisticados sistemas antirrobo, sistemas depurados de blindaje o la aparición de automóviles que semejan más la idea de un tanque.

#### Ejemplo

La policía se sirve ahora, para la identificación de los delincuentes, de la información proporcionada por el sistema de vigilancia (vídeo) que se encuentra en calles, avenidas, bulevares y también en aquellos espacios que permiten conectar con otros espacios, como por ejemplo el tren o metro.

#### Actividad

¡Mirad vuestro barrio! Pasead y observad, registrad y reflexionad sobre los dispositivos que hay en el espacio público de vuestra localidad y que os sugieren la idea de militarización del espacio urbano.



Uso turístico de las zonas costeras

La militarización del espacio público recuerda la idea de la ciudad como un panóptico, pues sus ciudadanos se saben perpetuamente observados y registrados, lo cual genera una situación de incertidumbre, de control y de conocimiento de sus movimientos y acciones, consecuencia idéntica a la idea del panóptico de Bentham: el efecto de elaborar cuerpos dóciles.

Surgen, de este modo, nuevos territorios, la transformación de los ya existentes. Se usurpan las magnificencias del saber geográfico vertido en mapas como instrumentos de poder y obtención de líneas divisorias que, preparando procedimientos de vigilancia y exclusión, anidan al mismo tiempo lo que se entendió como **resignificación del espacio** vertida en el "asalto" a las fronteras que este mismo saber implica.

## 2.2. El panóptico

La disposición analítica del espacio que se desprende del proyecto del panóptico nos habla del reagrupamiento y disposición de sus elementos y el conocimiento tanto de aquello que lo compone como de las superficies en las que se ejercen las relaciones. En realidad, el panóptico es un *laboratorio de poder que permitirá resolver los problemas de vigilancia*. Y la ciudad que se quiere gobernar como un territorio es su arquetipo. ¿Contiene también la ciudad este tipo de tecnologías que institucionalizan la mirada?

¿Qué explicación podría merecer el hecho de que las ciudades cuenten ahora con sistemas de televisión que pueden asegurar una vigilancia permanente, en sus calles, puentes, carreteras, túneles e incluso en los servicios públicos como el transporte? ¿Nos aseguran justamente esta vigilancia?

Observad cómo se acaba de instaurar en la capital de Londres un sistema de verificación de cobro del peaje para acceder a sus calles. Los usuarios del automóvil no saben si serán sorprendidos sin pagar este peaje, tienen la incertidumbre, pueden arriesgarse a entrar en la ciudad sin pagar, pero hay una multiplicidad de cámaras de vídeo que les recuerdan que el hecho de que los sorprendan sin pagar puede ser objeto de una infracción. Lo importante aquí no es que se pague o no, sino que exista el temor a ser sorprendido y las consecuencias de este temor: el control del comportamiento.

"El panóptico debe ser comprendido como un modelo generalizable de funcionamiento; una manera de definir las relaciones de poder con la vida cotidiana (...) es el diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal (...), una figura de tecnología política que se puede y que se debe desprender de todo uso específico, (...) es un tipo de implantación de los cuerpos en el espacio [y] es aplicable a todos los establecimientos donde, en los límites de un espacio que no es demasiado amplio, haya que mantener bajo vigilancia a cierto número de personas." (Foucault, 1988: 208-209).

El proyecto del panóptico obedece a un principio básico que Foucault (1998) entiende como aquella total visibilidad de los cuerpos, de los individuos y de las cosas. Este proyecto, que se concreta en poder "dividir el espacio y dejarlo abierto al mismo tiempo" (el ojo del poder), surgió del proyecto de la arquitec-



Cámara de vigilancia en la calle

tura hospitalaria del siglo XVIII que intentaba institucionalizar la mirada, esto es, recrear un espacio que permitiera hacer visibles a los cuerpos, observarlos pero procurando al mismo tiempo evitar su contacto, que podría equivaler a su contagio. Sin embargo, ¿qué es exactamente el artefacto del panóptico?

La idea del panóptico permite hacer visibles a los cuerpos, constituye una herramienta de poder.

### 2.2.1. El dispositivo

#### El panóptico de Bentham

"Conocido es su principio: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción. Tienen dos ventanas, una que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Basta entonces situar a un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar. Por el efecto de la contraluz, se pueden percibir desde la torre, recortándose perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la periferia (...)." (Foucault, 1988: 203-204).

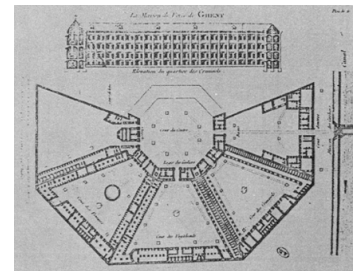
La tecnología del panóptico divide el espacio y asegura la vigilancia mediante el efecto de la visibilidad. Con esto se abre, se posibilita el lugar del registro del saber. Su procedimiento óptico permite ejercer fácilmente el poder, pues los individuos o la población en general se convierten en el objetivo de dominación.

De lo anterior tenemos que quedarnos con la idea de que el panóptico sirve a Foucault (1998) para hablar del espacio, como una tecnología que sirve para establecer un vínculo muy importante entre el saber y el poder mediante la vigilancia.

El panóptico también es un dispositivo que produce cuerpos dóciles, pues la incertidumbre que produce una vigilancia perpetua permite modificar el comportamiento e intentar encauzar la conducta desviada.

El panóptico implica una implantación de los cuerpos en el espacio creado para tales fines.

Por tanto, podríamos afirmar que nuestras ciudades, cuyas calles cruzamos, donde vivimos, etc. obedecen al mismo principio del que surgió el panóptico. ¿Son nuestras ciudades un tipo de ciudad panóptica? ¿El principio del panoptismo no se refleja en las acciones policiales, en la red de carreteras, en la vigilancia de los vecinos, en el pago de los impuestos (peajes), etc., todos



Panóptico de Bentham

éstos dispositivos vertidos en artefactos con los cuales, de manera regular, nos hemos acostumbrado a convivir y que incluso podríamos justificar en aras de seguridad, control y, desde luego, vigilancia?

### 2.3. La biopolítica

La vida y lo viviente son los retos de las nuevas luchas políticas y de las nuevas estrategias económicas. En otras palabras, aquellos procesos que incumben a la población, los procesos de vida, pasan a convertirse en un elemento de análisis y control. Sin embargo, ¿qué es exactamente biopolítica?

"Para entender la forma en que, a partir del s. XVIII, se ha intentado racionalizar los problemas que planteaban a la práctica gubernamental fenómenos propios de un conjunto de seres vivos constituidos como población: la salud, la higiene, la natalidad, longevidad, etc." (Foucault, 1979: 367).

Gobernar, además de observar los territorios, acarreó consigo diferentes problemas, sobre todo aquellos que se derivaron del propio concepto de población: la **salud**, la **higiene**, la **enfermedad**, la **natalidad**, la **muerte**, etc. Los gobiernos soñaban con un estado en el que la peste se pudiera convertir en el único habitante: su mejor aliado, pues de este modo se podía constituir un espacio de la exclusión que le sirve a Foucault para afirmar que lo anormal necesita de un análisis y de un orden.

Por este motivo, es necesario trazar, cuadrangular, es decir, delimitar el espacio del enfermo, se registran sus salidas y entradas, sus alimentos y en general cada uno de sus movimientos. Si se tiene controlado su lugar de acción, se tiene controlado su gobierno. No debemos olvidar, nos recuerda el mismo autor, que los médicos han desempeñado un papel de organizadores del espacio. La higiene social, como por ejemplo la salud, es el resultado del control de los lugares que ocupan los enfermos.

#### Actividad

¡Mirad en vuestro alrededor! ¿Hay lugares o espacios en los que penséis que se requiere una intervención médica o sanitaria? Explicad las razones que os lo hacen considerar.

En el siglo XVIII, la salud y el bienestar de una población constituía un objetivo muy claro del poder político, tanto que de lo que se trataba era de elevar considerablemente el nivel de la salud de la ciudadanía.

Preocuparse por la salud de la población, junto con el establecimiento de medidas de orden y de vigilancia de los habitantes y las reglamentaciones económicas, constituyeron los objetivos políticos de lo que en el siglo XVIII fue la policía.

**La policía se encargaba de lo siguiente:**

- Asegurar y mantener el orden.

- Canalizar el crecimiento de la riqueza.
- El mantenimiento de las condiciones de salud, reglas de higiene.

La policía buscaba lograr estos objetivos y, sobre todo, asegurar estos servicios a la población para asegurarse al mismo tiempo la preservación de la fuerza de trabajo.

En estos términos, la población se convierte en un objeto de vigilancia, de análisis y de intervención cuando así fuese necesario, para hacer frente a problemas que podrían derivarse de salud, longevidad, educación, impuestos, justicia, etc. De lo anterior podemos afirmar que el bienestar de la población posibilita la realización de censos, estimaciones de esperanza de vida, índices de natalidad, registros de matrimonios, defunciones, etc. Medidas, todas, encaminadas a convertir a la población en un conjunto de "cuerpos" más o menos utilizables.

"Los rasgos biológicos de una población se convierten en elementos pertinentes para una gestión económica, y es necesario organizar en torno a ellos un dispositivo que asegure su sometimiento, y sobre todo el incremento constante de su utilidad." (Foucault, 1979: 332).

A partir de lo anterior, se puede explicar lo siguiente.

### **2.3.1. La ciudad patógena**

Existe un lugar que es privilegiado de la higiene y que permite a la medicina que funcione como una instancia de control social, pues necesita acabar con las epidemias, asegurar un descenso de la morbilidad y un aumento en la esperanza de vida de su población y, por último, lograr una reducción de la mortalidad en cada uno de los diferentes conjuntos de edad de su población: niños, ancianos, etc.

La medicina, los médicos y el cuerpo de conocimiento que los sostiene deben intervenir en aras de preservar esta higiene en la población, debe intervenir para poder controlar y analizar correctamente el cuerpo de conocimiento en el que se convirtió la población. Una de las primeras intervenciones de la medicina en el siglo XVIII fue sobre las ciudades, es decir, sobre el espacio urbano.

El espacio urbano, con sus calles, sus avenidas y bulevares, sus puentes y sus edificios, sus tiendas y sus zonas industriales, se constituyó en el medio más peligroso para la población (Foucault, 1976). La medicina actúa en este espacio urbano porque considera que es el escenario en el que pueden controlarse los índices de morbilidad, mortalidad, etc. de una población, y para esto dirige su atención a los siguientes temas de la ciudad:

- La ubicación de los barrios, zonas comerciales, industriales, etc.

- Los fenómenos geológicos de estas ubicaciones.
- El sistema de alcantarillado.
- La evacuación de las aguas.
- La situación de los cementerios y mataderos.
- Los parques y jardines y las plagas que los secundan.
- El control de la basura, de los residuos industriales, etc.
- Los accidentes, tanto laborales como el alto índice que tienen los accidentes automovilísticos.

La lista anterior constituye sólo algunas de las variables espaciales que hacen de la ciudad objeto de medicalización, es decir, crea un cuerpo de conocimiento y de saber de la población que habita las ciudades.

En esta línea, el mismo autor se refiere a que asistimos a una ciudad patógena, una ciudad que favorece y da lugar a un discurso médico que se ceba en la morbilidad urbana, e insta con esto a una vigilancia médica que se reflejará, por ejemplo, en acciones para:

- evitar fumar;
- ingerir alimentos "sanos";
- disminuir la contaminación acústica;
- evitar los accidentes de automóviles, etc.

Curar a una ciudad patógena requiere de una pronta y eficaz intervención médica y de una correcta intervención que se derive de un buen sistema en materia de salud pública, sobre todo en aquellos espacios urbanos que han sido focos privilegiados de las enfermedades o se han convertido en esto, tales como las prisiones, los navíos, los hospitales, las fábricas, etc.

De igual modo, en las ciudades se aíslan zonas que hay que medicalizar con urgencia -brotes epidémicos-, lo cual constituye un punto de aplicación del ejercicio de un poder médico intensificado.

### **Ejemplo**

Un ejemplo del aislamiento de una zona urbana para hacer una intervención médica en Pekín lo encontramos descrito en la noticia publicada en *El País*, el 26 de abril de 2003, que reproducimos.

**Pequín pone en cuarentena a 4.000 personas para controlar la neumonía**



Evitar los accidentes de automóviles, un objetivo de la ciudad patógena

Las autoridades chinas aíslan un segundo gran hospital en 24 horas

Las autoridades chinas han iniciado una escalada de medidas para intentar detener la epidemia de neumonía asiática que arrasa diferentes ciudades del país, sobre todo Pekín. Después de aislar el jueves el hospital del pueblo, ayer decidieron prohibir las entradas y salidas de un segundo gran hospital de la capital, el Ditan, de 500 camas. Este centro hospitalario era uno de los que el Gobierno de la ciudad había destinado al tratamiento de enfermos con neumonía, lo cual convierte en especialmente grave la decisión de aislarlo.

Durante la jornada de ayer se pusieron en cuarentena a unos 4.000 ciudadanos de la capital, según fuentes oficiales. Son personas que han tenido alguna relación de proximidad con algún infectado o simplemente viven en un edificio donde alguien ha tenido esta relación. Las autoridades no precisaron cuánto tiempo deberán permanecer estas personas en sus hogares, ni cuáles son exactamente los edificios afectados. Los rumores de que toda la ciudad debía ser aislada ayer fueron tan fuertes que un portavoz oficial, Cai Fucho, los tuvo que desmentir: "El Gobierno no cerrará las autopistas ni el aeropuerto". Lo que sí que hizo fue aumentar los controles policiales en las carreteras. Desde el domingo, los infectados han pasado en Pekín de 37 a 877. De cuatro muertos reconocidos se ha pasado a 42.

En Taiwán, donde la epidemia tiene una incidencia menor, también ha sido aislado un hospital. 1.100 personas, entre médicos, enfermeras, pacientes y visitantes deberán permanecer en el mismo durante dos semanas.

El saber de la medicina, entre otras muchas cosas, esgrime el control del espacio urbano, un control que le asegura un lugar privilegiado en las administraciones de los estados, pues con este saber da cuenta de la salud de la que goza la población, y se constituye de esta manera un saber médico administrativo que une lo político con lo médico mediante el tema de la salud y la higiene.

De lo anterior se desprende que Foucault (1976) pueda asegurar que los médicos, en el siglo XVIII, fueron los especialistas del espacio.

## 2.4. La geopolítica

Para Foucault, la genealogía del saber debería ser analizada mediante las estrategias y las tácticas del poder; las mismas que se despliegan mediante controles de territorios y organizaciones de espacios, que bien podrían constituir una especie de **geopolítica**. Veamos la aplicación de este concepto:

- Para designar la influencia determinante del medio ambiente en la política de una nación.
- La influencia del medio físico en la política que se basa en el condicionamiento de las actividades humanas.
- En el siglo XX, la geopolítica es política a través del espacio.
- La geopolítica como nuevo campo de discurso dentro de los dominios establecidos de geopoder, definido éste como el desarrollo histórico del conocimiento geográfico vinculado con el poder del estado y sus necesidades de gobernar.



### 2.4.1. Espacios de poder

La idea del dentro y fuera ha empezado a disociarse: los lugares subversivos del espacio han dejado de serlo, lo que acontece en el otro lado no es ni más extraño ni más diferente de lo que pasa en este lado, son consecuencias inmediatas de la resignificación: es tejer una historia de lados, orillas y delimitaciones que expone al poder y a sus prohibiciones; lo desnudan y aparecen sus marginaciones, su *alter lumpen*.

En lo que respecta al poder, el espacio fue en el siglo XVIII un problema que bien podía traducirse en un problema del territorio, un territorio y un espacio urbano que acarrearán problemas espaciales implícitos, por ejemplo, un nuevo aspecto de estas relaciones de espacio y de poder, en tanto que gobernación de territorios y de individuos.

La idea moderna de gobernar los territorios, una especie de elaboración del modelo de estado panóptico, ha sido el sentimiento utópico de la modernidad. Ahora, este sentimiento tendrá necesidad de corresponder a una transformación en el arquetipo atópico del lugar vertido en los flujos urbanos, las transformaciones y los acontecimientos. Esta idea moderna de poder había constituido su sueño profético e inalcanzable, su sueño utópico.

Esta esperanza de gobierno que ya se había vertido en la acción de cartografiar intenta cruzar los umbrales que congenian el saber y el poder. De esta manera, los mapas pudieron marcar la línea de sutura, la línea de división, lo interno de lo externo, el canon dentro-fuera.

¿Cómo podemos gobernar un territorio, se pregunta Foucault, en su proyecto geopolítico si la idea misma de territorio se desvanece y llega a convertirse en un sueño irrealizable, imagen netamente utópica? Del mismo modo, ¿cómo gobernar un espacio o un territorio si éste se convierte y se reconvierte en un juego intermitente de mutaciones y de flujos que se cruzan y se mueven? En definitiva, ¿cómo habitar un espacio cuando sus fronteras como-lo-de-afuera han sido ya habitadas?

Un conjuro que parte de la idea utópica del control y del gobierno del territorio, y que dio origen también a las expansiones y redistribuciones territoriales que se unieron a las categorías estéticas. La poética constructora de la arquitectura que había emergido en aras de asegurarse la hegemonía de la ciudad se notó devaluada ante el voraz crecimiento de las metrópolis, y se vio obligada también a "producir" en serie.

Por tanto, los espacios urbanos se erigieron en el interior de este movimiento metafórico como parte importante del entendimiento de la inflexión política de la que se hablaba anteriormente: el proyecto (u)tópico de gobierno y de los territorios contravenido por el entendimiento de que tal idea del espacio es

errónea es, en efecto, utópico e inexistente. Se podía trazar el espacio, se podía incluso habitar, pero lo utópico radicó justamente en creer y en pretender no sólo que este espacio podía haber sido gobernado, sino que incluso pudiese haber existido y fuera la condición única, necesaria y perenne del conocimiento.

### **Ejemplo**

El concepto de (u)topía detenta la idea de un solo espacio, la fantasía de aislar, marcar, delimitar y, sobre todo, gobernar un espacio elegido y construido. La (u)topía como idea se desprende de un *topos*, un lugar, un espacio.

Sin embargo, intentemos comprender primero las acciones creadas para esta política del espacio como gobierno y de los principios de territorialidad.

La delimitación de espacios fue la materia de la geografía, o al menos de un tipo de quehacer geográfico. Cartografiar ha sido una de sus acciones predilectas, pretensión que parece ser claramente entendida por otra disciplina, la arquitectura, en la cual la construcción y planeación de las delimitaciones espaciales fue su empresa: el arte que matiza, pule y ejerce su acción artística en torno al mapa. Se instrumentalizaron mediante la cartografía en un claro ejercicio de refinamiento de los espacios creados, refinamiento, cálculo y planeación. El conocimiento geográfico confería, de esta manera, un entendimiento del mundo como una unidad globalizada, una unidad que podía determinar la objetividad de los espacios creados, una medida de los espacios, su cálculo, su planeación y la consiguiente concepción de su dominio. Una medida de espacios para los espacios, en definitiva, la escala que permite su gubernamentalidad.

La noción de espacio como el-territorio-para-gobernar se convirtió en metáforas espaciales geográficas, las cuales fueron, del mismo modo, metáforas geográficas estratégicas, metáforas generadoras de un discurso que sigue el orden estrategicopolítico y militar, una fuente vital de poder económico reflejado en los intereses económicos de su instrumentalización, mediante el mapa, el dinero, la dominación y, sobre todo, la administración (Harvey, 1996). Un discurso estratégico del espacio reflejado en su control, un discurso que se ha servido de acuñar ocasiones geográficas, como los territorios, el dominio, el suelo, el horizonte, el golfo, el archipiélago, etc.

En este sentido, la política del poder que interesa a Foucault incluye un discurso estrategicopolítico, un discurso que discurre propiamente en las acciones bélicas, en las acciones del dominio territorial. El discurso geográfico, plagado de metáforas espaciales estratégicas, reconduce las relaciones de poder combativas y reaccionarias. El espacio geográfico, como campo de batalla de estos discursos, se convierte en un terreno en el que se entrecruzan y se encrucijan las prácticas políticas de dominación. El panóptico fue en realidad un proceso estratégico del poder, una herramienta, una figura espacial puesta al servicio de una vigilancia global, una figura concebida de releer el territorio, de mapearlo para dominarlo, etc.

En cierta medida, el discurso geográfico y político que Foucault reconoce y que se sitúa en las inmediaciones de las metáforas espaciales, geográficas y estratégicas relaciona también a la geografía bajo la sombra de las acciones bélicas, ya que los discursos de orden geográfico se encuentran directamente relacionados con los discursos estrategicomilitares. Un conocimiento de la geografía incorpora, al mismo tiempo, los posibles manejos de los campos de batalla, los sitios que hay que invadir y ocupar. Por este motivo, para algunos autores Foucault es menos que un geómetra del poder, un arqueólogo de la geografía sustantiva (Philo, 1992).

Ahora es cuando los resultados de las nuevas formas de urbanización territorial responden a lo que se denomina *expropiación-dominación de los territorios*. La eterna lucha por la extensión de las fronteras y la colonización puede llegar a su fin, porque se trata de una lucha que puede librarse mientras exista un control de los territorios, pero ahora el horror de la violencia es reemplazado, en primera instancia, en las pantallas. Se libra una primera batalla entre lo ficcional y lo factual.

Otra batalla que bien podría constituir el objetivo de los avances tecnológicos es, justamente, la expropiación de las fronteras y el abandono de los dominios territoriales. Parece que lo concerniente a lo ficcionalmente posible, mediante las pantallas, se puede estar dando ya. ¿Acaso constituye la elaboración de un pensamiento utópico?

La orientación que se deriva de la geografía que se retoma aquí es aquel conocimiento que intenta horadar y trazar los enclaves de las superficies, y el problema que se presentó cuando se quisieron gobernar tales zonas una vez delimitadas. De esta manera, una historia del poder bien podría ser iniciada mediante la acción cartográfica de sus coordenadas, puntos de referencia y posibilidad de existencia.

Un conocimiento geográfico que a partir de tácticas y de estrategias implantadas en las redistribuciones, movilizaciones y control de territorios, y como concepto geopolítico, pueda reconstruir o elaborar un discurso estratégico del poder. La intención, entonces, es debatirse entre las posibilidades que arroja una inclinación geográfica limitada a ordenar los territorios y otro quehacer geográfico que se refiera a lo que se encuentra fuera de los territorios de este conocimiento geográfico hegemónico.

Los interrogadores de Herodoto no cesan y muestran a Foucault una posible relación de la historia con la geografía, de lo que resultan conceptos tales como geohistoria o antropogeografía, en los que pueden aflorar metáforas espaciales del orden de los desplazamientos, del lugar, de los territorios, de las regiones, etc. En consecuencia, tales emplazamientos espaciales, ahora denominados *metáfora espacial*, suponen su ocupación. Es entonces cuando aparecen las nociones juridicopolíticas del dominio y las nociones de gobierno-estado como relaciones de poder, un poder que entraña orden. De esta manera, el

estado también desempeña un papel de "ordenador" de la vida cotidiana de las masas, y bajo la sombra de la "organización del espacio", lo cual en realidad hace referencia a una predeterminación del tiempo vivido (Castells, 1977).

### **Bibliografía**

M. Foucault (1988). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, 199-230<sup>5</sup>. México: Siglo XXI.

A. Rogers (1998, junio). Los espacios y el multiculturalismo de la ciudadanía<sup>6</sup>. *Revista internacional de ciencias sociales*, 156.

<sup>(5)</sup>M. Foucault (1988). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, 199-230. México: Siglo XXI.

### **III. El panoptismo**

He aquí, según un reglamento de fines del siglo XVIII, las medidas que habla que adoptar cuando se declaraba la peste en una ciudad.<sup>1</sup>

En primer lugar, una estricta división espacial: cierre, naturalmente, de la ciudad y del "terruño", prohibición de salir de la zona bajo pena de la vida, sacrificio de todos los animales errantes; división de la ciudad en secciones distintas en las que se establece el poder de un intendente. Cada calle queda bajo la autoridad de un síndico, que la vigila; si la abandonara, sería castigado con la muerte. El día designado, se ordena a cada cual que se encierre en su casa, con la prohibición de salir de ella so pena de la vida. El síndico cierra en persona, por el exterior, la puerta de cada casa, y se lleva la llave, que entrega al intendente de sección; éste la conserva hasta el término de la cuarentena. Cada familia habrá hecho sus provisiones; pero por lo que respecta al vino y al pan, se habrá dispuesto entre la calle y el interior de las casas unos pequeños canales de madera, por los cuales se hace llegar a cada cual su ración, sin que haya comunicación entre los proveedores y los habitantes; en cuanto a la carne, el pescado y las hierbas, se utilizan poleas y cestas. Cuando es preciso en absoluto salir de las casas, se hace por turno, y evitando todo encuentro. No circulan por las calles más que los intendentes, los síndicos, los soldados de la guardia, y también entre las casas infectadas, de un cadáver a otro, los "cuervos", que es indiferente abandonar a la muerte. Son éstos "gentes de poca monta, que transportan a los enfermos, entierran a los muertos, limpian y hacen muchos oficios viles y abyectos". Espacio recortado, inmóvil, petrificado. Cada cual está pegado a su puesto. Y si se mueve, le va en ello la vida, contagio o castigo.

La inspección funciona sin cesar. La mirada está por doquier en movimiento: "Un cuerpo de milicia considerable, mandado por buenos oficiales y gentes de bien", cuerpos de guardia en las puertas, en el ayuntamiento y en todas las secciones para que la obediencia del pueblo sea más rápida y la autoridad de los magistrados más absoluta, "así como para vigilar todos los desordenes, latrocinios y saqueos". En las puertas, puestos de vigilancia; al extremo de cada calle, centinelas. Todos los días, el intendente recorre la sección que tiene a su cargo, se entera de si los síndicos cumplen su misión, si los vecinos tienen de qué quejarse; "vigilan sus actos". Todos los días también, pasa el síndico por la calle de que es responsable; se detiene delante de cada casa; hace que se asomen todos los vecinos a las ventanas (los que viven del lado del patio tienen asignada una ventana que da a la calle a la que ningún otro puede asomarse); llama a cada cual por su nombre; se informa del estado de todos, uno por uno, "en lo cual los vecinos estarán obligados a decir la verdad bajo pena de la vida"; si alguno no se presenta en la ventana, el síndico debe preguntar el motivo; "así descubrirá fácilmente si se ocultan muertos o enfermos" Cada cual encerrado en su jaula, cada cual asomándose a su ventana, respondiendo al ser nombrado y mostrándose cuando se le llama, es la gran revista de los vivos y de los muertos.

Esta vigilancia se apoya en un sistema de registro permanente: informes de los síndicos a los intendentes, de los intendentes a los regidores o al alcalde. Al comienzo del "encierro", se establece, uno por uno, el papel de todos los vecinos presentes en la ciudad; se consigna "el nombre, la edad, el sexo, sin excepción de condición"; un ejemplar para el intendente de la sección, otro para la oficina del ayuntamiento, otro más para que el síndico pueda pasar la lista diaria. De todo lo que se advierte en el curso de las visitas –muertes, enfermedades, reclamaciones, irregularidades– se toma nota, que se transmite a los intendentes y a los magistrados. Éstos tienen autoridad sobre los cuidados médicos; han designado un médico responsable, y ningún otro puede atender enfermos, ningún boticario preparar medicamentos, ningún confesor visitar a un enfermo, sin haber recibido de él un billete escrito "para impedir que se oculte y trate, a escondidas de los magistrados, a enfermos contagiosos". El registro

de lo patológico debe ser constante y centralizado. La relación de cada cual con su enfermedad y su muerte pasa por las instancias del poder, el registro a que éstas la someten y las decisiones que toman.

Cinco o seis días después del comienzo de la cuarentena, se procede a la purificación de las casas, una por una. Se hace salir a todos los habitantes; en cada aposento se levantan o suspenden "los muebles y los objetos"; se esparce perfume, que se hace arder, tras de haber tapado cuidadosamente las ventanas, las puertas y hasta los agujeros de las cerraduras, llenándolos con cera. Por último, se cierra la casa entera mientras se consume el perfume; como a la entrada, se registra a los perfumistas, "en presencia de los vecinos de la casa, para ver si al salir llevan sobre sí alguna cosa que no tuvieran al entrar". Cuatro horas después, los habitantes de la casa pueden volver a ocuparla.

Este espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que un trabajo ininterrumpido de escritura une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos –todo esto constituye un modelo compacto del dispositivo disciplinario. A la peste responde el orden; tiene por función desenredar todas las confusiones: la de la enfermedad que se transmite cuando los cuerpos se mezclan; la del mal que se multiplica cuando el miedo y la muerte borran los interdictos. Prescribe a cada cual su lugar, a cada cual su cuerpo, a cada cual su enfermedad y su muerte, a cada cual su bien, por el efecto de un poder omnipresente y omnisciente que se subdivide él mismo de manera regular e ininterrumpida hasta la determinación final del individuo, de lo que lo caracteriza, de lo que le pertenece, de lo que le ocurre. Contra la peste que es mezcla, la disciplina hace valer su poder que es análisis. Ha habido en torno de la peste toda una ficción literaria de la fiesta: las leyes suspendidas, los interdictos levantados, el frenesí del tiempo que pasa, los cuerpos mezclándose sin respeto, los individuos que se desenmascaran, que abandonan su identidad estatutaria y la figura bajo la cual se los reconocía, dejando aparecer una verdad totalmente distinta. Pero ha habido también un sueño político de la peste, que era exactamente lo inverso: no la fiesta colectiva, sino las particiones estrictas; no las leyes transgredidas, sino la penetración del reglamento hasta los más finos detalles de la existencia, y por intermedio de una jerarquía completa que garantiza el funcionamiento capilar del poder; no las máscaras que se ponen y se quitan, sino la asignación a cada cual de su "verdadero" nombre, de su "verdadero" lugar, de su "verdadero" cuerpo y de la "verdadera" enfermedad. La peste como forma a la vez real e imaginaria del desorden tiene por correlato médico y político la disciplina. Por detrás de los dispositivos disciplinarios, se lee la obsesión de los "contagios", de la peste, de las revueltas, de los crímenes, de la vagancia, de las deserciones, de los individuos que aparecen y desaparecen, viven y mueren en el desorden.

Si bien es cierto que la lepra ha suscitado rituales de exclusión que dieron hasta cierto punto el modelo y como la forma general del gran Encierro, la peste ha suscitado esquemas disciplinarios. Más que la división masiva y binaria entre los unos y los otros, apela a separaciones múltiples, a distribuciones individualizantes, a una organización en profundidad de las vigilancias y de los controles, a una intensificación, y a una ramificación del poder. El leproso está prendido en una práctica del rechazo, del exilio-clausura; se le deja perderse allí como en una masa que importa poco diferenciar; los apestados están prendidos en un reticulado táctico meticuloso en el que las diferenciaciones individuales son los efectos coactivos de un poder que se multiplica, se articula y se subdivide. El gran encierro de una parte; el buen encauzamiento de la conducta de otra. La lepra y su división; la peste y su reticulado. La una está marcada; la otra, analizada y repartida. El exilio del leproso y la detención de la peste no llevan consigo el mismo sueño político. El uno es el de una comunidad pura, el otro el de una sociedad disciplinada. Dos maneras de ejercer el poder sobre los hombres, de controlar sus relaciones, de desenlazar sus peligrosos contubernios. La ciudad apestada, toda ella atravesada de jerarquía, de vigilancia, de inspección, de escritura, la ciudad inmovilizada en el funcionamiento de un poder extensivo que se ejerce de manera distinta sobre todos los cuerpos individuales, es la utopía de la ciudad perfectamente gobernada. La peste (al menos la que se mantiene en estado de previsión), es la prueba en el curso de la cual se puede definir idealmente el ejercicio del poder disciplinario. Para hacer funcionar de acuerdo con la teoría pura los derechos y las leyes, los juristas se imaginaban en el estado de naturaleza; para ver funcionar las disciplinas perfectas, los gobernantes soñaban con el estado de peste. En el fondo de los esquemas disciplinarios la imagen de la peste vale por todas las confusiones y los desórdenes; del mismo modo que la imagen de la lepra, del contacto que cortar, se halla en el fondo de los esquemas de exclusión.

Esquemas diferentes, pues, pero no incompatibles. Lentamente, se les ve aproximarse; y corresponde al siglo XIX haber aplicado al espacio de la exclusión cuyo habitante simbólico era el leproso (y los mendigos, los vagabundos, los locos, los violentos, formaban su población real) la técnica de poder propia del reticulado disciplinario. Tratar a los "leprosos" como a "apestados", proyectar los desgloses finos de la disciplina sobre el espacio confuso del internamiento, trabajarlo con los métodos de distribución analítica del poder, individualizar a los excluidos, pero servirse de los procedimientos de individualización para marcar exclusiones –esto es lo que ha sido llevado a cabo regularmente por el poder disciplinario desde los comienzos del siglo XIX: el asilo psiquiátrico, la penitenciaria, el correccional, el establecimiento de educación vigilada, y por una parte los hospitales, de manera general todas las instancias de control individual, funcionan de doble modo: el de la división binaria y la marcación (loco-no loco; peligroso-inofensivo; normal-anormal); y el de la asignación coercitiva, de la distribución diferencial (quién es; dónde debe estar; por qué caracterizarlo, cómo reconocerlo; cómo ejercer sobre él, de manera individual, una vigilancia constante, etc.). De un lado, se "apesta" a los leprosos; se impone a los excluidos la táctica de las disciplinas individualizantes; y, de otra parte, la universalidad de los controles disciplinarios permite marcar quién es "leproso" y hacer jugar contra él los mecanismos dualistas de la exclusión. La división constante de lo normal y de lo anormal, a que todo individuo está sometido, prolonga hasta nosotros y aplicándolos a otros objetos distintos, la marcación binaria y el exilio del leproso; la existencia de todo un conjunto de técnicas y de instituciones que se atribuyen como tarea medir, controlar y corregir a los anormales, hace funcionar los dispositivos disciplinarios a que apelaba el miedo de la peste. Todos los mecanismos de poder que, todavía en la actualidad, se disponen en torno de lo anormal, para marcarlo, como para modificarlo, componen estas dos formas, de las que derivan de lejos.

El *Panóptico* de Bentham es la figura arquitectónica de esta composición. Conocido es su principio: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción. Tienen dos ventanas, una que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar. Por el efecto de la contraluz, se pueden percibir desde la torre, recortándose perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la periferia. Tantos pequeños teatros como celdas, en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible. El dispositivo panóptico dispone unas unidades espaciales que permiten ver sin cesar y reconocer al punto. En suma, se invierte el principio del calabozo; o más bien de sus tres funciones –encerrar, privar de luz y ocultar–; no se conserva más que la primera y se suprimen las otras dos. La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor que la sombra, que en último término protegía. La visibilidad es una trampa.

Lo cual permite en primer lugar –como efecto negativo– evitar esas masas, compactas, hormigueantes, tumultuosas, que se encontraban en los lugares de encierro, las que pintaba Goya o describía Howard. Cada cual, en su lugar, está bien encerrado en una celda en la que es visto de frente por el vigilante; pero los muros laterales le impiden entrar en contacto con sus compañeros. Es visto, pero él no ve; objeto de una información, jamás sujeto en una comunicación. La disposición de su aposento, frente a la torre central, le impone una visibilidad axial; pero las divisiones del anillo, las celdas bien separadas implican una invisibilidad lateral. Y ésta es garantía del orden. Si los detenidos son unos condenados, no hay peligro de que exista complot, tentativa de evasión colectiva, proyectos de nuevos delitos para el futuro, malas influencias recíprocas; si son enfermos, no hay peligro de contagio; si locos, no hay riesgo de violencias recíprocas; si niños, ausencia de copia subrepticia, ausencia de ruido, ausencia de charla, ausencia de disipación. Si son obreros, ausencia de riñas, de robos, de contubernios, de esas distracciones que retrasan el trabajo, lo hacen menos perfecto o provocan los accidentes. La multitud, masa compacta, lugar de intercambios múltiples, individualidades que se funden, efecto colectivo, se anula en beneficio de una colección de individualidades separadas. Desde el punto de vista del guardián está remplazada por una multiplicidad enumerable y controlada; desde el punto de vista de los detenidos, por una soledad secuestrada y observada.<sup>2</sup>

De ahí el efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción. Que la perfección del poder tienda a volver inútil la actualidad de su ejercicio; que este aparato arquitectónico sea una máquina de crear y de sostener una relación de poder independiente de aquel que lo ejerce; en suma, que los detenidos se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores. Para

esto, es a la vez demasiado y demasiado poco que el preso esté sin cesar observado por un vigilante: demasiado poco, porque lo esencial es que se sepa vigilado; demasiado, porque no tiene necesidad de serlo efectivamente. Para ello Bentham ha sentado el principio de que el poder debía ser visible e inverificable. Visible: el detenido tendrá sin cesar ante los ojos la elevada silueta de la torre central de donde es espiado. Inverificable: el detenido no debe saber jamás si en aquel momento se le mira; pero debe estar seguro de que siempre puede ser mirado. Bentham, para hacer imposible de decidir si el vigilante está presente o ausente, para que los presos, desde sus celdas, no puedan siquiera percibir una sombra o captar un reflejo, previó la colocación, no sólo de unas persianas en las ventanas de la sala central de vigilancia, sino de unos tabiques en el interior que la cortan en ángulo recto, y para pasar de un pabellón a otro, en vez de puertas unos pasos en zigzag; porque el menor golpeo de un batiente, una luz entrevista, un resplandor en una rendija traicionarían la presencia del guardián.<sup>3</sup> El Panóptico es una máquina de disociar la pareja ver ser visto: en el anillo periférico, se es totalmente visto, sin ver jamás; en la torre central, se ve todo, sin ser jamás visto.<sup>4</sup>

Dispositivo importante, ya que automatiza y desindividualiza el poder. Éste tiene su principio menos en una persona que en cierta distribución concertada de los cuerpos, de las superficies, de las luces, de las miradas; en un equipo cuyos mecanismos internos producen la relación en la cual están insertos los individuos. Las ceremonias, los rituales, las marcas por las cuales el exceso de poder se manifiesta en el soberano son inútiles. Hay una maquinaria que garantiza la asimetría, el desequilibrio, la diferencia. Poco importa, por consiguiente, quién ejerce el poder. Un individuo cualquiera, tomado casi al azar, puede hacer funcionar la máquina: a falta del director, su familia, los que lo rodean, sus amigos, sus visitantes, sus servidores incluso.<sup>5</sup> Así como es indiferente el motivo que lo anima: la curiosidad de un indiscreto, la malicia de un niño, el apetito de saber de un filósofo que quiere recorrer este museo de la naturaleza humana, o la maldad de los que experimentan un placer en espiar y en castigar. Cuanto más numerosos son esos observadores anónimos y pasajeros, más aumentan para el detenido el peligro de ser sorprendido y la conciencia inquieta de ser observado. El Panóptico es una máquina maravillosa que, a partir de los deseos más diferentes, fabrica efectos homogéneos de poder.

Una sujeción real nace mecánicamente de una relación ficticia. De suerte que no es necesario recurrir a medios de fuerza para obligar al condenado a la buena conducta, el loco a la tranquilidad, el obrero al trabajo, el escolar a la aplicación, el enfermo a la observación de las prescripciones. Bentham se maravillaba de que las construcciones panópticas pudieran ser tan ligeras: nada de rejas, ni de cadenas, ni de cerraduras formidables; basta con que las separaciones sean definidas y las aberturas estén bien dispuestas. La pesada mole de las viejas "casas de seguridad", con su arquitectura de fortaleza, puede ser sustituida por la geometría simple y económica de una "casa de convicción". La eficacia del poder, su fuerza coactiva, han pasado, en cierto modo, al otro lado –al lado de su superficie de aplicación. El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento. Por ello, el poder externo puede aligerar su peso físico; tiende a lo incorpóreo; y cuanto más se acerca a este límite, más constantes, profundos, adquiridos de una vez para siempre e incesantemente prolongados serán sus efectos: perpetua victoria que evita todo enfrentamiento físico y que siempre se juega de antemano.

Bentham no dice si se inspiró, para su proyecto, en la casa de fieras que Le Vaux había construido en Versalles: primera colección zoológica cuyos diferentes elementos no estaban, según era tradicional, diseminados en un parque:<sup>6</sup> en el centro, un pabellón octogonal que, en el primer piso, sólo tenía una estancia, el salón regio; en todos los lados se abrían anchas ventanas que daban a siete jaulas (el octavo lado se reservaba a la entrada), donde estaban encerradas diferentes especies de animales. En la época de Bentham, esta casa de fieras había desaparecido. Pero se encuentra en el programa del Panóptico la preocupación análoga de la observación individualizadora, de la caracterización y de la individualización, de la disposición analítica del espacio. El Panóptico es una colección zoológica real; el animal está remplazado por el hombre, por la agrupación específica la distribución individual, y el rey por la maquinaria de un poder furtivo. Con esta diferencia: el Panóptico, también, hace obra de naturalista. Permite establecer las diferencias: en los enfermos, observar los síntomas de cada cual, sin que la proximidad de las camas, la circulación de los miasmas, los efectos del contagio mezclen los cuadros clínicos; en los niños, notar los hechos singulares (sin que exista imitación o copia), localizar las aptitudes, y en relación con una evolución normal, distinguir lo que es "pereza y terquedad" de lo que es "imbecilidad incurable";

en los obreros notar las aptitudes de cada cual, comparar el tiempo que tardan en hacer una obra, y si se les paga por día, calcular su salario consiguientemente.<sup>7</sup>

Esto por lo que toca al aspecto jardín. En cuanto al aspecto laboratorio, el Panóptico puede ser utilizado como máquina de hacer experiencias, de modificar el comportamiento, de encauzar o reeducar la conducta de los individuos. Experimentar medicamentos y verificar sus efectos. Probar diferentes castigos sobre los presos, según sus delitos y su carácter, y buscar los más eficaces. Enseñar simultáneamente diferentes técnicas a los obreros, establecer cuál es la mejor. Intentar experiencias pedagógicas –y en particular repetir el célebre problema de la educación reclusa, utilizando niños expósitos. Se verá lo que ocurre cuando al cumplir los dieciséis o dieciocho años se provoca el encuentro de muchachos y muchachas; podría comprobarse si, como piensa Helvecio, cualquiera puede aprender cualquier cosa; podría seguirse "la genealogía de toda idea observable"; podría educarse a diferentes niños en diferentes sistemas de pensamiento, hacer creer a algunos que dos y dos no son cuatro o que la luna es un queso, y después ponerlos a todos juntos cuando hubieran cumplido veinte o veinticinco años; se escucharían entonces discusiones que valdrían muy bien los sermones o las conferencias en las que se gasta tanto dinero; se tendría al menos la ocasión de realizar descubrimientos en el dominio de la metafísica. El Panóptico es un lugar privilegiado para hacer posible la experimentación sobre los hombres, y para analizar con toda certidumbre las transformaciones que se pueden obtener en ellos. El Panóptico puede incluso constituir un aparato de control sobre sus propios mecanismos. Desde su torre central, el director puede espiar a todos los empleados que tiene a sus órdenes: enfermeros, médicos, contra maestras, maestros, guardianes; podrá juzgarlos continuamente; modificar su conducta, imponerles los métodos que estime los mejores; y él mismo a su vez podrá ser fácilmente observado. Un inspector que surja de improviso en el centro del Panóptico juzgará de una sola ojeada, y sin que se le pueda ocultar nada, cómo funciona todo el establecimiento. Y por lo demás, encerrado como lo está en medio de ese dispositivo arquitectónico, ¿no se halla el director comprometido con él? El médico incompetente, que haya dejado que se extienda el contagio, el director de prisión o de taller que haya sido torpe, serán las primeras víctimas de la epidemia o del motín. "Mi destino, dice el maestro del Panóptico, está ligado al suyo (al de los detenidos) por todas las ataduras que he podido inventar."<sup>8</sup> El Panóptico funciona como una especie de laboratorio de poder. Gracias a sus mecanismos de observación, gana en eficacia y en capacidad de penetración en el comportamiento de los hombres; un aumento de saber viene a establecerse sobre todas las avanzadas del poder, y descubre objetos que conocer sobre todas las superficies en las que éste viene a ejercerse.

Ciudad apestada, establecimiento panóptico, las diferencias son importantes. Marcan, a siglo y medio de distancia, las transformaciones del programa disciplinario. En un caso, una situación de excepción: contra un mal extraordinario, el poder se alza; se hace por doquier presente y visible; inventa engranajes nuevos; compartimenta, inmoviliza, reticula; construye por un tiempo lo que es a la vez la contra-ciudad y la sociedad perfecta; impone un funcionamiento ideal, pero que se reduce a fin de cuentas, como el mal que combate, al dualismo simple vida-muerte: lo que se mueve lleva la muerte, y se mata lo que se mueve. El Panóptico, por el contrario, debe ser comprendido como un modelo generalizable de funcionamiento; una manera de definir las relaciones del poder con la vida cotidiana de los hombres. Sin duda Bentham lo presenta como una institución particular, bien cerrada sobre ella misma. Se ha hecho con frecuencia de él una utopía del encierro perfecto. Frente a las prisiones ruinosas, hormigueantes y llenas de suplicio que grababa Piranesi, el Panóptico se considera jaula cruel y sabia. El hecho de que haya, aun hasta nuestros días, dado lugar a tantas variaciones proyectadas o realizadas, demuestra cuál ha sido durante cerca de dos siglos su intensidad imaginaria. Pero el Panóptico no debe ser comprendido como un edificio onírico: es el diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal; su funcionamiento, abstraído de todo obstáculo, resistencia o rozamiento, puede muy bien ser representado como un puro sistema arquitectónico y óptico: es de hecho una figura de tecnología política que se puede y que se debe desprender de todo uso específico.

Es polivalente en sus aplicaciones; sirve para enmendar a los presos, pero también para curar a los enfermos, para instruir a los escolares, guardar a los locos, vigilar a los obreros, hacer trabajar a los mendigos y a los ociosos. Es un tipo de implantación de los cuerpos en el espacio, de distribución de los individuos unos en relación con los otros, de organización jerárquica, de disposición de los centros y de los canales de poder, de definición de sus instrumentos y de sus modos de intervención, que se puede utilizar en los hospitales, los talleres, las escuelas, las prisiones. Siempre que se trate de una multiplicidad de individuos a los que haya que imponer una tarea o una conducta, podrá ser utilizado el esquema panóptico. Es aplicable –bajo reserva de las modificaciones necesarias– "a todos los establecimientos donde, en los límites de



un espacio que no es demasiado amplio, haya que mantener bajo vigilancia a cierto número de personas."<sup>9</sup>

En cada una de sus aplicaciones, permite perfeccionar el ejercicio del poder. Y esto de varias maneras; porque puede reducir el número de los que lo ejercen, a la vez que multiplica el número de aquellos sobre quienes se ejerce. Porque permite intervenir a cada instante y la presión constante actúa aun antes de que las faltas, los errores, los delitos se cometan. Porque, en estas condiciones, su fuerza estriba en no intervenir jamás, en ejercerse espontáneamente y sin ruido, en constituir un mecanismo cuyos efectos se encadenan los unos a los otros. Porque sin otro instrumento físico que una arquitectura y una geometría, actúa directamente sobre los individuos; "da al espíritu poder sobre el espíritu". El esquema panóptico es un intensificador para cualquier aparato de poder: garantiza su economía (en material, en tiempo); garantiza su eficacia por su carácter preventivo, su funcionamiento continuo y sus mecanismos automáticos. Es una manera de obtener poder "en una cantidad hasta entonces sin ejemplo", "un grande y nuevo instrumento de gobierno..."; su excelencia consiste en la gran fuerza que es capaz de imprimir a toda institución a que se lo aplica."<sup>10</sup>

Una especie de "huevo de Colón" en el orden de la política. Es capaz, en efecto, de venir a integrarse a una función cualquiera (de educación, de terapéutica, de producción, de castigo); de sobrevalorar esta función, ligándose íntimamente a ella; de constituir un mecanismo mixto en el que las relaciones de poder (y, de saber) puedan ajustarse exactamente, y hasta en el detalle, a los procesos que hay que controlar; de establecer una proporción directa entre el "exceso de poder" y el "exceso de producción". En suma, hace de modo que el ejercicio del poder no se agregue del exterior, como una coacción rígida o como un peso, sobre las funciones en las que influye, sino que esté en ellas lo bastante sutilmente presente para aumentar su eficacia aumentando él mismo sus propias presas. El dispositivo panóptico no es simplemente un punto de unión, un cambiador entre un mecanismo de poder y una función es una manera de hacer funcionar unas relaciones de poder en una función, y una función por esas relaciones de poder. El panoptismo es capaz de "reformular la moral, preservar la salud, revigorizar la industria, difundir la instrucción, aliviar las cargas públicas, establecer la economía como sobre una roca, desatar, en lugar de cortar, el nudo gordiano de las leyes sobre los pobres, todo esto por una simple idea arquitectónica."<sup>11</sup>

Además, la disposición de esta máquina es tal que su cierre no excluye una presencia permanente del exterior: se ha visto que cualquiera puede venir a ejercer en la torre central las funciones de vigilancia, y que al hacerlo puede adivinar la manera en que la vigilancia se ejerce. De hecho, toda institución panóptica, así sea tan cuidadosamente cerrada como una penitenciaría, podrá sin dificultad estar sometida a esas inspecciones a la vez aleatorias e incesantes; y esto no sólo de parte de los inspectores designados, sino de parte del público. Cualquier miembro de la sociedad tendrá derecho a ir a comprobar con sus propios ojos cómo funcionan las escuelas, los hospitales, las fábricas, las prisiones. No hay peligro, por consiguiente, de que el aumento de poder debido a la máquina panóptica pueda degenerar en tiranía; el dispositivo disciplinario estará democráticamente controlado, ya que será accesible sin cesar "al gran comité del tribunal del mundo."<sup>12</sup> Este panóptico, sutilmente dispuesto para que un vigilante pueda observar, de una ojeada, a tantos: individuos diferentes, permite también a todo el mundo venir a vigilar al vigilante de menor importancia. La máquina de ver era una especie de cámara oscura donde espiar a los individuos; ahora se convierte en un edificio transparente donde el ejercicio del poder es controlable por la sociedad entera.

El esquema panóptico, sin anularse ni perder ninguna de sus propiedades, está destinado a difundirse en el cuerpo social; su vocación es volverse en él una función generalizada. La ciudad apestada ofrecía un modelo disciplinario excepcional: perfecto pero absolutamente violento; a la enfermedad que aportaba la muerte, oponía el poder su perpetua amenaza de muerte; la vida estaba reducida a su expresión más simple; era contra el poder de la muerte el ejercicio minucioso del derecho de la espada. El Panóptico, por el contrario, tiene un poder de amplificación; si acondiciona el poder, si quiere hacerlo más económico y más eficaz, no es por el poder en sí, ni por la salvación inmediata de una sociedad amenazada. Se trata de volver más fuertes las fuerzas sociales –aumentar la producción, desarrollar la economía, difundir la instrucción, elevar el nivel de la moral pública; hacer crecer y multiplicar.

¿Cómo fortalecer el poder de tal manera que, lejos de obstaculizar ese progreso, lejos de pasar sobre él por sus exigencias y sus lentitudes, lo facilite por el contrario? ¿Qué intensificador de poder podrá ser a la vez un multiplicador de producción? ¿Cómo al aumentar sus fuerzas, podrá el poder acrecentar las de la sociedad en lugar de confiscarlas o de frenarlas? La solución del Panóptico a este problema es que el aumento productivo del poder no puede ser garantizado más que si de una parte tiene la posi-

bilidad de ejercerse de manera continua en los basamentos de la sociedad, hasta su partícula más fina, y si, por otra parte, funciona al margen de esas formas repentinas, violentas, discontinuas, que están vinculadas al ejercicio de la soberanía. El cuerpo del rey, con su extraña presencia material y mítica, con la fuerza que él mismo despliega o que transmite a algunos, se halla en el extremo opuesto de esta nueva física del poder que define el panoptismo; su dominio es por el contrario toda esa región de abajo, la de los cuerpos irregulares, con sus detalles, sus movimientos múltiples, sus fuerzas heterogéneas, sus relaciones espaciales. Se trata de mecanismos que analizan distribuciones, desviaciones, series, combinaciones, y que utilizan instrumentos para hacer visible, registrar, diferenciar y comparar: física de un poder relacional y múltiple, que tiene su intensidad máxima no en la persona del rey, sino en los cuerpos que esas relaciones, precisamente, permiten individualizar. Al nivel teórico, Bentham define otra manera de analizar el cuerpo social y las relaciones de poder que lo atraviesan; en términos de práctica, define un procedimiento de subordinación de los cuerpos y de las fuerzas que debe aumentar la utilidad del poder realizando la economía del Príncipe. El panoptismo es el principio general de una nueva "anatomía política" cuyo objeto y fin no son la relación de soberanía sino las relaciones de disciplina.

En la famosa jaula transparente y circular, con su elevada torre, poderosa y sabia, se trata quizá para Bentham de proyectar una institución disciplinaria perfecta; pero se trata también de demostrar cómo se puede "desencerrar" las disciplinas y hacerlas funcionar de manera difusa, múltiple, polivalente en el cuerpo social entero. Con estas disciplinas que la época clásica elaborara en lugares precisos y relativamente cerrados –cuarteles, colegios, grandes talleres– y cuyo empleo global no se había imaginado sino a la escala limitada y provisional de una ciudad en estado de peste, Bentham sueña hacer un sistema de dispositivos siempre y por doquier alerta, que recorrieran la sociedad sin laguna ni interrupción. La disposición panóptica da la fórmula de esta generalización. Programa, al nivel de un mecanismo elemental y fácilmente transferible, el funcionamiento de base de una sociedad toda ella atravesada y penetrada por mecanismos disciplinarios.

Dos imágenes, pues, de la disciplina. A un extremo, la disciplina-bloqueo, la institución cerrada, establecida en los márgenes, y vuelta toda ella hacia funciones negativas: detener el mal, romper las comunicaciones, suspender el tiempo. Al otro extremo, con el panoptismo, tenemos la disciplina-mecanismo: un dispositivo funcional que debe mejorar el ejercicio del poder volviéndolo más rápido, más ligero, más eficaz, un diseño de las coerciones sutiles para una sociedad futura. El movimiento que va de un proyecto al otro, de un esquema de la disciplina de excepción al de una vigilancia generalizada, reposa sobre una transformación histórica: la extensión progresiva de los dispositivos de disciplina a lo largo de los siglos XVII y XVIII, su multiplicación a través de todo el cuerpo social, la formación de lo que podría llamarse en líneas generales la sociedad disciplinaria.

Toda una generalización disciplinaria, de la que la física benthamiana del poder representa el testimonio, se ha operado en transcurso de la época clásica. Lo prueba la multiplicación de las instituciones de disciplina, con su red que comienza a cubrir una superficie cada vez más amplia, y a ocupar sobre todo un lugar cada vez menos marginal: lo que era islote, lugar privilegiado, medida circunstancial, o modelo singular, pasa a ser fórmula general; las reglamentaciones características de los ejércitos protestantes y piadosos de Guillermo de Orange o de Gustavo Adolfo se transforman en reglamentos para todos los ejércitos de Europa; los colegios modelo de los jesuitas, o las escuelas de Batencour y de Demia, después de la de Sturm, diseñan las formas generales de disciplina escolar; la ordenación de los hospitales marítimos y militares sirve de esquema a toda la reorganización hospitalaria del siglo XVIII.

Pero esta extensión de las instituciones disciplinarias no es, sin duda, otra cosa que el aspecto más visible de diversos procesos más profundos.

1) *La inversión funcional de las disciplinas.* Se les pedía sobre todo originalmente que neutralizaran los peligros, que asentaran poblaciones inútiles o agitadas, que evitaran los inconvenientes de las concentraciones demasiado numerosas; se les pide desde ahora, ya que se han vuelto capaces de ello, el desempeño de un papel positivo, haciendo que aumente la utilidad posible de los individuos. La disciplina militar no es ya un simple medio para impedir el saqueo, la desertión, o la desobediencia de las tropas; se ha convertido en una técnica de base para que el ejército exista, no ya como un tropel de individuos, sino como una unidad que obtiene de esta unidad misma un aumento de fuerzas; la disciplina hace crecer la habilidad de cada cual, coordina estas habilidades, acelera los movimientos, multiplica la potencia de fuego, ensancha los frentes de ataque sin disminuir su vigor, aumenta la capacidad de resistencia, etc. La disciplina de taller, sin dejar de ser una manera de hacer respetar los reglamentos y las autoridades de impedir los robos o la disipación, tiende a que aumenten las aptitudes, las velocidades, los rendimientos y por ende las ganancias; moraliza siempre

las conductas pero cada vez más finaliza los comportamientos, y hace que entren los cuerpos en una maquinaria y las fuerzas en una economía. Cuando en el siglo XVII se desarrollaron las escuelas de provincias o las escuelas cristianas elementales, las justificaciones que se daban para ello eran sobre todo negativas: como los pobres no contaban con medios para educar a sus hijos, los dejaban "en la ignorancia de sus obligaciones: el cuidado que se toman para subsistir, y el hecho de haber sido ellos mismos mal educados, hace que no puedan transmitir una buena educación que jamas tuvieron"; lo cual implica tres inconvenientes mayores: la ignorancia de Dios, la holgazanería (con todo su cortejo de embriaguez, de impureza, de latrocinios, de bandidaje), y la formación de esas partidas de mendigos y pícaros, siempre dispuestos a provocar desórdenes públicos y "buenos todo lo más para agotar los fondos del Hospital."<sup>13</sup> Ahora bien, en los comienzos de la Revolución, el objetivo que se prescribirá a la enseñanza primaria será, entre otras cosas, el de "fortificar", el de "desarrollar el cuerpo", el de disponer al niño "para cualquier trabajo mecánico en el futuro", el de procurarle "un golpe de vista preciso, la mano segura, los movimientos habituales rápidos."<sup>14</sup> Las disciplinas funcionan cada vez más como unas técnicas que fabrican individuos útiles. De ahí el hecho de que se liberen de su posición marginal en los confines de la sociedad, y que se separen de las formas de la exclusión o de la expiación, del encierro o del retiro. De ahí el hecho de que desenlacen lentamente su parentesco con las regularidades y las clausuras religiosas. De ahí también que tiendan a implantarse en los sectores más importantes, más centrales, más productivos de la sociedad; que vengan a conectarse sobre algunas de las grandes funciones esenciales: la producción manufacturera, la transmisión de conocimientos, la difusión de aptitudes y de tacto, el aparato de guerra. De ahí, en fin, la doble tendencia que vemos desarrollarse a lo largo del siglo XVIII a multiplicar el número de las instituciones de disciplina y a disciplinar los aparatos existentes.

2) *La enjambrazón de los mecanismos disciplinarios.* Mientras que por una parte, se multiplican los establecimientos de disciplina, sus mecanismos tienen cierta tendencia a "desinstitucionalizarse", a salir de las fortalezas cerradas en que funcionaban y a circular en estado "libre"; las disciplinas masivas y compactas se descomponen en procedimientos flexibles de control, que se pueden transferir y adaptar. A veces, son los aparatos cerrados los que agregan a su función interna y específica un papel de vigilancia extensa, desarrollando en torno suyo un margen entero de controles laterales. Así la escuela cristiana no debe simplemente formar niños dóciles; debe también permitir vigilar a los padres, informarse de su modo de vida, de sus recursos, de su piedad, de sus costumbres. La escuela tiende a constituir minúsculos observatorios sociales para penetrar, hasta los adultos y ejercer sobre ellos un control regular: la mala conducta de un niño, o su ausencia, es un pretexto legítimo, según Demia, para ir a interrogar a los vecinos, sobre todo si hay motivos para creer que la familia no dirá la verdad; después a los propios padres, para comprobar si saben el catecismo y las oraciones, si están resueltos a desarraigar los vicios de sus hijos, cuántas camas tienen y cómo se reparten en ellas durante la noche; la visita termina eventualmente por una limosna, el regalo de una estampa, o la atribución de lechos suplementarios.<sup>15</sup> De la misma manera, el hospital está concebido cada vez más como punto de apoyo para la vigilancia médica de la población externa; después del incendio del Hôtel-Dieu en 1772, muchos piden que se replacen los grandes establecimientos, tan vastos y tan desordenados, por una serie de hospitales de pequeñas dimensiones, cuya función sería recibir a los enfermos del barrio pero también reunir informaciones, estar atentos a los fenómenos endémicos o epidémicos, abrir dispensarios, dar consejos a los vecinos y tener a las autoridades al corriente de la situación sanitaria de toda la región.<sup>16</sup>

Se ven también difundirse los procedimientos disciplinarios, a partir no de instituciones cerradas, sino de focos de control diseminados en la sociedad. Grupos religiosos, asociaciones de beneficencia desempeñaron durante mucho tiempo este papel de "organización de disciplina" de la población. Desde la Contrarreforma hasta la filantropía de la monarquía de Julio, se multiplicaron las iniciativas de este tipo; tenían objetivos religiosos (la conversión y la moralización), económicos (el socorro y la incitación al trabajo), o políticos (se trataba de luchar contra el descontento o la y agitación). Baste citar a título de ejemplo los reglamentos para las compañías de caridad de las parroquias parisienses. El territorio por cubrir se divide en cuarteles y en cantones, que se reparten los miembros de la compañía. Éstos tienen que visitarlos regularmente. "Trabajarán en impedir los lugares de perdición, tabaquerías, academias, juegos de naipes, escándalos públicos, blasfemias, impiedades y otros desórdenes que pudieran llegar a su conocimiento." Habrán también de hacer visitas individuales a los pobres, y los puntos de información se precisan en los reglamentos: estabilidad del alojamiento, conocimiento de las oraciones, frecuentación de los sacramentos, conocimiento de un oficio, moralidad (y "si no han caído en la pobreza por su culpa"); en fin, "es preciso informarse hábilmente de qué manera se comportan en su hogar, si se hallan en paz entre sí y con sus vecinos, si se cuidan de educar a sus hijos en el

temor de Dios... si no hacen que duerman sus hijos mayores de distinto sexo juntos y con ellos, si no toleran libertinaje y zalamerías en sus familias; principalmente a sus hijas mayores. Si hay duda sobre si están casados, hay que pedirles un certificado de su matrimonio."<sup>17</sup>

3) *La nacionalización de los mecanismos de disciplina.* En Inglaterra, son grupos privados de inspiración religiosa los que han realizado, durante largo tiempo, las funciones de disciplina social;<sup>18</sup> en Francia, si bien una parte de este papel ha quedado en manos de patronatos o de sociedades de socorro, otra –y la más importante sin duda– ha sido recobrada muy pronto por el aparato de policía.

La organización de una policía centralizada ha pasado durante mucho tiempo, y a los propios ojos de los contemporáneos, por la expresión más directa del absolutismo monárquico; el soberano había querido tener "un magistrado de su hechura a quien poder confiar directamente sus instrucciones, sus misiones, sus intenciones, y que se encargara de la ejecución de las órdenes y de las *lettres de cachet*."<sup>19</sup> En efecto, a la par que recobraban cierto número de funciones preexistentes –persecución de los delincuentes, vigilancia urbana, control económico y político–, las tenencias de policía y la tenencia general, que era la corona y rémote en París, las convertían en una máquina administrativa, unitaria y rigurosa: "Todos los radios de fuerza y de instrucción que parten de la circunferencia vienen a converger en el lugarteniente general... Él es quien hace marchar todas las ruedas cuyo conjunto produce el orden y la armonía. Los efectos de su administración no pueden ser mejor comparados que al movimiento de los cuerpos celestes."<sup>20</sup>

Pero si bien la policía como institución ha sido realmente organizada bajo la forma de un aparato del Estado, y si ha sido realmente incorporada de manera directa al centro de la soberanía política, el tipo de poder que ejerce, los mecanismos que pone en juego y los elementos a que los aplica son específicos. Es un aparato que debe ser coextensivo al cuerpo social entero y no sólo por los límites extremos que alcanza, sino por la minucia de los detalles de que se ocupa. El poder policiaco debe actuar "sobre todo": no es en absoluto, sin embargo, la totalidad del Estado ni del reino, como cuerpo visible e invisible del monarca; es el polvo de los acontecimientos, de las acciones, de las conductas, de las opiniones –"todo lo que pasa";<sup>21</sup> el objeto de la policía son esas "cosas de cada instante", esas "cosas de nada" de que hablaba Catalina II en su Gran Instrucción.<sup>22</sup> Con la policía, se está en lo indefinido un control que trata idealmente de llegar a lo más elemental, al fenómeno más pasajero del cuerpo social: "El ministerio de los magistrados y oficiales de policía es de los más importantes; los objetos que abarca son en cierto modo indefinidos; no puede percibirse sino por un examen suficientemente detallado";<sup>23</sup> es lo infinitamente pequeño del poder político.

Y para ejercerse, este poder debe apropiarse de instrumentos de una vigilancia permanente, exhaustiva, omnipresente, capaz de hacerlo todo visible, pero a condición de volverse ella misma invisible. Debe ser como una mirada sin rostro que trasforma todo el rostro social en un campo de percepción: millares de ojos por doquier, atenciones móviles y siempre alerta, un largo sistema jerarquizado, que, según Le Maire, supone para París los 48 comisarios, los 20 inspectores, y además los "observadores" pagados regularmente, los "bajos soplones" retribuidos por día, después los denunciantes, calificados según la misión, y finalmente las prostitutas. Y esta incesante observación debe acumularse en una serie de informes y de registros; a lo largo de todo el siglo XVIII, un inmenso texto policiaco tiende a cubrir la sociedad gracias a una organización documental compleja.<sup>24</sup> Y a diferencia de los métodos de la escritura judicial o administrativa, lo que se registra así son conductas, actitudes, virtualidades, sospechas –una toma en cuenta permanente del comportamiento de los individuos.

Ahora bien, hay que advertir que este control policiaco, si bien se halla entero "en la mano del rey", no funciona en una sola dirección. Es de hecho un sistema de doble entrada: tiene que responder, eludiendo el aparato de justicia, a la voluntad inmediata del rey; pero es susceptible también de responder a las solicitudes de abajo; en su inmensa mayoría, las famosas *lettres de cachet*, que han sido durante mucho tiempo el símbolo de la arbitrariedad regia y que han descalificado políticamente la práctica de la detención, estaban de hecho solicitadas por las familias, los amos, los notables locales, los vecinos de los barrios, los párrocos; y tenían como función hacer sancionar por medio de un internamiento toda una infrapenalidad, la del desorden, de la agitación, de la desobediencia, de la mala conducta; lo que Ledoux quería expulsar de su ciudad arquitectónicamente perfecta, y que él llamaba los "delitos de la no vigilancia". En suma, la policía del siglo XVIII, a su papel de auxiliar de justicia en la persecución de los criminales y de instrumento para el control político de las conjuras, de los movimientos de oposición o de las revueltas, añade una función dis-

ciplinaria. Función compleja, ya que une el poder absoluto del monarca a las más pequeñas instancias de poder diseminadas en la sociedad; ya que, entre estas diferentes instituciones cerradas de disciplina (talleres, ejércitos, escuelas), extiende una red intermedia, que actúa allí donde aquéllas no pueden intervenir, disciplinando los espacios no disciplinarios; pero que cubre, une entre ellos, garantiza con su fuerza armada: disciplina intersticial y metadisciplina. "El soberano, por medio de una prudente policía, acostumbra al pueblo al orden y a la obediencia."<sup>25</sup>

La organización del aparato policiaco del siglo XVIII sanciona una generalización de las disciplinas que alcanza las dimensiones del Estado. Se comprende –aunque se haya encontrado vinculada de la manera más explícita a todo lo que, en el regio poder, excedía el ejercicio de la justicia regulada– por qué la policía pudo resistir con un mínimo de modificaciones la reorganización del poder judicial, y por qué no ha cesado de imponer cada vez más pesadamente, hasta hoy, sus prerrogativas. Es sin duda por ser su brazo secular; pero es también porque mucho más que la institución judicial forma cuerpo, por su magnitud y sus mecanismos, con la sociedad de tipo disciplinario. Sería inexacto, sin embargo, creer que las funciones disciplinarias han sido confiscadas y absorbidas de una vez para siempre por un aparato del Estado.

La "disciplina" no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas; es una "física" o "una anatomía" del poder, una tecnología. Puede ser asumida ya sea por instituciones "especializadas" (las penitenciarías, o las casas de corrección del siglo XIX), ya sea por instituciones que la utilizan como instrumento esencial para un fin determinado (las casas de educación, los hospitales), ya sea por instancias preexistentes que encuentran en ella el medio de reforzar o de reorganizar sus mecanismos internos de poder (será preciso demostrar un día cómo las relaciones intrafamiliares, esencialmente en la célula padres-hijos, se han "disciplinado", absorbiendo desde la época clásica esquemas externos, escolares, militares, y después médicos, psiquiátricos, psicológicos, que han hecho de la familia el lugar de emergencia privilegiada para la cuestión disciplinaria de lo normal y de lo anormal), ya sea por aparatos que han hecho de la disciplina su principio de funcionamiento interno (disciplinización del aparato administrativo a partir de la época napoleónica), ya sea, en fin, por aparatos estatales que tienen por función no exclusiva sino principal hacer reinar la disciplina a la escala de una sociedad (la policía).

Se puede, pues, hablar en total de la formación de una sociedad disciplinaria en este movimiento que va de las disciplinas cerradas, especie de "cuarentena" social, hasta el mecanismo indefinidamente generalizable del "panoptismo". No quiere decir esto que la modalidad disciplinaria del poder haya remplazado a todas las demás; sino que se ha infiltrado entre las otras, descalificándolas a veces pero sirviéndoles de intermediaria, ligándolas entre sí, prolongándolas, y sobre todo permitiendo conducir los efectos de poder hasta los elementos más sutiles y más lejanos. Garantiza una distribución infinitesimal de las relaciones de poder.

Pocos años después de Bentham, Julius redactaba el certificado de nacimiento de esta sociedad.<sup>26</sup> Hablando del principio panóptico, decía que había en él mucho más que una ingeniosidad arquitectónica: un acontecimiento en "la historia del espíritu humano". En apariencia, no es sino la solución de un problema técnico; pero a través de ella, se dibuja todo un tipo de sociedad. La Antigüedad había sido una civilización del espectáculo. "Hacer accesible a una multitud de hombres la inspección de un pequeño número de objetos": a este problema respondía la arquitectura de los templos, de los teatros y de los circos. Con el espectáculo predominaban la vida pública la intensidad de las fiestas, la proximidad sensual. En estos rituales en los que corría la sangre, la sociedad recobraba vigor y formaba pos un instante como un gran cuerpo único. La edad moderna plantea el problema inverso: "Procurar a un pequeño número, o incluso a uno solo la visión instantánea de una gran multitud " En una sociedad donde los elementos principales no son ya la comunidad y la vida pública, sino los individuos privados de una parte, y el Estado de la otra, las relaciones no pueden regularse sino en una forma exactamente inversa del espectáculo: "Al tiempo moderno, a la influencia siempre creciente del Estado, a su intervención cada día más profunda en todos los detalles y todas las relaciones de la vida social, le estaba reservado aumentar y perfeccionar sus garantías, utilizando y dirigiendo hacia este gran fin la construcción y la distribución de edificios destinados a vigilar al mismo tiempo a una gran multitud de hombres."

Julius leía como un proceso histórico consumado lo que Bentham habla descrito como un programa técnico. Nuestra sociedad no es la del espectáculo, sino de la vigilancia; bajo la superficie de las imágenes, se llega a los cuerpos en profundidad; detrás de la gran abstracción del cambio, se persigue el adiestramiento minucioso y concreto de las fuerzas útiles; los circuitos de la comunicación son los soportes de una acumu-

lación y de una centralización del saber; el juego de los signos define los anclajes del poder; la hermosa totalidad del individuo no está, amputada, reprimida, alterada por nuestro orden social, sino que el individuo sé halla en él cuidadosamente fabricado, de acuerdo con toda una táctica de las fuerzas y de los cuerpos. Somos mucho menos griegos de lo que creemos. No estamos ni sobre las gradas ni sobre la escena, sino en la máquina panóptica, dominados por sus efectos de poder que prolongamos nosotros mismos, ya que somos uno de sus engranajes. La importancia, en la mitología histórica, del personaje napoleónico tiene quizás ahí uno de sus orígenes: se halla en el punto de unión del ejercicio monárquico y ritual de la soberanía y del ejercicio jerárquico y permanente de la disciplina indefinida. Es el que lo, domina todo de una sola mirada, pero al que ningún detalle, por ínfimo que sea, escapa jamás: "Podéis juzgar que ninguna parte del Imperio está privada de vigilancia, que ningún crimen, ningún delito, ninguna infracción debe permanecer sin ser perseguida, y que el ojo del genio que sabe alumbRARlo todo abarca el conjunto de esta vasta máquina, sin que, sin embargo, pueda escaparle el menor detalle."<sup>27</sup> La sociedad disciplinaria, en el momento de su plena eclosión, toma todavía con el Emperador el viejo aspecto del poder de espectáculo. Como monarca a la vez usurpador del antiguo trono y organizador del nuevo Estado, ha recogido en una figura simbólica y postrera todo el largo proceso por el cual los fastos de la soberanía, las manifestaciones necesariamente espectaculares del poder, se han extinguido uno a uno en el ejercicio cotidiano de la vigilancia, en un panoptismo en que unas miradas entrecruzadas y despiertas pronto harán tan inútil el águila como el sol.

La formación de la sociedad disciplinaria remite a cierto número de procesos históricos amplios en el interior de los cuales ocupa lugar: económicos, jurídico-políticos, científicos, en fin.

1) De una manera global puede decirse que las disciplinas son unas técnicas para garantizar la ordenación de las multiplicidades humanas. Ciertamente es que no hay en esto nada de excepcional, ni aun de característico: a todo sistema de poder se le plantea el mismo problema. Pero lo propio de las disciplinas es que intentan definir respecto de las multiplicidades una táctica de poder que responde a tres criterios: hacer el ejercicio del poder lo menos costoso posible (económicamente, por el escaso gasto que acarrea; políticamente por su discreción, su poca exteriorización, su relativa invisibilidad, la escasa resistencia que suscita), hacer que los efectos de este poder social alcancen su máximo de intensidad y se extiendan lo más lejos posible, sin fracaso ni laguna; ligar en fin este crecimiento "económico" del poder y el rendimiento de los aparatos en el interior de los cuales se ejerce (ya sean los aparatos pedagógicos, militares, industriales, médicos), en suma aumentar a la vez la docilidad y la utilidad de todos los elementos del sistema. Este triple objetivo de las disciplinas responde a una coyuntura histórica muy conocida. Es de un lado el gran impulso demográfico del siglo XVIII: aumento de la población flotante (uno de los primeros objetos de la disciplina es fijar; la disciplina es un procedimiento de antinomadismo); cambio de escala cuantitativa de los grupos que se trata de controlar o de manipular (de los comienzos del siglo XVII a la víspera de la Revolución Francesa, la población escolar se multiplicó, como sin duda la población hospitalizada; el ejército en tiempo de paz contaba a fines del siglo XVIII más de 200.000 hombres). El otro aspecto de la coyuntura es el crecimiento del aparato de producción, cada vez más extenso y complejo, cada vez más costoso también y cuya rentabilidad se trata de hacer crecer. El desarrollo de los procedimientos disciplinarios responde a estos dos procesos o más bien, sin duda, a la necesidad de ajustar su correlación. Ni las formas residuales del poder feudal, ni las estructuras de la monarquía administrativa, ni los mecanismos locales de control, ni el entrecruzamiento inestable que formaban entre todos ellos podían garantizar este papel: se lo impedía la extensión llena de lagunas y sin regularidad de su red, su funcionamiento a menudo conflictual, y sobre todo el carácter "dispendioso" del poder que se ejercía. Dispendioso en varios sentidos porque directamente costaba mucho al Tesoro, porque el sistema de los oficios venales o el de los arriendos pesaba de manera indirecta pero agobiante sobre la población, porque las resistencias que encontraba lo arrastraban a un ciclo de intensificación completa, porque procedía esencialmente por extracción (extracción de dinero o de productos por la tributación monárquica, señorial y eclesiástica; toma de hombres o de tiempo por las prestaciones personales o los alistamientos, el encierro de los vagabundos o su destierro). El desarrollo de las disciplinas marca la aparición de técnicas elementales del poder que corresponden a una economía completamente distinta: unos mecanismos de poder que, en lugar de venir "en descuento", se integran desde el interior a la eficacia productiva de los aparatos, al crecimiento de esta eficacia, y a la utilización de lo que produce. Las disciplinas sustituyen el viejo principio "exacción-violencia" que regía la economía del poder, por el principio "suavidad-producción-provecho". Se utilizan como técnicas que permiten ajustar, según este principio, la multiplicidad de los hombres y la multiplicación de los aparatos de producción (y por esto hay que entender no sólo "producción" propiamente dicha, sino la producción de saber y de

aptitudes en la escuela, la producción de salud en los hospitales, la producción de fuerza destructora con el ejército).

En esta tarea de ajuste, la disciplina tiene que resolver cierto número de problemas, para los cuales la antigua economía del poder no estaba lo suficientemente armada. Puede hacer decrecer la "desutilidad" de los fenómenos de masa: reducir lo que, en una multiplicidad, hace que sea mucho menos manejable que una unidad; reducir lo que se opone a la utilización de cada uno de sus elementos y de su suma; reducir todo lo que en ella corre el peligro de anular las ventajas del número; a causa de esto, la disciplina fija; inmoviliza o regula los movimientos; resuelve las confusiones, las aglomeraciones compactas sobre las circulaciones inciertas, las distribuciones calculadas. Debe también dominar todas las fuerzas que se forman a partir de la constitución misma de una multiplicidad organizada, debe neutralizar los efectos de contrapoder que nacen de ella y que forman resistencia al poder que quiere dominarla: agitaciones, revueltas, organizaciones espontáneas; coaliciones –todo lo que puede depender de las conjunciones horizontales. De ahí el hecho de que las disciplinas utilicen los procedimientos de tabicamiento y de verticalidad, que introduzcan entre los diferentes elementos del mismo plano unas separaciones tan estancas como sea posible, que definan unas redes jerárquicas tupidas; en suma, que opongan a la fuerza intrínseca y adversa de la multiplicidad el procedimiento de la pirámide continua e individualizante. Deben igualmente hacer que crezca la utilidad singular de cada elemento de la multiplicidad pero por unos medios que sean los más rápidos y los menos costosos; es decir utilizando la propia multiplicidad como instrumento de este crecimiento: de ahí, para extraer de los cuerpos el máximo de tiempo y de fuerzas, esos métodos de conjunto que son los empleos del tiempo, las educaciones colectivas, los ejercicios, la vigilancia a la vez global y detallada. Es preciso, además, que las disciplinas hagan crecer el efecto de utilidad propio de las multiplicidades, y que se vuelvan cada una de ellas más útiles que la simple suma de sus elementos: para que aumenten los efectos utilizables de lo múltiple es por lo que las disciplinas definen unas tácticas de distribución, de ajuste recíproco de los cuerpos, de los gestos y de los ritmos, de diferenciación de las capacidades, de coordinación recíproca en relación con unos aparatos o unas tareas. En fin, la disciplina tiene que hacer jugar las relaciones de poder no por encima, sino en el tejido mismo de la multiplicidad, de la manera más discreta que se pueda, la mejor articulada sobre las demás funciones de estas multiplicidades, la menos dispendiosa también. A esto responden unos instrumentos de poder anónimos y coextensivos a la multiplicidad que regimentan, como la vigilancia jerárquica, el registro continuo, el juicio y la clasificación perpetuos. En suma, sustituir un poder que se manifiesta por el esplendor de los que lo ejercen, por un poder que objetiva insidiosamente aquellos a quienes se aplica; formar un saber a propósito de éstos, más que desplegar los signos fastuosos de la soberanía. En una palabra, las disciplinas son el conjunto de las minúsculas invenciones técnicas que han permitido hacer que crezca la magnitud útil de las multiplicidades haciendo decrecer los inconvenientes del poder que, para hacerlos justamente útiles, debe regirlas. Una multiplicidad, ya sea un taller o una nación, un ejército o una escuela, alcanza el umbral de la disciplina cuando la relación de una a otra llega a ser favorable.

Si el despegue económico de Occidente ha comenzado con los procedimientos que permitieron la acumulación del capital, puede decirse, quizá, que los métodos para dirigir la acumulación de los hombres han permitido un despegue político respecto de las formas de poder tradicionales, rituales, costosas, violentas, y que, caídas pronto en desuso, han sido sustituidas por toda una tecnología fina y calculada del sometimiento. De hecho los dos procesos, acumulación de los hombres y acumulación del capital, no pueden ser separados; no habría sido posible resolver el problema de la acumulación de los hombres sin el crecimiento de un aparato de producción capaz a la vez de mantenerlos y de utilizarlos; inversamente, las técnicas que hacen útil la multiplicidad acumulativa de los hombres aceleran el movimiento de acumulación de capital. A un nivel menos general, las mutaciones tecnológicas del aparato de producción, la división del trabajo y la elaboración de los procedimientos disciplinarios han mantenido un conjunto de relaciones muy estrechas.<sup>28</sup> Cada uno de los dos ha hecho al otro posible, –y necesario; cada uno de los dos ha servido de modelo al otro. La pirámide disciplinaria ha constituido la pequeña célula de poder en el interior de la cual la separación, la coordinación y el control de las tareas han sido impuestos y hechos eficaces; y el reticulado analítico del tiempo, de los gestos, de las fuerzas de los cuerpos, ha constituido un esquema operatorio que se ha podido fácilmente transferir de los grupos que someter a los mecanismos de la producción; la proyección masiva de los métodos militares sobre la organización industrial ha sido un ejemplo de este modelado de la división del trabajo a partir de esquemas de poder. Pero, en cambio, el análisis técnico del proceso de producción, su descomposición "maquinal" se han proyectado sobre la fuerza de trabajo que tenía por misión asegurarla: la constitución de estas máquinas disciplinarias en que están compuestas y con esto ampliadas las fuerzas individuales que asocian es el efecto de esta proyección. Digamos que la disciplina es el procedimiento técnico unitario por el cual la fuerza

del cuerpo está con el menor gasto reducida como fuerza "política", y maximizada como fuerza útil. El crecimiento de una economía capitalista ha exigido la modalidad específica del poder disciplinario, cuyas fórmulas generales, los procedimientos de sumisión de las fuerzas y de los cuerpos, la "anatomía política" en una palabra, pueden ser puestos en acción a través de los regímenes políticos, de los aparatos o de las instituciones muy diversas.

2) La modalidad panóptica del poder –al nivel elemental, técnico, humildemente físico en que se sitúa– no está bajo la dependencia inmediata ni en la prolongación directa de las grandes estructuras jurídico-políticas de una sociedad; no es, sin embargo, absolutamente independiente. Históricamente, el proceso por el cual la burguesía ha llegado a ser en el curso del siglo XVIII la clase políticamente dominante se ha puesto a cubierto tras de la instalación de un marco jurídico explícito, codificado, formalmente igualitario, y a través de la organización de un régimen de tipo parlamentario y representativo. Pero el desarrollo y la generalización de los dispositivos disciplinarios han constituido la otra vertiente, oscura, de estos procesos. Bajo la forma jurídica general que garantizaba un sistema de derechos en principio igualitarios había, subyacentes, esos mecanismos menudos, cotidianos y físicos, todos esos sistemas de micropoder esencialmente inigualitarios y disimétricos que constituyen las disciplinas. Y si, de una manera formal, el régimen representativo permite que directa o indirectamente, con o sin enlaces, la voluntad de todos forme la instancia fundamental de la soberanía, las disciplinas dan, en la base, garantía de la sumisión de las fuerzas y de los cuerpos. Las disciplinas reales y corporales han constituido el subsuelo de las libertades formales y jurídicas. El contrato podía bien ser imaginado como fundamento ideal del derecho y del poder político; el panoptismo constituía el procedimiento técnico, universalmente difundido, de la coerción. No ha cesado de trabajar en profundidad las estructuras jurídicas de la sociedad para hacer funcionar los mecanismos efectivos del poder en oposición a los marcos formales que se había procurado. Las Luces, que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas.

En apariencia, las disciplinas no constituyen otra cosa más que un infraderecho. Parecen prolongar hasta el nivel infinitesimal de las existencias singulares, las formas generales definidas por el derecho; o también aparecen como maneras de aprendizaje que permite a los individuos integrarse a estas exigencias generales. Constituirían el mismo tipo de derecho cambiándolo de escala y haciéndolo con ello más minucioso y, sin duda, más indulgente. Es preciso más bien ver en las disciplinas una especie de contraderecho. Desempeñan el papel preciso de introducir unas disimetrías insuperables y de excluir reciprocidades. En primer lugar, porque la disciplina crea entre los individuos un vínculo "privado", que es una relación de coacciones enteramente diferentes de la obligación contractual; la aceptación de una disciplina puede ser suscrita por vía de contrato; la manera en que está impuesta, los mecanismos que pone en juego, la subordinación no reversible de los unos respecto de los otros, el "exceso de poder" que está siempre fijado del mismo lado, la desigualdad de posición de los diferentes "miembros" respecto del reglamento común oponen el vínculo disciplinario y el vínculo contractual, y permite falsear sistemáticamente este a partir del momento en que tiene por contenido un mecanismo de disciplina. Sabido es, por ejemplo, cuántos procedimientos reales influyen en la ficción jurídica del contrato de trabajo: la disciplina de taller no es el menos importante. Además, en tanto que los sistemas jurídicos califican a los sujetos de derecho según, unas normas universales, las disciplinas caracterizan, clasifican, especializan; distribuyen a lo largo de una escala, reparten en torno de una norma, jerarquizan a los individuos a los unos en relación con los otros, y en el límite descalifican e invalidan. De todos modos, en el espacio y durante el tiempo en que ejercen su control y hacen jugar las disimetrías de su poder, efectúan una suspensión, jamás total, pero jamás anulada tampoco, del derecho. Por regular e institucional que sea, la disciplina, en su mecanismo, es un "contraderecho". Y si el juridismo universal de la sociedad moderna parece fijar los límites al ejercicio de los poderes, su panoptismo difundido por doquier hace funcionar, a contrapelo del derecho, una maquinaria inmensa y minúscula a la vez que sostiene, refuerza, multiplica la disimetría de los poderes y vuelve vanos los límites que se le han trazado. Las disciplinas ínfimas, los panoptismos de todos los días pueden muy bien estar por bajo del nivel de emergencia de los grandes aparatos y de las grandes luchas políticas. Han sido, en la genealogía de la sociedad moderna, con la dominación de clase que la atraviesa, la contrapartida política de las normas jurídicas según las cuales se redistribuía el poder. De ahí sin duda la importancia que se atribuye desde hace tanto tiempo a los pequeños procedimientos de la disciplina, a esos ardides de poca monta que ha inventado, o también a los conocimientos que le dan un aspecto confesable; de ahí el temor de deshacerse de las disciplinas si no se les encuentra sustituto; de ahí la afirmación de que se hallan en el fundamento mismo de la sociedad y de su equilibrio, cuando son una serie de mecanismos para desequilibrar definitivamente y en todas partes las relaciones de poder; de ahí el hecho de



que se obstinen en hacerlas pasar por la forma humilde pero completa de toda moral, cuando son un haz de técnicas físico-políticas.

Y para volver al problema de los castigos legales, la prisión, con toda la tecnología correctiva de que va acompañada, hay que colocarla ahí: en el punto en que se realiza la torsión del poder codificado de castigar, en un poder disciplinario de vigilar; en el punto en que los castigos universales de las leyes vienen a aplicarse selectivamente a ciertos individuos y siempre a los mismos; hasta el punto en que la recalificación del sujeto de derecho por la pena se vuelve educación útil del criminal; hasta el punto en que el derecho se invierte y pasa al exterior de sí mismo, y en que el contraderecho se vuelve el contenido efectivo e institucionalizado de las formas jurídicas. Lo que generaliza entonces el poder de castigar no es la conciencia universal de la ley en cada uno de los sujetos de derecho, es la extensión regular, es la trama infinitamente tupida de los procedimientos panópticos.

3) Tomados uno a uno, la mayoría de estos procedimientos tienen una larga historia tras ellos. Pero el punto de la novedad, en el siglo XVIII es que componiéndose y generalizándose, alcanzan el nivel a partir del cual formación de saber y aumento de poder se refuerzan regularmente según un proceso circular. Las disciplinas franquean entonces el umbral "tecnológico". El hospital primero, después la escuela y más tarde aún el taller no han sido simplemente "puesto en orden" por las disciplinas; han llegado a ser, gracias a ellas, unos aparatos tales que todo mecanismo de objetivación puede valer como instrumento de sometimiento, y todo aumento de poder da lugar a unos conocimientos posibles; a partir de este vínculo, propio de los sistemas tecnológicos, es como han podido formarse en el elemento disciplinario la medicina clínica, la psiquiatría, la psicología del niño, la psicopedagogía, la racionalización del trabajo. Doble proceso, por lo tanto: desbloqueo epistemológico a partir de un afinamiento de las relaciones de poder; multiplicación de los efectos de poder gracias a la formación y a la acumulación de conocimientos nuevos.

La extensión de los métodos disciplinarios se inscribe en un proceso histórico amplio: el desarrollo casi por la misma época de no pocas otras tecnologías –agronómicas, industriales, económicas. Pero hay que reconocerlo: al lado de las industrias mineras, de la química naciente, de los métodos de la contabilidad nacional, al lado de los altos hornos o de la máquina de vapor, el panoptismo ha sido poco celebrado. Apenas si se reconoce en él otra cosa que una curiosa pequeña utopía, el sueño de una perversidad, algo así como si Bentham hubiese sido el Fourier de una sociedad policial, cuyo Falansterio hubiera adoptado la forma del Panóptico. Y sin embargo, se tenía en él la fórmula abstracta de una tecnología muy real, la de los individuos. Que haya habido para ella pocas alabanzas, tiene muchos motivos; el más evidente es que los discursos a que ha dado lugar han adquirido rara vez, excepto para las clasificaciones académicas, el estatuto de ciencias; pero el más real es sin duda que el poder que utiliza y que permite aumentar es un poder directo y físico que los hombres ejercen los unos sobre los otros. Para un punto de llegada sin gloria, es un origen difícil de confesar. Pero sería injusto confrontar los procedimientos disciplinarios con inventos como la máquina de vapor o el microscopio de Amici. Son mucho menos; y sin embargo, en cierto modo, son mucho más. Si hubiera que encontrarles un equivalente histórico o al menos un punto de comparación, sería más bien del lado de la técnica inquisitorial.

El siglo XVIII inventó las técnicas de la disciplina y del examen, un poco sin duda como la Edad Media inventó la investigación judicial. Pero por caminos completamente distintos. El procedimiento de investigación, vieja técnica fiscal y administrativa, se había desarrollado sobre todo con la reorganización de la Iglesia y el incremento de los Estados regidos por príncipes en los siglos XII y XIII. Entonces fue cuando penetró con la amplitud que conocemos en la jurisprudencia de los tribunales eclesiásticos, y después en los tribunales laicos. La investigación como búsqueda autoritaria de una verdad comprobada o atestiguada se oponía así a los antiguos procedimientos del juramento, de la ordalía, del duelo judicial, del juicio de Dios o también de la transacción entre particulares. La investigación era el poder soberano arrogándose el derecho de establecer la verdad por medio de cierto número de técnicas reguladas. Ahora bien, si la investigación, desde ese momento, formó cuerpo con la justicia occidental (y hasta nuestros días), no hay que olvidar ni su origen político, su vínculo con el nacimiento de los Estados y de la soberanía monárquica, ni tampoco su desviación ulterior y su papel en la formación del saber. La investigación, en efecto, ha sido la pieza rudimentaria, sin duda, pero fundamental para la constitución de las ciencias empíricas; ha sido la matriz jurídico-política de este saber experimental, del cual se sabe bien que fue, muy rápidamente desbloqueado a fines de la Edad Media. Es quizá cierto que las matemáticas, en Grecia, nacieron de las técnicas de la medida; las ciencias de la naturaleza, en todo caso, nacieron por una parte, a fines de la Edad Media, de las prácticas de la investigación. El gran conocimiento empírico que ha recubierto las cosas del mundo y las ha transcrito en la ordenación de un discurso

indefinido que comprueba, describe y establece los "hechos" (y esto en el momento en que el mundo occidental comenzaba la conquista económica y política de ese mismo mundo) tiene sin duda su modelo operatorio en la Inquisición –esa inmensa invención que nuestra benignidad reciente ha colocado en la sombra de nuestra memoria. Ahora bien, lo que esa investigación político-jurídica, administrativa y criminal, religiosa y laica fue para las ciencias de la naturaleza, el análisis disciplinario lo ha sido para las ciencias del hombre. Estas ciencias con las que nuestra "humanidad" se encanta desde hace más de un siglo tienen su matriz técnica en la minucia reparona y aviesa de las disciplinas y de sus investigaciones. Éstas son quizá a la psicología, a la psiquiatría, a la pedagogía, a la criminología, y a tantos otros extraños conocimientos, lo que el terrible poder de investigación fue al saber tranquilo de los animales, de las plantas o de la tierra. Otro poder, otro saber. En el umbral de la época clásica, Bacon, el hombre de la ley y del Estado, intentó hacer la metodología de la investigación en lo referente a las ciencias empíricas. ¿Qué Gran Vigilante hará el examen, en cuanto a las ciencias humanas? A menos que, precisamente, no sea posible. Porque, si bien es cierto que la investigación, al convertirse en una técnica para las ciencias empíricas, se ha desprendido del procedimiento inquisitorial en que históricamente enraizaba, en cuanto al examen, ha quedado muy cerca del poder disciplinario que lo formó. Es todavía y siempre una pieza intrínseca de las disciplinas. Como es natural, parece haber sufrido una depuración especulativa al integrarse a ciencias como la psiquiatría y la psicología. En efecto, lo vemos, bajo la forma de *tests*, de conversaciones, de interrogatorios, de consultas, rectificar en apariencia los mecanismos de la disciplina: la psicología escolar está encargada de corregir los rigores de la escuela, así como la conversación médica o psiquiátrica está encargada de rectificar los efectos de la disciplina de trabajo. Pero no hay que engañarse; estas técnicas no hacen sino remitir a los individuos de una instancia disciplinaria a otra, y reproducen, en una forma concentrada o formalizada, el esquema de poder-saber propio de toda disciplina.<sup>29</sup> La gran investigación que ha dado lugar a las ciencias de la naturaleza se ha separado de su modelo político-jurídico; el examen en cambio signe inserto en la tecnología disciplinaria.

El procedimiento de investigación en la Edad Media se ha impuesto a la vieja justicia acusatoria, pero por un proceso venido de arriba; en cuanto a la técnica disciplinaria, ha invadido, insidiosamente y como por abajo, una justicia penal que es todavía, en su principio, inquisitoria. Todos los grandes movimientos de desviación que caracterizan la penalidad moderna –problematización del criminal detrás de su crimen, la preocupación por un castigo que sea una corrección, una terapéutica, una normalización, la división del acto de juzgar entre diversas instancias que se suponen medir, apreciar, diagnosticar, curar, transformar a los individuos–, esto revela la penetración del examen disciplinario en la inquisición judicial.

Lo que en adelante se impone a la justicia penal como su punto de aplicación, su objeto "útil", no será ya el cuerpo del culpable alzado contra el cuerpo del rey; no será tampoco el sujeto de derecho de un contrato ideal; sino realmente el individuo disciplinario. El punto extremo de la justicia penal bajo el Antiguo Régimen era el troceado infinito del cuerpo del regicida: manifestación del poder más fuerte sobre el cuerpo del criminal más grande, cuya destrucción total hace manifestarse el crimen en su verdad. El punto ideal de la penalidad hoy día sería la disciplina indefinida: un interrogatorio que no tuviera término, una investigación que se prolongara sin límite en una observación minuciosa y cada vez más analítica, un juicio que fuese al mismo tiempo la constitución de un expediente jamás cerrado, la benignidad calculada de una pena que estaría entrelazada a la curiosidad encarnizada de un examen, un procedimiento que fuera a la vez la medida permanente de una desviación respecto de una norma inaccesible y el movimiento asintótico que obliga a coincidir con ella en el infinito. El suplicio da fin lógicamente a un procedimiento impuesto por la Inquisición. El sometimiento a "observación" prolonga naturalmente una justicia invadida por los métodos disciplinarios y los procedimientos de examen. ¿Puede extrañar que la prisión celular con sus cronologías ritmadas, su trabajo obligatorio, sus instancias de vigilancia y de notación, con sus maestros de normalidad, que relevan y multiplican las funciones del juez, se haya convertido en el instrumento moderno de la penalidad? ¿Puede extrañar que la prisión se asemeje a las fábricas, a las escuelas, a los cuarteles, a los hospitales, todos los cuales se asemejan a las prisiones?

#### Notas

1) Archives militaires de Vincennes, A 1 516 91 sc. Documento. Este reglamento es semejante, en cuanto a lo esencial, a toda una serie de otros de la misma época o de un periodo anterior.

2) J. Bentham, *Panopticon, Works*, ed. Bowring. t. iv, pp., 60-64. Cf. lám. 17.

- 3) En el *Postscript to the Panopticon*, 1791, Bentham agrega unas galerías oscuras pintadas de negro que dan la vuelta al pabellón de vigilancia, cada una de las cuales permite observar dos pisos de celdas.
- 4) Cf. lám. 17. Bentham en su primera versión del Panóptico había imaginado también una vigilancia acústica, por medio de tubos que unían la celda a la torre central. Abandonó esta idea en el *Postscript*, quizá porque no podía introducir asimetría e impedir a los presos oír al vigilante tan bien como el vigilante los oía a ellos. Julius probó a desarrollar un sistema de escucha asimétrico (*Leçons sur les prisons*, trad. francesa, 1831, p. 18).
- 5) J. Bentham, *Panopticon*, *Works*, t. Iv, p. 45.
- 6) G. I. Oisel, *Histoire des ménageries*, 1912, II, pp. 104-107. Cf. lám. 14.
- 7) *Ibid.*, pp. 60-64.
- 8) J. Bentham, *Panopticon versus New South Wales*. *Works*, ed. Bowring, t. IV, p. 177.
- 9) *Ibid.*, p. 40. Si Bentham ha puesto en evidencia el ejemplo de la penitenciaría, es porque en ésta se ejercen funciones múltiples (vigilancia, control automático, confinamiento, soledad, trabajo forzado, instrucción).
- 10) *Ibid.*, p. 65.
- 11) *Ibid.*, p. 89.
- 12) El imaginar esta corriente continua de visitantes penetrando por un subterráneo hasta la torre central, y observando desde allí la vista circular del Panóptico, hace suponer que Bentham conocía los Panoramas que Barker construía exactamente por el mismo tiempo (el primero parece ser de 1787), y en los cuales los visitantes, ocupando el lugar central, velan desarrollarse en torno suyo un paisaje, una ciudad, una batalla. Los visitantes ocupaban exactamente el lugar de la mirada soberana.
- 13) Ch. Demia, *Règlement pour les écoles de la ville de Lyon*, 1716, pp. 60-61.
- 14) Informe de Talleyrand a la Constituyente, 10 de septiembre de 1791. Citado por A. León, *La Révolution française et l'éducation technique*, 1968, p. 106.
- 15) Ch. Demia, *Règlement pour les écoles de la ville de Lyon*, 1716, pp. 39-40.
- 16) En la segunda mitad del siglo XVIII, se soñó mucho en utilizar al ejército como instancia de vigilancia y de rastreado general que permitiera vigilar a la población. El ejército, por disciplinar todavía en el siglo XVII, está concebido "disciplinante". Cf. p. ej. J. Servan, *Le soldat citoyen*, 1780.
- 17) Arsenal, ms. 2565. Bajo esta signatura, se encuentran numerosos reglamentos para las compañías de caridad de los siglos XVII y XVIII.
- 18) Cf. L. Radzinovitz, *The English criminal law*, 1956, t. II pp. 203-214.
- 19) Nota de Duval, primer secretario de la tenencia de policía, citada por Funck-Brentano, *Catalogue des manuscrits de la bibliothèque de l'Arsenal*, t. IX, p. 1.
- 20) N. T. Des Essarts, *Dictionnaire universel de police*, 1787, pp. 344, 528.
- 21) Le Maire en una memoria redactada a petición de Sartine, para responder a 16 preguntas de José II sobre la política parisiense. Esta memoria fue publicada por Gazier en 1879.
- 22) Suplemento a la *Instruction pour la rédaction d'un nouveau code*, 1769, § 535.
- 23) N. Delamare, *Traité de la police*, 1705, prefacio no foliado.
- 24) Sobre los registros de policía en el siglo XVIII, podemos remitirnos a M. Chassaingne, *La Lieutenance générale de police*, 1906.
- 25) E. de Vattel, *Le droit des gens*, 1768, p. 162.
- 26) N. H. Julius *Leçons sur les prisons*, trad. francesa, 1831, 1, pp. 384-386.

27) J. B. Treilhard, *Motifs du code d'instruction criminelle*, 1808, p. 14.

28) Cf. K. Marx, *El capital*, libro 1, sección 4ª, cap. XI. Y el muy interesante análisis de F. Guerry y D. Deleule, *Le corps productif*, 1973.

29) Cf. a este propósito, Michel Tort, *Q. I.*, 1974.

<sup>(6)</sup>A. Rogers (1998, junio). Los espacios y el multiculturalismo de la ciudadanía. *Revista internacional de ciencias sociales*, 156.

#### Los espacios del multiculturalismo y de la ciudadanía

Alisdair Rogers

#### Introducción: geografía y ciudadanía

El proyecto de la UNESCO "Políticas Culturales y Modos de Ciudadanía en las Ciudades Europeas" (MPMC), enmarcado en el Programa MOST, pretende contribuir a la comprensión de las relaciones entre ciudadanía, inmigración y política local. Su fundamento teórico y su estructura se describen en el artículo de Vertovec de este mismo número. Dicho brevemente, la presencia de cinco millones de ciudadanos de la Comunidad Europea residentes fuera de sus países de origen sobre un total de diez millones de personas no pertenecientes a la Comunidad Europea pero que viven en ella, junto a la existencia de una segunda y tercera generación de antiguos inmigrantes plantea graves cuestiones sobre las relaciones entre derechos políticos, legales, sociales y económicos por un lado y, por el otro, hace que se multipliquen las nociones de pertenencia cultural. La interdisciplinariedad es un requisito esencial para comprender estas relaciones y entre las múltiples bases disciplinarias en que se asienta el MPMC se encuentra la Geografía. El propósito de este artículo es sacar a la luz algunos de los principales temas geográficos relevantes para la investigación del multiculturalismo y de la ciudadanía en las ciudades europeas.

El punto de partida para la investigación de las relaciones entre ciudadanía y Geografía es que un ciudadano siempre puede considerarse ciudadano de "alguna parte". Los derechos formales asociados a la ciudadanía en general se asocian, salvando algunas excepciones, a ciertos territorios o lugares. El ejercicio real de estos derechos también va asociado a lugares concretos, que empiezan en el ágora de las ciudades-estado griegas y llegan a los múltiples espacios públicos de una sociedad industrial urbana. Además, la diferencia social comúnmente se entiende, se construye y se representa como una diferencia espacial, y viceversa. La ciudadanía se basa en sentimientos de pertinencia cultural y social o de pertenencia a una comunidad, sentimientos que se hallan a menudo aparejados con conceptos de "dentro" y "fuera" o "cerca" y "lejos" que implican la existencia de conjuntos de fronteras territoriales. Pero los aspectos geográficos de la ciudadanía han recibido mucho menos atención que sus bases históricas. Por ejemplo, históricamente se distinguieron las tres dimensiones de la ciudadanía propuestas por T.H. Marshall (civil, política, social) entre los siglos XVIII y XX, según la experiencia de la sociedad en que vivió, la británica, sociedad que experimentó muchos cambios en los últimos doscientos años por lo que a su territorio político se refiere. Pero esta dimensión territorial se daba por supuesta y la cuestión del espacio quedó relegada a un segundo plano.

En lo que va de finales del siglo XIX a principios del XX el concepto de ciudadanía constituía una preocupación explícita en el pensamiento geográfico de la época. Esta preocupación adoptó diversas formas, poniendo en cuestión y examinando, por ejemplo, la ciudadanía imperial, la ciudadanía internacional, la armonía y unidad entre las esferas locales y nacionales, la base regional de la comunidad política y las asociaciones que se hacían entre ciudadanía y territorios nacionales. Aquellos geógrafos intentaron responder a las preguntas acerca de dónde pertenecía realmente la gente o cuál era su lugar en el mundo, ya que el propósito declarado de la educación geográfica también era hacer mejores ciudadanos. ¿Qué mejor para infundir un sentido de pertenencia y lealtad territorial que hacerlo a través de la Geografía? ¿O qué mejor que recurrir a la Geografía para crear un sentido de superioridad de algunas partes del mundo sobre otras? Sin embargo, este enfoque tan explícito quedó parcialmente relegado durante los decenios centrales del siglo XX y no se recuperado hasta hace poco tiempo.

Más o menos a lo largo del último decenio ha habido una reafirmación del papel que juega el espacio en la teoría social y cabe preguntarnos si al estudiar y analizar el espacio contribuirá a nuestra comprensión de la ciudadanía y, por extensión, del multiculturalismo. Este artículo analiza el trabajo, llevado a cabo por geógrafos de habla inglesa principalmente, centrado alrededor de cuatro temas especialmente seleccionados: escala; flujos y redes; espacio; diferencia y lugar. A pesar de que el MPMC se centra en ciudades europeas, este artículo también utiliza ejemplos de América del

Norte y Canadá, donde las medidas políticas de signo multicultural han estado en vigor durante más tiempo que en Europa.

### Las escalas del territorio y la ciudadanía

El primer conjunto de cuestiones que se plantean tiene que ver con la escala. La investigación científica social, incluido el MPMC, suele conducirse a una escala o en un ámbito prefijado, tal como podrían ser una comunidad, una ciudad o una nación. Suele darse por sentado que la escala de la investigación forma parte de una jerarquía consolidada de niveles que configura un marco o contexto. Raramente los procesos sociales, económicos y políticos mediante los cuales se genera, se construye o se impugna la escala entran a formar parte del debate. La teoría política en particular puede a menudo caer en lo que John Agnew (1994) denomina "trampa territorial", que tiende a pasar por alto la naturaleza histórica y contextual de la organización territorial. Pero a finales de los noventa la Unión Europea se halla inmersa en una reestructuración generalizada de la escala a la cual los científicos sociales convendría que prestaran atención.

El punto de mira del MPMC se sitúa sobre la ciudad europea y la noción de ciudadanía local. Por razones comprensibles, los debates sobre ciudadanía e inmigración han tendido a asociarse a ámbitos nacionales o estatales, si bien en los últimos años se ha producido un desplazamiento cada vez mayor de este punto de vista hacia cuestiones relacionadas con la ciudad y la ciudadanía. En 1996, por ejemplo, algunas revistas publicaron diversos números monográficos de ciencias sociales dedicados a este tema -*Public Culture*, *Urban Studies*, *Innovation* e *International Journal of Urban and Regional Research*. Los motivos para asociar ciudades con ciudadanía son múltiples. Para empezar, cualquier recuperación del interés filosófico por la ciudadanía se verá abocada a regresar a los precedentes de la ciudad-estado griega. En segundo lugar, con la recomposición del territorio y de la política que Europa especialmente está sufriendo, existe el sentimiento de que ni la nación-estado ni el cuasi-estado supranacional bastan para agotar las posibilidades de la ciudadanía. Holston y Appadurai (1996), por ejemplo, llegan a la ciudad a través de la discusión sobre el debilitamiento del estado nacional bajo las presiones de la globalización: "la nación puede mantener el envoltorio de la ciudadanía, pero la substancia ha cambiado hasta tal punto o al menos ha puesto en cuestión tantas cosas que las morfologías sociales emergentes resultan radicalmente extrañas y fuerzan una reconsideración de los principios básicos de pertenencia" (ibíd., 188).

En tercer lugar, los actuales debates sobre ciudadanía plantean cuestiones sobre la relación entre la pertenencia a alguna forma de comunidad por una parte, y los aspectos formales del concepto de ciudadanía por otra, siendo las ciudades los lugares donde se plantean las cuestiones más profundas sobre pertenencia e identidad. Es en la escala urbana que la noción de comunidad y de cultura compartida como base de la ciudadanía se hace especialmente problemática, ya que es aquí donde las formulaciones liberales se enfrentan a su más grave reto, planteado por parte de las formulaciones de ciudadanía comunitarias, neorepublicanas y de políticas de identidad. Es en la ciudad donde se hacen evidentes al máximo las contradicciones entre los conceptos de ciudadanía universales y otros conceptos de ciudadanía más diferenciados.

Por último, al considerar la sustancia más que la forma de la ciudadanía aparecen variaciones locales muy significativas. Tal como García (1996, 9) lo formula, la importancia del análisis urbano radica en "comprender las distintas respuestas y modos de adaptación a los nuevos retos de la ciudadanía en el ámbito de los estados nacionales". Ello viene confirmado por los tipos de análisis llevados a cabo por el programa COST de la Comisión Europea sobre Multiculturalismo e Integración Política en las Ciudades Europeas (véanse, por ejemplo, Rex y Samad, 1996). Es por este motivo también que el MPMC ha decidido concentrarse en la escala urbana local más que en el ámbito nacional. Los gobiernos municipales probablemente han sabido responder mejor a las demandas y necesidades de los inmigrantes y de las minorías étnicas que los gobiernos nacionales.

Una conclusión que se deriva de estos estudios podría ser que las ciudades "cuestionan las naciones, se distancian de ellas e incluso llegan a reemplazarlas como espacio crucial de la ciudadanía -en su calidad de espacio vivido no sólo por lo que a sus incertidumbres se refiere sino también a sus modos emergentes" (Holston y Appadurai, 1996, 189). Pero todo ello debe ser examinado críticamente, ya que podría ocultar un conjunto de asunciones que caerían bajo el epígrafe de aquello que Agnew (1994) denominaba la "trampa territorial".

### La trampa territorial

A pesar de que esta idea se desarrolló en un principio en relación a la teoría política y a las relaciones internacionales, resulta igualmente aplicable a la Geografía y a la Sociología. La trampa está compuesta de tres elementos: en primer lugar, los territorios de los estados se ven cosificados como unidades fijas y absolutas del espacio soberano, escamoteando de este modo la historia y la geografía de la formación de los estados. Como consecuencia, la identidad política se concibe exclusivamente en términos de estado territorial, estableciendo una asociación entre ciudadanía, nacionalidad y territorio. En segundo lugar las relaciones internas o domésticas se consideran separadamente de las relaciones externas o extranjeras, ocultando por lo tanto las interacciones entre ellas. En tercer y último lugar el estado territorial se considera como un continente preexistente de la sociedad, de modo que las relaciones sociales se conceptualizan y examinan dentro de sus límites espaciales prefijados.

Estas suposiciones no han dejado de ser cuestionadas, en especial por estudios sobre la inmigración y las comunidades migratorias, y existen además motivos suficientemente poderosos como para cuestionar estas suposiciones en la Europa Occidental de los años noventa. La aparición de un marco supranacional que incluye, entre otros, la Unión Europea, los países del grupo de Schengen y la asociación económica europea representa un factor de apertura del poder político, de la responsabilidad democrática y de los deberes ciudadanos. Otro factor lo constituiría el desarrollo de autoridades regionales fuertes y de alianzas entre individuos, a la vez que las diversas fuerzas de globalización a menudo han sido contempladas como reto a la integridad e incluso a la existencia del estado-nación. Muchos teóricos políticos han reconocido estos cambios, entre ellos Samuel Huntington (1993), quien habla del "choque de civilizaciones", por el cual las principales fuerzas geopolíticas convergen hacia grandes regiones culturales tales como el mundo occidental o el mundo islámico. Soysal (1994) abre un debate sobre la transformación de la situación de la ciudadanía en una forma "posnacional" como resultado de una expansión desterritorializada de los derechos. Otros hablan de "un nuevo medievalismo" dentro del cual el actual sistema de estados soberanos que se remonta al Tratado de Westfalia está dando paso a las formas de soberanía verticalmente disjuntas y superpuestas que caracterizaron la Europa premoderna (véase Anderson, 1996). Debe señalarse que el complejo sistema de soberanía, poder y lealtad propio de la Europa medieval reservaba un papel preeminente para la religión instituida, la cual muchos consideran que vuelve a representar una amenaza para la nación estado. Y, tal como hemos visto, todavía hay otros que consideran que la ciudad es la clave del espacio de ciudadanía del futuro.

A pesar de que puede haber elementos ciertos y muy importantes en todos estos diagnósticos, deben considerarse con precaución a la luz de la trampa territorial. Si estos argumentos se basan en la idea de que ciertos procesos sociales, culturales o políticos simplemente suben o bajan de nivel dentro de una jerarquía consolidada de rangos, entonces pasan por alto los modos en que esta escala se produce desde el punto de vista social, cultural y político. Además, dejan de lado los procesos que puedan interactuar entre escalas o que puedan dar lugar a escalas nuevas. Anderson (ibíd., 151) compara, contrastándolas, dos metáforas: por una lado la metáfora de una escalera de mano en la que los procesos se mueven ordenadamente por los peldaños arriba y abajo; por otro, la metáfora de un patio de recreo donde los jugadores pueden moverse por todas partes más libremente y de un modo menos prefijado, no solamente hacia arriba y hacia abajo, y donde además pueden hacerlo de lado, en diagonal o saltándose algunos peldaños. El conjunto de derechos y obligaciones asociados con la ciudadanía no se mueve simplemente hacia arriba o hacia abajo o en los dos sentidos al mismo tiempo. El complejo proceso de despliegue de la Unión Europea contemporánea no se puede aprehender solamente desde el sistema ya antiguo de escalas geográficas, porque los procesos que producen estas escalas se hallan a su vez sujetos a cambios.

De ahí se deduce que no podemos hablar del final o de la muerte del estado-nación sólo porque se hayan producido algunos cambios en los elementos que tradicionalmente van asociados con este concepto. Tal como Soysal apunta (1994,157), los derechos asociados con un tipo de ciudadanía posnacional se hallan no obstante organizados a nivel nacional, mientras que la organización supranacional a menudo es más una cuestión de alianzas intergubernamentales. No parece cierto, tal como defienden Holston y Appadurai, que la ciudad se limite a reemplazar la nación-estado, al reproducir este argumento la trampa territorial a una escala más pequeña. Tampoco Huntington tiene razón cuando afirma que la geopolítica se está dirimiendo en el ámbito de las superregiones culturales. Ambos argumentos se quedan constreñidos dentro de una lógica espacial prefijada que, habiendo detectado un cierto grado de debilitamiento de la soberanía política o geopolítica o de poder geopolítico en una escala, sugiere que también debe encontrarse, consecuentemente, en otra escala.

Con respecto al MPMC no puede darse por supuesto que la ciudad constituya necesariamente una escala de análisis significativa ni que el concepto de ciudad como

nivel pueda darse por sentado, sino que debe situarse en un contexto que incluya la idea de jerarquía y que a la vez sea sensible a las posibilidades surgidas de nuevos procesos de producción de escalas. Un ejemplo de ello es la aparición de nuevas formas y nuevos territorios de gobierno en respuesta a los cambios demográficos y económicos. Muchas ciudades europeas han discutido los méritos relativos del gobierno metropolitano unitario en contraste con las formas de gobierno a doble nivel, como por ejemplo Barcelona, Rotterdam y Copenhague. Mientras que algunas áreas metropolitanas han adoptado una forma polinuclear, en otras partes se han unido ciudades separadas para formar regiones urbanas, por ejemplo el Randstad Netherlands, las ciudades del lago de Ginebra y las ciudades Lombardas. En general, las unidades de gobierno local existentes son demasiado pequeñas para coordinar acciones que afecten a grandes regiones urbanas. Aún y así existe el peligro muy real de que la creación de jurisdicciones más extensas dejará a los inmigrantes y a las comunidades étnicas en una posición todavía más disminuida.

Otro ejemplo es la proliferación de microterritorios en los cuales ciertos derechos o poderes políticos se encuentran o bien en suspenso o bien readaptados de otras escalas. En el Reino Unido estos casos comprenden, por ejemplo, las corporaciones de desarrollo urbano, unas instituciones cuasipúblicas donde la autoridad gubernamental local quedó suspendida en favor de una junta designada por el gobierno central. En los Estados Unidos, los distritos de mejora comercial y las comunidades residenciales protegidas también se hacen con parte de los poderes asociados a niveles de gobierno más amplios y más establecidos. Se ha llegado a saber incluso que Detroit consideraba la posibilidad de crear una reserva india en el centro de la ciudad con la esperanza de que permitiendo el juego en este lugar se reactivaría la economía (*The Guardian*, 30 de Mayo de 1995). Tanto la controversia como la democracia pueden organizarse por parte del estado a través de la gestión de escala y no resulta obvio en ningún sentido que la descentralización y la atomización en unidades menores conlleve un mayor grado de democracia. En el caso del barrio londinense de Tower Hamlets, por ejemplo, la descentralización de la gestión de la vivienda pública para cederla a las comunidades de vecinos alimentó las tensiones entre las comunidades blanca y de inmigrantes procedentes de Bangladesh.

A pesar de que existen buenos argumentos tanto a favor de las unidades de gobierno grandes como en defensa de las pequeñas, no existe un grado de comprensión sistemática apreciable del modo en que las escalas territoriales de gobierno urbano favorecen o entorpecen la participación política de los inmigrantes y de las minorías étnicas. Tampoco se sabe mucho de cómo la reorganización espacial del gobierno condiciona estas posibilidades. Deberían incluirse algunas indicaciones acerca de cómo las instituciones locales o municipales encajan en las jerarquías nacionales e internacionales, porque la fijación de fronteras siempre constituye un acto político y es debido a ello que puede servir tanto para integrar a los actores políticos como para excluirlos o marginalizarlos. En toda Europa ha proliferado una amplia gama de instituciones fundadas pensando en la participación política de los inmigrantes y de los extranjeros (véase el artículo de Vertovec en este número). Entre ellas figuran por ejemplo los Consejos Consultivos regionales en Bélgica y los Consejos Municipales de Relaciones Comunitarias en el Reino Unido. A escala europea existen organizaciones tales como SOS Racismo que ha crecido desde escalas locales hasta escalas transnacionales pasando antes por las escalas nacionales, o como la Comisión de Iglesias para Migrantes de Europa. Estas instituciones y otras similares se hallan involucradas en un proceso de cuestionamiento y de reconstrucción de escalas de participación política. En algunos casos, por ejemplo los Consejos Consultores para Extranjeros alemanes, la gestión de los que carecen de condición de ciudadanos se lleva a cabo a escala urbana. En otros casos los migrantes y los extranjeros han sido capaces de establecerse a un nivel más cercano al nivel nacional. Uno de los objetivos del MPMC puede ser el de explorar más a fondo estas políticas de escala, no aceptando el nivel urbano sin más y analizando de qué modo los grupos de inmigrantes han participado en la construcción de las escalas de representación. Mediante un análisis comparativo de un gran número de ciudades será posible observar cómo influyen las distintas geografías políticas metropolitanas y sus sistemas de administración territorial.

### Redes y flujos

Los conceptos de escala y de territorio constituyen un elemento de la imaginación geopolítica, y otro distinto lo constituyen las ideas de redes y flujos. Existen buenas razones para argumentar que la Europa de los noventa se halla en un periodo decisivo de reestructuración territorial, del mismo modo que hay argumentos para creer en la existencia de un cambio en las relaciones entre lugares y redes. Tanto los migrantes como las redes de migrantes transnacionales constituyen elementos cada vez más importantes de esta situación. Entre los teóricos más importantes sobre las nuevas redes se halla Manuel Castells, el cual arguye que, dentro de un modo de producción capitalista, el modelo industrial de desarrollo está cediendo su lugar a un modelo

informativa (Castells, 1996). Al referirse más específicamente a las ciudades europeas, Castells (1994) ha realizado algunas observaciones juiciosas, alcanzando algunas conclusiones generales sobre la sociedad informativa. La revolución informativa "permite el proceso simultáneo de centralización de mensajes y de descentralización de su recepción" (ibíd., 20), lo cual crea un "espacio asimétrico de flujos de comunicación" entre la aldea global por un lado y, por el otro, aquellos lugares y pueblos que no se hallan conectados a las redes globales. Respecto a la ciudad, Castells arguye que flujos de información, capital y poder están ganando preeminencia sobre los ámbitos o territorios del significado. Ello nos lleva a su modo de resumir la ciudad europea, lo cual implica:

...el dualismo urbano fundamental de nuestros días, oponiendo el cosmopolitismo de las élites, que viven en conexión diaria con todo el mundo (funcionalmente, socialmente, culturalmente), al tribalismo de las comunidades locales atrincheradas en sus espacios, que intentan controlar como último bastión contra las macrofuerzas que moldean sus vidas al margen de su voluntad (ibíd., 30).

En otras palabras, la ciudad europea contiene al menos dos circuitos potenciales de multiculturalismo: uno se halla cohesionado por intercambios de comida, música, experiencias, viajes, etc. a escala global, mientras que el otro es más local y apegado al territorio. Los gobiernos locales se hallan precisamente allí donde se articulan estas fuerzas globales y locales.

Actualmente se debate mucho sobre el modo de gobierno urbano y la ciudad *post-Fordiana*. La forma *fordiana* de gobierno local combinó la ubicación de varios productos y servicios con un conjunto relativamente estable de instituciones normalmente estructuradas en algún tipo de esquema jerárquico y territorial. A pesar de que se mantiene la incógnita de si existe algo comparable a un sistema de regulación local estable de tipo postfordiano, ciertos rasgos clave parecen obvios: mayor iniciativa local, elevación del desarrollo económico por encima de la política social y expansión del gobierno en instituciones mixtas que incluyen agentes privados y semipúblicos. Un hilo conductor común a estos fenómenos es la aparición de nuevas formas de cooperación articulada entre agentes locales y entre lugares distintos, consistente en altos niveles de interacción entre las instituciones locales dentro de la conciencia mutua de participar en una empresa común. Dentro de este contexto cobran importancia las cuestiones sociológicas de confianza, reciprocidad y conocimiento compartido entre protagonistas. Según Healey *et al.* (1995,274) ello significa que el poder se halla menos organizado a través de las estructuras políticas jerárquicas del pasado y más "siguiendo alianzas y redes horizontales, creando puntos en común entre la política y la economía, y entre lo público y lo privado".

Estas alianzas son a menudo temporales y se limitan a un solo proyecto. También pueden ser menos formales y estar menos unidas a lugares concretos. Constituyen lo que Según Healey *et al.* denominan "infraestructura relacional". Ello implica no sólo que existe actividad en el ámbito de una red sino también la identificación de "nódulos clave" dentro de estas redes, "lugares donde se pueden identificar y discutir las causas de los problemas comunes así como los objetivos compartidos" (ibíd., 285). Si ello es así, entonces se desprenden ciertas consecuencias para la ciudadanía y la inmigración en las ciudades. En primer lugar, la estructura institucional hacia la cual se canalizan las exigencias de las minorías étnicas y de los inmigrantes se halla sometida a un profundo cambio. Uno de los objetivos del MPMC es descubrir a través de un análisis comparado el modo exacto en que los entramados institucionales existentes condicionan la participación de los migrantes y de las minorías étnicas. Un buen ejemplo de este tipo de estudio se halla en la comparación que realiza Patrick Ireland de la política sobre inmigración en cuatro ciudades de Francia y Suiza (Ireland, 1994), donde analiza estas políticas desde el punto de vista de la "canalización institucional", o efectos de las estructuras institucionales de la sociedad anfitriona sobre la movilización política de los inmigrantes. El marco comparativo del MPMC se presta muy bien a este tipo de enfoque.

El tipo de modelo tipificado por las ciudades estadounidenses a lo largo del siglo XX, el de una sucesión étnica a través de un conjunto de canales institucionales relativamente estables, seguramente está perdiendo importancia. A medida que nuevos grupos de inmigrantes llegan a las ciudades europeas puede que ya no les sea posible adaptarse o llegar a controlar los canales institucionales abiertos por grupos anteriores, es decir, que allí donde existe la ciudadanía, puede que se haya retirado de las jerarquías verticales para pasar a formar parte de entramados horizontales.

En segundo lugar, estos convenios pueden ser más o menos democráticos. Un desplazamiento desde las viejas formas representativas de gobierno hacia formas basadas en la cogestión y en las alianzas pueden abrir mayores posibilidades de participación para los grupos étnicos y de inmigrantes. Precisamente en el momento en que se están



forjando nuevas relaciones de organización quizá la ciudad se está mostrando más receptiva a estas posibilidades. El gobierno participativo probablemente será capaz de acomodar intereses muy distintos precisamente porque se basa más en acuerdos cambiantes y organizaciones montadas para proyectos específicos. Por otra parte, su distanciamiento respecto a las formas de representación plantea nuevos problemas de responsabilidad y de participación en la toma de decisiones. Aquí Healey *et al.* sostienen que cobra una nueva importancia la idea liberal de los derechos del ciudadano. Desde este punto de vista, la ciudadanía consiste menos en el acceso a los bienes sociales y más en el derecho a ser tomado en cuenta en los lugares de encuentro, las alianzas y los nodulos que constituyen el ejercicio del poder.

Incluso en ausencia de inmigración y en presencia de recién llegados y minorías étnicas más asentadas, las ciudades europeas deberán establecer nuevas formas de gobierno, así como nuevas formas de acceder a las decisiones y de responder de ellas. En cierto sentido, por lo tanto, este es el momento oportuno para abrir el debate sobre la cuestión de la participación de los migrantes. Pero también existe la posibilidad de que surjan nuevas formas de exclusión política que, al apoyarse en entramados de naturaleza más temporal y cambiante, sean más difíciles de detectar y de combatir.

## Espacio

Un tercer elemento de la imaginación geográfica lo constituye el espacio. El concepto más obvio del espacio es el de distribución geográfica, es decir, determinar en qué lugar del espacio se encuentran las cosas. Pero una teoría más reciente ha empezado a considerar otros espacios que los puramente materiales o concretos. Precisamente de las ideas de Henri Lefebvre (1991) se colige que existe una tendencia a abrir el espacio para añadir tanto su representación como el modo en que es vivido al ámbito de la práctica espacial. Bajo el título de "la producción social del espacio", muchos geógrafos han intentado demostrar que el espacio material se halla asociado, por una parte, a los espacios conceptualizados de los planificadores, los tecnócratas y los científicos y, por otra, a los espacios de la imaginación, la experiencia y la invención mental de posibilidades y de significados. Más que aspirar a un espacio físico y mental por separado lo que se pretende es hacerlos converger. Por lo tanto, para tomar un ejemplo, las representaciones de espacio en forma de códigos, planos, mapas, etc. es cada vez más importante para comprender la ciudad. Existe una conciencia creciente de los modos en que el vocabulario espacial de metáforas tales como centros, márgenes, localizaciones, entramados, lugares, campos y territorios, etc. se utilizan para ordenar las relaciones sociales de la diferencia. Dos ejemplos de esto son el espacio público y, tal como se verá en la siguiente sección, el espacio multicultural.

### El espacio público

Un tema cada vez más importante dentro del estudio geográfico lo constituyen los espacios públicos de distintos tipos (véanse por ejemplo, Mitchell, 1995; Rudick, 1996). El ágora griega, el foro romano, las plazas y las calles del París revolucionario y de la Comuna, las cafeterías de Londres del siglo XVIII y las plazas monumentales de la Europa nacionalista han jugado todos su papel en la historia de la ciudadanía. Además, la negación de la ciudadanía se suele experimentar más directamente a través de la exclusión de estos espacios, bien en el caso de los esclavos y los menores de edad del ágora, de las mujeres de los lugares públicos en la ciudad del siglo XIX, o de los sin hogar de los distritos visibles de la ciudad del siglo XX. En cierto sentido, el hecho de hallarse oculto equivale a no ser ciudadano. Por la misma regla de tres, ser visible en público es el ejercicio más fuerte de demostración de derechos de ciudadanía, tal como se pudo observar en las multitudes que rodearon la Puerta de Brandeburgo durante la caída del muro de Berlín, las masas en la Plaza Wenceslao de Praga durante la revolución de terciopelo checa o las protestas prolongadas en las calles de Belgrado en 1996. La calle y la plaza pública son espacios construidos políticamente que a veces permiten que ideas y temas se desplacen a otras escalas, bien mediante la fuerza de la acción colectiva, bien a través del fracaso de la autoridad estatal para manejar eficazmente estas escalas.

Los espacios públicos de todo tipo –que actualmente incluyen cada vez más espacios electrónicos– resultan importantes para establecer las bases elementales de la interacción social, dado que constituyen los medios activos para la construcción y el cuestionamiento de nuevas identidades, como sucedió por ejemplo en las manifestaciones callejeras de los jóvenes musulmanes de los años setenta y ochenta. Los espacios públicos son más que meros lugares para el ejercicio de modos predefinidos de ciudadanía, ya que constituyen también la base de la imaginación de nuevas posibilidades de ciudadanía así como los campos en que se construyen las identidades de relación social. La ciudadanía se asocia a menudo con cuestiones de pertenencia cultural y de afiliación a una comunidad, y los espacios públicos son cruciales para establecer la importancia de la identidad étnica porque proporcionan mucho del material a partir

del cual se construyen los juicios de valía y aceptabilidad por parte de las sociedades anfitrionas.

Gran número de escritores han empezado a hablar del declive del espacio público en la ciudad occidental. En la medida en que estos problemas son reales (y muchos se hallan bien arraigados en las ciudades estadounidenses), este proceso influirá en las posibilidades de los inmigrantes y de los grupos étnicos de participar tanto en la ciudad como en la ciudadanía, así como en su posibilidad de influir en las relaciones intergrupales. Entre estos cambios se encuentra, en primer lugar, la privatización del espacio público. Se arguye que los espacios públicos de la ciudad están desapareciendo y que se están fragmentando bajo la proliferación del control privado o comercial. El auge de los centros comerciales, de las plazas privadas, de las ferias especializadas, etc. contribuye a substituir el acceso público por el control privado. Parece comprobado que estos lugares son tratados cada vez más como ámbitos donde debe imperar una cierta "respectabilidad". Un ejemplo perfecto de esto podría ser el centro comercial West Edmonton Mall en Alberta, Canadá, donde no es posible llevar a cabo acciones políticas, tales como arengas y manifestaciones. Dada la importancia de los espacios públicos para la ciudadanía en el pasado, estos cambios deben contemplarse con preocupación.

Un segundo foco es la mercantilización del espacio público: partiendo de la privatización del espacio se halla el aumento del dominio por parte de los valores asociados al dinero. El acceso a los espacios de la ciudad se basa progresivamente en el papel de la gente en cuanto consumidores más que en cuanto ciudadanos. Los espacios públicos en la ciudad han visto renovada su importancia en las prácticas de consumo de las clases medias, que han ido ocupando más y más espacios antiguamente reservados a las clases bajas. París ofrece un excelente ejemplo de este proceso ya que este tipo de espacios pueden alimentar las ansias consumistas de la clase media por lo que se refiere a comidas, acontecimientos y experiencias "étnicas", admitiendo al inmigrante o al extranjero partiendo de la base de que lo que ellos producen debe ser consumido por otros.

El tercer proceso en curso podría denominarse la "militarización" del espacio público. En Los Ángeles, por ejemplo, hay signos de una cierta generalización del estilo militar en el control del espacio ciudadano (Herbert, 1996). Ello incluye: helicópteros de la policía conectados con avanzados sistemas electrónicos de información y de mecanismos de seguimiento informatizados; una conciencia táctica cada vez mayor por parte de las fuerzas policiales por lo que respecta al control social; cámaras de vigilancia; empresas privadas de seguridad; toques de queda restringidos en zonas concretas (por ejemplo, en los barrios magrebíes de París); estilos de construcción y de arquitectura defensivos, etcétera. Naturalmente, la excusa que se da para estos fenómenos suele ser tanto el aumento de la delincuencia como del aumento del miedo a la delincuencia, y en la ciudad multicultural estos conceptos rápidamente toman un cariz racial. Lo que ya no está tan claro es que estos fenómenos se den solamente en los Estados Unidos, puesto que el Reino Unido también ha tenido una larga experiencia con ellos, especialmente en Belfast y otras ciudades de Irlanda del norte, así como en el propio Londres. ¿Sería demasiado imaginativo y alarmista sugerir que el futuro de las ciudades occidentales se halla tanto en su capacidad de gestionar la discrepancia y de controlar el malestar social como en sus ventajas económicas o estrategias culturales? Las pruebas procedentes de Gran Bretaña respecto a estos fenómenos, como pueda ser la extensión de la ley de justicia criminal para regular las reuniones públicas y las protestas, indican que cuantas más leyes se promulgan mayor desorden se genera. Sea como sea, es probable que, de no producirse un incremento súbito de los derechos de ciudadanía y de no aumentar la tolerancia en su forma de ejercerlos, las comunidades étnicas de Europa se hallarán entre aquellas más directamente afectadas por la generalización de la militarización.

La diversidad pública urbana se está experimentando cada vez más a través de imágenes, símbolos y representaciones en vez de hacerlo mediante una interacción social más directa y menos mediatizada. Por lo tanto resulta pertinente que los proyectos de investigación del MPMC incluyan estudios etnográficos de los espacios públicos. Este fue uno de los elementos clave del reciente programa de investigación de la fundación Ford *Changing Relations* [Cambio en las Relaciones] llevado a cabo en las comunidades estadounidenses (Bach, 1993). Este programa incluía investigaciones realizadas en edificios de apartamentos, escuelas, lugares de culto y en calles y plazas a fin de descubrir cómo las actividades cotidianas rutinarias sientan las bases de la interacción entre grupos. Fuera de las estructuras institucionales formales estos espacios públicos constituyen una parte importante de las conexiones entre la ciudadanía y el multiculturalismo.

#### **Diferencia y lugar - la ciudad multicultural**

El cuarto y último tema tiene que ver con la diferencia y el lugar o, dicho de otro modo, con el modo en que se viven y se representan las relaciones sociales de la diferencia a través de las relaciones espaciales, concretamente intentando desplazar la diferencia a alguna otra parte. El ejemplo concreto que a continuación se examina es lo que creemos que debería ser una ciudad multicultural.

Se pueden esbozar cuatro modelos generales de "buena ciudad" que explícitamente hagan referencia al espacio, al lugar y a la diferencia. El concepto de "modelo" se utiliza aquí en el sentido de una posición ideológica-normativa, tal como la caracteriza Inglis (1996). El primer modelo es el de la ciudad de la exclusión o la ciudad dividida, por ejemplo, las ciudades del *apartheid* en el caso extremo o, más cercanas a Europa, ciudades como Nicosia, Beirut o Jerusalén. En estos casos la ciudad segregada se diseña de modo que constituya una réplica perfecta de la sociedad segregada, dentro de la cual las diferencias étnicas o raciales se consideran absolutas, incompatibles y excluyentes. Inglis denomina este fenómeno "política diferencialista", en la cual el conflicto se evita minimizando el contacto entre minorías. En su forma más extrema es incompatible con los valores de una sociedad liberal. El segundo modelo es el de la ciudad de la asimilación, en la cual las diferencias étnicas y raciales se disuelven y hay una segregación residencial que tiende a cero o que es absolutamente aleatoria tal como se expresa en la diagonal de la curva de Lorenz. El progreso hacia la ciudad deseable viene por lo tanto indicado por la disminución de los índices de segregación residencial o de otro tipo. Estos dos modelos proporcionan unas posiciones sólidas, definidas y normativas. Ninguno de estos modelos, no obstante, se toma actualmente en consideración como posibilidad para las ciudades europeas, a pesar de que pueden quedar algunos deseos residuales de asimilación de algunos barrios, como ocurre en Francia. Sin embargo, las alternativas son menos radicales: serían la ciudad multicultural y la ciudad de la diferencia, que son variantes del tercer modelo de multiculturalismo propuesto por Inglis.

La distinción entre la ciudad multicultural y la ciudad de la diferencia se hace más claramente comprensible a través de la obra de una geógrafa australiana, Kay Anderson (1988,1993), cuyo trabajo empieza en Canadá aunque luego se ha extendido a Australia siguiendo las ideas del libro de Edward Said *Orientalism* [Orientalismo], a la luz de las cuales examina el modo en que los conceptos orientalistas de los chinos han estructurado las respuestas de la elite anglosajona canadiense y australiana. Existe una continuidad entre las ideologías propias del siglo XIX de la supremacía blanca y las ideologías de multiculturalismo estatal de finales del siglo XX. A pesar de que en apariencia son muy distintas, todas incluyen una actitud esencialista hacia los chinos. En épocas anteriores se trataba de esencialismo racial, mientras que en tiempos más modernos constituye esencialismo cultural.

Esta idea ha surgido muchas veces bajo formas distintas. Otros han distinguido entre el multiculturalismo corporativo o gestionado por un lado y el multiculturalismo incorporacionista por el otro. El primero se caracteriza porque toma las identidades de grupo como prefijadas e inamovibles y considera que las fronteras sociales que las separan son inalterables. Estas fronteras se establecen desde arriba, a través de las leyes, del gobierno y de la planificación, y pueden contribuir a perpetuar las diversidades étnicas y no tan sólo limitarse a gestionarlas. A menudo incluyen medidas políticas orientadas a los grupos minoritarios mientras dejan la sociedad mayoritaria intocada.

La segunda forma de multiculturalismo concede más margen de maniobra para que las comunidades negocien y establezcan las condiciones de su incorporación, posiblemente reconociendo una naturaleza más relacional o más fluida de la identidad social, a la vez que incorporan medidas políticas que van dirigidas al grueso de la sociedad más que a sus minorías. Lo que tiene de original la versión de Anderson es el papel que le atribuye al propio espacio. La "geografía imaginativa" (en expresión de Said) de un tipo de "orientalismo" intraurbano fija tanto las fronteras espaciales como las sociales. La línea nítida trazada tanto en el suelo de la ciudad como en el mapa que separa el barrio chino del resto de Vancouver es prueba tangible de que la condición de chino es considerada como hecho diferencial. Los códigos espaciales, los planos, mapas y representaciones entran a formar parte de la identificación de la diferencia social, y si la importancia de las diferencias raciales pueden considerarse en entredicho y relativamente borrosas, la demarcación espacial se constituye entonces en poderosa estrategia para dar carta de naturaleza a estas diferencias, perpetuándolas.

Además, a finales del siglo XX los líderes empresariales y cívicos chinos contribuyen activamente a perpetuar este sentido de la diferencia como algo natural. Ya no se trata de una imposición desde arriba sino que los barrios chinos se han constituido en espacios claramente identificables, con un estilo arquitectónico distinto y un paisaje cultural rápidamente reconocible que hacen aumentar los beneficios comerciales. Es con este propósito que las ciudades australianas como Brisbane, Adelaida y Camberra están o bien estableciendo sus barrios chinos o inventándoselos directamente.

En Brisbane los comerciantes chinos se rebelaron contra el intento de la ciudad de imponerles un espacio cultural falseado y poco auténtico. En Melbourne, las pequeñas empresas reaccionaron contra las grandes empresas y las autoridades municipales cuando éstas se aliaron para "orientalizar" el espacio y hacer subir el precio del suelo.

En Vancouver esta historia tuvo un giro inesperado. Igual que en Australia, Canadá ha deseado fervientemente atraer inversiones chinas desde Hong Kong y Taiwan (Mitchell, 1993), y tanto el gobierno federal como el local son plenamente conscientes de que una política multicultural constituye un mecanismo clave para conseguir estas inversiones. En otras palabras, la Ley Multicultural de 1988 estaba dirigida en igual medida a los inversores extranjeros ricos y a los francófonos o amerindios indígenas. Pero existía auténticamente un capital multicultural detrás de la transformación física de la ciudad de Vancouver. El centro se rediseñó con dinero procedente de Hong Kong y los barrios altos y de clase media se vieron alterados por la introducción de las denominadas *monster houses*. Los propietarios de las zonas centrales de la ciudad y los residentes en los barrios anglófonos reaccionaron a estos cambios culpando a los chinos. Un incidente notorio tuvo que ver con los esfuerzos de la comunidad para salvar una secoya que el propietario chino de un solar pretendía talar. En este caso la resistencia tomó forma de salvamento de un paisaje cultural, de un elemento de la herencia anglocanadiense. Un argumento similar se ha utilizado respecto a los esfuerzos por comercializar y despolitizar el distrito de los Ángeles de la Old Plaza. Aquí una cultura chicana artificial dirigida a los turistas ha negado un recurso vital para los numerosos pobres sin hogar, vagabundos e indocumentados de la ciudad. Este episodio ilustra que el multiculturalismo puede venir tanto desde arriba como desde abajo, y es compatible con los intereses del estado de mantener las condiciones de crecimiento económico mediante sus intentos de atraer el capital flotante internacional.

Lo que estos estudios parecen poner de relieve es un aspecto específicamente geográfico del multiculturalismo, puesto que reconocen la importancia del espacio (tal como se percibe, se concibe y se vive) y del paisaje cultural a la vez como creadores y como representantes de la ideología multicultural, y sugieren que existe más de un multiculturalismo posible en la ciudad. Uno de ellos tendría que ver con los intercambios de comida, música, experiencias, viajes etc. a escala global, otro deberíamos buscarlo entre los códigos de gobierno y de planificación, mientras que un tercero sería de naturaleza algo más "*underground*". Además, nos advierten de los peligros tanto del esencialismo como de la reproducción de viejas ideologías racistas agazapadas detrás de formulaciones aparentemente liberales.

¿Qué podríamos decir entonces del cuarto modelo, la ciudad de la diferencia? Esta idea surge del trabajo de la politóloga y escritora feminista Iris Marion Young (1990), que ha relacionado la preocupación por la justicia y la diferencia de un modo no esencialista y no relativista, pero al mismo tiempo dando protagonismo a la propia ciudad. Para empezar, Young sugiere que la justicia se halla en un conjunto de posibilidades no tenidas en cuenta y que, por así decirlo, se hallarían justo por debajo de la superficie y que podríamos sacar a la luz fácilmente. Esta autora no se propone establecer una teoría abstracta y distante sino que, al pensar en la ciudad europea, considera que un multiculturalismo justo es una posibilidad real, más cercana de lo que a veces nosotros mismos nos imaginamos. En segundo lugar, su teoría de la justicia es una teoría fecunda que consiste en identificar los impedimentos que impiden su realización. Los impedimentos que ella denomina "las cinco caras de la opresión" son: explotación (en un sentido económico); marginalización (la expulsión de la gente de su participación útil en la vida social); impotencia (la falta de autoridad, de estatus social y de sentido del yo); imperialismo cultural y, finalmente, violencia. Además, la autora nos presenta la justicia como un modo de reconocimiento más que de redistribución, exigencia formulada a menudo por parte de las comunidades de extranjeros y de migrantes en Europa.

Young continúa por criticar la visión comunitaria de la comunidad como un ideal de interacción personal. Desde su punto de vista, ello ha dependido tanto de la exclusión como de la inclusión, de modo que las comunidades dependen de la definición de ámbitos externos, que sitúan las ideas categóricas fijas y dogmáticas de identidad por encima de las ideas relacionales. Young, por el contrario, considera la vida urbana como una convivencia de extranjeros, lo cual la conduce a identificar cuatro elementos de la vida urbana que podrían convertir esta situación en realidad:

- 1) **La diferenciación social sin exclusión:** "según este ideal, los grupos no se sitúan dentro de relaciones de inclusión y de exclusión sino que se sobreponen y entremezclan sin llegar a hacerse homogéneos... En la ciudad deseable uno se traslada de uno a otro barrio sin saber exactamente donde empieza uno y donde termi-

na el otro. En el ideal normativo de la vida urbana, las fronteras son abiertas e indefinibles" (ibíd., 238).

- 2) **Variación:** la diferenciación de usos múltiples del espacio social, o sea, el espacio no destinado exclusivamente a una única función en un momento dado. Aquí se podría quizá subrayar la importancia de los barrios más viejos y de algún modo más pueblerinos de las ciudades europeas donde la residencia, el trabajo y el ocio se hallan íntimamente asociados y donde existe mucha variedad en la vida callejera, en contraste con las regiones más especializadas y modernas de las zonas residenciales suburbanas o de las comunidades de clase media. En París, el contraste se establecería entre el céntrico barrio de Belleville y las *banlieues* de la periferia.
- 3) **"Erotismo":** este término utilizado por I.M. Young (1990) es el reverso de "comunidad" y se refiere a las profundas atracciones que ejercen los otros, al juego rayano en el miedo y en la delectación que provoca la extraña impersonalidad de una ciudad. En parte esto se deriva de la estética de la ciudad, de sus luces, lugares, yuxtaposiciones, encuentros imprevistos, etc. La planificación pública ya suele utilizar la presencia de comunidades étnicas como elementos exóticos o estimulantes del paisaje urbano, por ejemplo en la zona de San Salvario en Turín o en los barrios chinos que se han mencionado antes. En algunas circunstancias esto puede conducir a la aparición de tensiones dentro del barrio, como ocurrió en Spitalfields, en el este de Londres, donde los pequeños burgueses ricos atraídos por la reputación exótica de esta zona y por su historia están desplazando a la comunidad local originaria de Bangladesh. Lo que importa es quién controla e influye en la planificación estética de los entornos y paisajes urbanos.
- 4) **Publicidad:** los actos políticos de los espacios públicos, la oportunidad de conocer otras opiniones, oír argumentos distintos, ser testigo de controversias, etc. Para Young es importante que el habitante urbano se encuentre con estas manifestaciones de la vida urbana y que sean lo más diversas posibles. El epítome de esta situación podría buscarse en el Moscú de finales de los ochenta y principio de los noventa, cuando las calles, plazas y estaciones de metro de la ciudad rebosaban de gente que repartía folletos, que colgaba mensajes en los muros y que pronunciaban discursos ante pequeños grupos. Estos son los tipos de actos que los procesos que actúan sobre el espacio público mencionados en la sección anterior impiden.

Todas estas cosas son relevantes tanto para el multiculturalismo como para la ciudadanía. Lo que Young nos ofrece es, en primer lugar, una relación entre la planificación urbana, la política de la diferencia y la justicia (y por lo tanto de la ciudadanía); en segundo lugar, un conjunto de ideas que permiten identificar los obstáculos que nos impiden alcanzar todo ello, especialmente los obstáculos que se encuentran en el espacio público. Según Young puede decirse que la ciudad es buena (y que puede ser incluso mejor) para el multiculturalismo, y también que el multiculturalismo es deseable para la ciudad y para la justicia. También nos indica la dirección correcta a seguir, aunque existan muchas preguntas sin respuesta, especialmente en lo tocante a la relación de su ideal de justicia con otros ideales de justicia redistributiva más consolidados. Su concepto de diferencia se acepta con facilidad y su ideal de ciudad resulta atractivo, a pesar de que resta importancia a los problemas con que se enfrentan las mujeres concretamente cuando se trata de aprovechar el espacio público. Las minorías visibles también pueden convertirse en blancos potenciales de la violencia y la persecución racial, lo cual les impide el acceso a los espacios de la ciudad multicultural.

El principal problema radica en cómo traducir estas intenciones ideológico-normativas en formas programático-políticas de multiculturalismo (Inglis, 1996). El enfoque comparado del MPMC nos brinda la oportunidad de dilucidar el modo en que ciudades distintas han previsto la sociedad multicultural. Ello debería incluir no solamente las políticas oficiales sino también las representaciones y los modos de imaginar la diferencia étnica tal y como se plasma en códigos, planos, mapas y declaraciones públicas, elementos que incluyen una definición espacial más cultural y explícita de la "representación" que debe acompañar el significado político del término.

### Recapitulación

El proyecto "Políticas Multiculturales y Modos de Ciudadanía en las Ciudades Europeas" brinda la oportunidad de contribuir a uno de los principales temas del programa MOST de la UNESCO, la gestión de las sociedades multiétnicas y multiculturales. El uso del análisis comparado de grupos de ciudades situadas en distintos países europeos y el énfasis puesto en la investigación empírica de conceptos abstractos tales como la ciudadanía y el multiculturalismo nos ofrece la oportunidad de formular recomendaciones para la toma de decisiones políticas a nivel local. Este proyecto se caracteriza básicamente por la combinación de ideas y de posibles soluciones par-

tiendo de una variedad de disciplinas, entre las cuales figuran la Teoría Política, la Sociología, la Antropología y la Geografía. Las ideas geográficas que se han manejado en este artículo apuntan hacia algunos espacios alternativos de ciudadanía y de multiculturalismo, los cuales incluyen: el énfasis en la construcción de escala política y social y, en particular, la geografía política de las jurisdicciones urbanas; la posible aparición de entramados de gobierno urbano que desplacen formas de organización territorial más jerarquizadas; la importancia de los espacios públicos considerados como lugares donde ejercer los derechos de ciudadanía; y, para acabar, los modelos normativo-ideológicos de la ciudad multicultural. Igual que ocurre con la condición de ciudadanos, las iniciativas políticas públicas deben ubicarse en alguna parte, lo cual significa que la Geografía tiene su importancia.

*Traducido del inglés*

## Referencias

- Agnew, J. 1994 'The territorial trap: the geographical assumptions of international relations theory.' *Review of International Political Economy* 1: 53-80.
- Anderson, J. 1996. 'The shifting stage of politics: new medieval and postmodern territorialities?' *Environment and Planning D: Society and Space* 14: 133-153.
- Anderson, K. 1988 'Cultural hegemony and the race-definition process in Chinatown, Vancouver 1880-1980.' *Environment & Planning D: Society and Space* 6: 127-49
- Anderson, K. 1993. 'Otherness, culture and capital: "Chinatown's" transformation under Australian multiculturalism' En G.L. Clark, D. Forbes and R. Francis (eds.), *Multiculturalism, Difference and Postmodernism*. Melbourne, Longman Cheshire.
- Bach, R. 1993. *Changing Relations: Newcomers and established Residents in US Communities*. Nueva York: Ford Foundation.
- Castells, M. 1994. 'European cities, the informational society and the global economy.' *New Left Review* 204: 18-32.
- Castells, M. 1996. *The Rise of the Network Society*. Oxford: Basil Blackwell.
- García, S. 1996. 'Cities and citizenship.' *International Journal of Urban and Regional Research* 20: 7-21.
- Healey, P., CAMERON, S., DAVOUDI, S., GRAHAM, S. y MADANIPOUR, A. (eds.) 1995. *Managing Cities: the New Urban Context*. Chichester: John Wiley.
- Herbert, S. 1996. 'The geopolitics of the police: Foucault, disciplinary power and the tactics of the Los Angeles Police Department.' *Political Geography* 15: 47-57.
- Holston, J. y Appadurai, A. 1996. 'Cities and citizenship.' *Public Culture* 8: 187-204.
- Huntington, S. 1993. 'The clash of civilizations?' *Foreign Affairs* 72: 22-49.
- Inglis, C. 1996. 'Multiculturalism: New policy responses to diversity.' *Management of Social Transformations, Policy papers No. 4*. París: UNESCO.
- Ireland, P. 1994. *The Policy Challenge of Ethnic Diversity: Immigrant Politics in France and Switzerland*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Lefebvre, H. 1991. *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Mitchell, D. 1995. 'The end of public space? People's Park, definitions of the public, and democracy.' *Annals of the Association of American Geographers* 85: 108-33.
- Mitchell, K. 1993. 'Multiculturalism or the united colors of capitalism?' *Antipode* 25: 263-94.
- Rex, J. y Samad, Y. 1996. 'Multiculturalism and political integration in Birmingham and Bradford.' *Innovation* 9: 11-31
- Ruddick, S. 1996. 'Constructing difference in public spaces: race, class, and gender as interlocking systems.' *Urban Geography* 17: 132-151.

Soysal, Y. 1994. *Limits of Citizenship: Migrants and Postnational Membership in Europe*. Chicago: University of Chicago Press.

Young, I.M. 1990. *Justice and the Politics of Difference*. Princeton: Princeton University Press.

## Resumen

En este módulo habéis tenido la oportunidad de encontrar las diferentes ideas o conceptualizaciones sobre el tema del espacio. Aparece, de esta manera, la idea de lugar, que está estrechamente relacionada.

La idea de este apartado era justamente la de que tuvieseis diferentes maneras o enfoques a partir de los cuales se puede interpretar este concepto: a partir de los elementos que lo integran o de la posibilidad de denominar a las diferentes maneras de invocar el espacio. Nos referimos, concretamente, al discurso que permite su posibilidad.

En este sentido, se relacionó el tema del espacio con la imagen de la ciudad, su gobierno y las diferentes maneras en las que esta ciudad es revisada. Aparecen, de este modo, nociones como las de la geopolítica y biopolítica, que se refieren al gobierno del territorio y a los efectos de este gobierno teniendo en cuenta que los territorios son ocupados por una proporción de población: la salud aparece así como consecuencia de este gobierno.

También se hizo referencia a los artefactos o los dispositivos que permitirán, si no la gobernabilidad, sí la vigilancia de la población. Se hace patente, de este modo, que las nociones del espacio se pueden encontrar en la espiral del saber y poder que argumenta Foucault.

Por último, y para terminar, con este módulo se manejó la idea de que la ciudad y su gobierno generan nuevos procesos a los que se ve sometida, incluyendo a sus habitantes: la población.



## Actividades

- Elaborad una lista de similitudes y diferencias entre el concepto de espacio y el de lugar.
- Haced una crítica de las consecuencias de vivir en la sociedad actual, permanentemente vigilada, y resaltad los posibles beneficios y las limitaciones.
- Desde vuestro punto de vista, ¿nos permite el conocimiento que generan los estudios tener un control más amplio de los territorios? Dad una explicación amplia de vuestra respuesta.
- Actualmente han aparecido problemas relacionados con la salud de una población. ¿A qué pensáis que se deben estas epidemias? ¿A problemas relacionados exclusivamente con la sanidad o con la manera de gobernar una población? Explicad la respuesta.

## Bibliografía

- Altman, I. y Zube, H. (Ed.) (1989). *Public places and spaces*. Nueva York: Plenum Press.
- Augé, M. (1993). *Los no-lugares. Espacios del anonimato, una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Baudrillard, J. (1978). *Olvidar a Foucault* (ed. original 1977). Valencia: Pre-Textos.
- Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Castells, M. (1977). *Movimientos sociales humanos* (ed. original 1973). México: Siglo XXI.
- Diprose, R. y Ferrell, R. (Ed.) (1991). *Cartographies. Poststructuralism and the Mapping of Bodies and Spaces*. Australia: Allen & Unwin.
- Ferrater, M. (1995). *Diccionario de filosofía de bolsillo (A-H)* (ed. original 1983). Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (1976). *El nacimiento de la Clínica* (ed. original 1963). México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1986). *Las palabras y las cosas* (ed. original 1966). México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1988). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (ed. original 1975). México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999a). Preguntas a Michel Foucault sobre la geografía. En M. Foucault. *Estrategias de poder*, 313-325. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1999b). La política de la salud en el siglo XVIII. En M. Foucault. *Estrategias de poder*, 327-342. Barcelona: Paidós.
- Harvey, D. (1990). *The Condition of Postmodernity. An Enquiry Into the Origins of Cultural Change*. Cambridge: Basil Blackwell.
- Harvey, D. (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Basil Blackwell.
- Houellebecq, M. (1999). *Las partículas elementales* (ed. original 1998). España: Anagrama.
- Innerarity, D. (1996, 23 de febrero). Orden Internacional e ilusión cartográfica. *El País*.
- Jameson, F. (1992). *La estética geopolítica, cine y espacio en el sistema mundial*. Barcelona: Paidós.
- Manovich, L. (1996). *Film/Telecommunication - Benjamin/Virilio*. Material electrónico en <http://www.manovich.net/>.
- Matless, D. (1992). An occasion for geography: landscape, representation, and Foucault's corpus. *Environmental and planning D: Society and Space*, 10, 41-56.
- Oguibe, O. (1997). *Geografías desamparadas: Ciberespacio y el 'Otro' del nuevo mundo*. Material electrónico en <http://www.telefonica.es/fat/>.
- Philo, C. (1992). Foucault's geography. *Environmental and planning D: Society and Space*, 10, 137-161.
- Rogers, A. (1998, junio). Los espacios y el multiculturalismo de la ciudadanía. *Revista internacional de ciencias sociales*, 156. Material electrónico en <http://www.unesco.org/issj/rics156/rogerspa.html>.
- Soja, E. (1990). *Postmodern Geographies, The Reassertion of Space in Critical Social Theory* (ed. original 1989). Londres: Verso.
- Stone, S. (1997). Techno Prosthetics and Exterior Presence: A Conversation With Sandy Stone. *SPEED*, 1.2. Material electrónico en [http://proxy.arts.uci.edu/~nideffer/\\_SPEED\\_/1.2/stone.html](http://proxy.arts.uci.edu/~nideffer/_SPEED_/1.2/stone.html).
- Virilio, P. (1980). *La estética de la desaparición*. Barcelona: Anagrama.